

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

LA INCÓGNITA Y OTRAS OBRAS

Eufemio Romero

LA INCÓGNITA Y OTRAS OBRAS

**Prólogo, compilación, selección y notas
Julio Romano Obregón**

COLECCIÓN **UV** RESCATE
UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Primera edición, 27 de marzo del 2014

COORDINADORA DE LA COLECCIÓN RESCATE

Esther Hernández Palacios

EDITOR

Azucena del Alba Vásquez Velasco

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Blázquez Domínguez
José Luis Martínez Morales
Roselia Osorio Armenta
Georgina Trigos y Domínguez
Azucena del Alba Vásquez Velasco

Portada: *Amor maternal*, Fondo Reservado, HN, UNAM.

Contraportada: Azucena del Alba Vásquez Velasco

Grabado de la Colección: Pepe Maya

© 2014, Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97, CP 91000
diredit@uv.mx
Tel/fax (228) 8185980; 8181388

Instituto de Investigaciones
Lingüístico-Literarias
Estanzuela 47 B, Col. Pomona, CP 91040
Xalapa, Veracruz, México
Tel/fax (228) 8186555

ISBN: 978-607-502-320-5

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

PRÓLOGO*

EUFEMIO ROMERO: SU OBRA Y SU TIEMPO

¿Quién es Eufemio Romero?

CUENTISTA, periodista, poeta, dramaturgo, ensayista, traductor, hoy Eufemio Romero es un escritor prácticamente olvidado. Su figura y su obra, como ha sucedido con no pocos contemporáneos suyos, han sido arrastradas por las más vigorosas corrientes del Leteo luego de que en el siglo XIX, e incluso a principios del XX, gozara de cierto renombre y reconocimiento. Autor de al menos trece cuentos, una novela acaso perdida, una obra de teatro, un puñado de poemas y ensayos, una treintena de traducciones y una cantidad indeterminada de artículos periódicos, Eufemio Romero aún espera a ser valorado en su justa dimensión como uno de los muchos escritores que hicieron los primeros intentos por abrirles camino a las letras mexicanas.

Entre sus contemporáneos, Guillermo Prieto y José María Rodríguez y Cos hablan elogiosamente de él, aunque medio siglo después de haberlo conocido. Su obra literaria, publicada en la prensa periódica en la década de 1850, fue rescatada por Victoriano Agüeros en 1901 y antologada, junto con textos narrativos de Ignacio Rodríguez Galván, José Joaquín Pesado, José María Lafragua y Félix María Escalante, entre otros, en su Biblioteca de Autores Mexicanos; dos décadas más tarde, Alfred Coester incluyó un cuento suyo en una antología de relatos hispanoamericanos en la que no tendría cabida ningún otro

* [N. de E.] Los textos publicados en esta edición provienen de *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional, UNAM. El compilador de la obra de Eufemio Romero respetó la ortografía de la época.

autor mexicano, en tanto que Jefferson Rea Spell, en 1937, se refiere a él como un importante autor mexicano cuya obra aún no estaba publicada.

Y después... el silencio, el olvido. El nombre de este escritor y periodista no habría de volver a aparecer en las páginas de la crítica o la historiografía de las letras mexicanas sino hasta principios del siglo XXI, cuando Óscar Mata escribe que “A excepción de Manuel Payno, el escritor más prolífico de este periodo inicial de la novela corta en México [1832-1850] es Eufemio Romero, de quien no fue posible conseguir datos biográficos”, al menos en los archivos de la Secretaría de Hacienda, concretamente en la Biblioteca Lerdo de Tejada de la ciudad de México.

¿Quién fue ese tal Eufemio Romero? ¿Por qué su obra ha perdido el interés que en algún momento pareció haber despertado? ¿Qué fue lo que escribió, dónde, cuándo? ¿Cómo es que, si pareció haber gozado de cierto prestigio, o acaso fama, hoy es apenas mencionado en algunos estudios recientes, las más de las veces como parte de una larga lista de autores casi desconocidos cuyos nombres aparecen en las páginas de publicaciones periódicas decimonónicas y no ha merecido, como reclama Mata, “por lo menos una mención en alguna de las historias de la literatura y de la novela mexicana” del siglo XIX?

Tras la pista de Eufemio Romero

(¿Veracruz, 1817?—¿México, 10-16 de noviembre de 1885?)

QUIZÁ nació en Veracruz. Quizá nació en 1817. Los datos biográficos de Eufemio Romero que se han podido recopilar son vagos e inciertos.

Guillermo Prieto, acaso el primer hombre de letras en hacer mención de Eufemio Romero, sin asomo de dudas le atribuye origen veracruzano y le enjareta un hermano de nombre José, “favorito de Ignacio Trigueros”, también veracruzano; en tanto, en las investigaciones genealógicas de Javier Sanchiz Ruiz se menciona a un José Eufemio Romero García nacido en Veracruz en 1817, pero no se da cuenta de ningún hermano suyo. Hay elementos que permiten suponer que el personaje de Sanchiz Ruiz es el mismo a quien se refiere Prieto. Uno de ellos es la edad.

La más antigua referencia hecha a Eufemio Romero que se ha localizado está en el diario *La Civilización* y data del 5 de agosto de 1845. En información firmada por Manuel Payno y Bustamante –padre de Manuel Payno Flores, el autor de *Los bandidos de Río Frio*– con fecha de 5 de julio del mismo año, se asienta: “El 17 de junio se ratificó el nombramiento de oficial primero contador de la tesorería departamental de Tamaulipas, que hizo la administración provisional a favor de D. Eufemio Romero.” De este cargo se hará mención, dos años después, en un artículo publicado en *El Monitor Republicano* titulado “Don Eufemio Romero”. En Tamaulipas, Romero bien pudo haber conocido al autor de *El fistol del diablo*, pues parece haber conocido a su padre y además, según asienta Prieto, en 1839 Manuel Payno “había marchado a Matamoros”, donde estuvo durante la primera mitad de la década de 1840. Ésa es cuestión sobre la que no hay mayor información, y acerca de la cual también resultará necesario indagar más a fondo.

En cualquier caso, si le creemos a Guillermo Prieto, que considerará a Eufemio Romero como un “joven” dos años después, se podría especular que Romero entonces pudo haber tenido alrededor de veinticinco años y que habría nacido alrededor de 1820. Esto no contradice la posibilidad de que haya nacido un poco antes. Quizá en 1817.

El José Eufemio Romero García que documenta Sanchiz Ruiz habría nacido en Veracruz, Veracruz, en 1817. Hijo de Juan Bautista Romero y Juana García, contrajo matrimonio en la parroquia de La Asunción del puerto con la joven Ramona Cornejo Lejarazu, de quince años de edad, el 10 de noviembre de 1840. Eufemio Romero ocupaba un puesto administrativo en Tamaulipas en 1845, pero es posible que antes de eso, en 1840, haya residido aún en su natal Veracruz, oriundez que sin asomo de duda le atribuye Guillermo Prieto.

Del matrimonio entre Eufemio Romero y Ramona Cornejo Lejarazu habrían nacido, según Sanchiz Ruiz, tres hijas: Epigmenia (1845), María Andrea Avelina Clementina Eulalia (1848) y María Elena Laura Merced (1854), todas en la Ciudad de México. La primera habría contraído matrimonio en 1868 con Manuel Carbajal, tres años mayor que ella, en la capital del país.

Datos inciertos, pero que no han de desestimarse, indican que el matrimonio también pudo haber procreado un hijo: Fernando (1853); sus apellidos se apuntan como “Romero Coruejo”, hijo de Eufemio Romero y “Ramona Coruejo”, que podría tratarse tanto de un apellido distinto (y, por tanto, de una pareja distinta) como de un error de transcripción; y una cuarta hija, Herculana Emilia (1846), hija de Eufemio Romero y Ramona L. de Romero; la “L.” podría referirse al segundo apellido de Ramona Cornejo Lejarazu, pero, una vez más, no hay certidumbre absoluta. En la misma fuente, se enlista a un Elías Romero (1852), hijo de Eufemio Romero y Ramona Cornejo, que habría contraído matrimonio en 1870 con la joven Adela Frías, de 23 años, en Cuautitlán, Estado de México.

Queda en el aire la cuestión del hermano mencionado por Prieto, al que en ninguno de los casos se hace referencia. No se ha de descartar la posibilidad de que Eufemio Romero compartiera el nombre José con un hermano suyo, si dos de sus hijas llevaban por nombre María. Otra conclusión a la que podría llegarse es que Guillermo Prieto supuso que José Romero y Eufemio Romero eran dos personas distintas: uno que trabajaba bajo las órdenes de Ignacio Trigueros en el ministerio de Hacienda, y otro que escribía artículos satíricos contra Antonio López de Santa Anna a mediados de 1847.

Guillermo Prieto no habla de Eufemio Romero como escritor, sino como periodista, como redactor del diario *El Calavera*, contrario al régimen de Santa Anna, quien entonces dejaba y volvía a la presidencia de México a placer. Es posible que ambos se hayan conocido antes, a principios de 1847, pues ambos participaron en la rebelión de los *polkos*, que estalló en febrero de aquel año, y en la que también intervino Vicente García Torres, futuro editor de una obra de teatro escrita por Romero.

Además de reproducir una anécdota que constituye prácticamente la única referencia a la vida de Eufemio Romero, Prieto aporta datos acerca de su origen, complexión, carácter moral y posturas ideológica y política:

Era Romero un verdadero mendrugo de carne humana, negro y machucado, con sus lustres de charol de grasa y sus nudos y frunzones para conservar la forma del maltratado vestido; y, sin embargo,

aquel hombre era estudioso, liberal de principios, firme en sus convicciones, y sorprendía su talento y tino para las cuestiones, tanto más cuanto que formaba una especie de contraste con su triste figura y su estudiado encogimiento.

Eufemio Romero era natural de Veracruz, hermano de don José Romero, favorito de [Ignacio] Trigueros, y debía su pobreza y aislamiento a la dignidad con que rechazó siempre todo favor de Santa Anna...

Guillermo Prieto complementa esta breve fisiognomía con el episodio que protagonizaron ambos en el despacho de Santa Anna, luego de dejar claro que “la prensa fue especialmente perseguida” durante la dictadura del xalapeño:

Con motivo del día onomástico de su Alteza Serenísima se publicaron el mismo día dos artículos de felicitación, uno en *El Calavera*, periódico que redactaba don Eufemio Romero, y otro en *El Monitor* firmado por mí.

Ambos artículos se habían escrito con ponzoña de alacranes, con la diferencia de que el de Romero era en realidad una queja de los liberales por la preponderancia de los conservadores, y el mío, sarcástico y desvergonzado, celebrando la frustración que presumía de las esperanzas del partido retrógrado, deslizándome a marcar algunos rasgos del carácter tornadizo del desterrado de Turbaco.

No tardaron ni 48 horas en producir sus efectos enconosos aquellos artículos, pues antes de ese término habíamos sido conducidos a la presencia del dictador. [...] éste no lo conocía [a Eufemio Romero] más que de nombre y por las señas, así es que, al vernos en su presencia, se dirigió impetuoso a Romero, señalando el artículo en cuestión, y le dijo con la voz sorda de la cólera:

—¡Eh!, dígame usted de quién es este artículo para arrancarle la lengua!

—En estos casos —respondió Romero con frialdad extraordinaria— se hace la denuncia al juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.

—¡Yo lo he llamado a usted, so escarabajo, para oír de sus labios quién es el infame que ha escrito el artículo! —y contestó Romero con la misma imperturbable sangre fría que antes:

—En estos casos, señor, se hace la denuncia al juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.

—¡Indecente! —continuó Santa Anna—, ¡haga usted lo que le digo!

—Pues señor, en estos casos...

—¡Silencio, quíteseme usted de delante!

Romero se aprovechó del iracundo pasaporte, y puso pies en polvorosa.

En seguida, Prieto también escucha los reclamos de Santa Anna; le contesta, al igual que Romero, “con tono sarcástico”, y también al igual que él, huye del despacho presidencial, no sin dárseles de valiente.

Este episodio lo han reproducido el periodista Manuel Buendía Tellezgirón, Carlos Monsiváis, María del Carmen Reyna, Yolanda Argudín, Helia Emma Bonilla Reyna, Rachel A. Moore y el caricaturista e historiador Rafael Barajas, “El Fisgón”, entre otros, casi al carbón; incluso Ignacio Solares lleva el episodio al terreno de la ficción en su novela *La invasión*.

“El Fisgón” da cuenta de una esquela, intitulada “Granitas”, que habría remitido Romero a *El Calavera*, a propósito del incidente; ésta apareció en el último número de la publicación, en junio de 1847. Bonilla Reyna la cita y contextualiza:

Santa Anna había llamado a su despacho [“a un Eufemio Romero”], diciéndole que, por denuncia de la policía, sabía que él era uno de los principales redactores de *El Calavera*, y lo amenazó para que “comunicara él á sus compañeros [*sic*] (á todos los cuáles conocia lo mismo que al individuo que pagaba el periódico) que si seguían fomentando la desunion, escitando á la revolucion, desprestigiando al supremo magistrado de la nacion, y sacando á danzar la vida privada de los altos funcionarios públicos, así como sus defectos fisicos, los mandaria competentemente escoltados a la fortaleza de Acapulco, adonde los tendria hasta la conclusion de la guerra”.

El “[*sic*]” anotado probablemente subraye la intención irónica de lo escrito por Romero entre paréntesis, que así entendido estaría exhibiendo la vacua amenaza de Santa Anna a los “compañeros” de redacción del periódico liberal, cuando muy probablemente Romero era el único que sacaba adelante la publicación. “El Fisgón” abona: “aunque en esa época los periodistas permanecen en el anonimato, sabemos que el liberal

Eufemio Romero es el redactor de la revista en junio” de 1847 y especula que acaso lo habría sido desde el inicio de la vida de *El Calavera*, en enero de ese mismo año.

La esquelá parece ser la versión de Romero de su encuentro con Santa Anna, que también es retomado (desde las *Memoorias de mis tiempos* de Prieto) por Helia Emma Bonilla Reyna, quien hace notar un descuido de Guillermo Prieto: él ubica el incidente en 1853, cuando en realidad, de ser verídico, habría ocurrido en 1847, pues *El Calavera* sólo se publicó entre enero y junio de tal año.¹

A consecuencia de su irreverencia, Eufemio Romero fue exiliado a San Luis Potosí. Bonilla Reyna sugiere que ello es evidencia del castigo que recayó sobre él por su participación como redactor de *El Calavera*, dado que “en la capital se sabía de la crítica situación que se cernía sobre la ciudad de San Luis Potosí”, que habría de ser inminentemente tomada por las tropas estadounidenses que, comandadas por Zachary Talyor, avanzaban desde Saltillo hacia la capital del país.

En breve artículo titulado “Don Eufemio Romero”, publicado en *El Monitor Republicano* el 21 de junio de 1847 (tres días después de que apareciera el último número de *El Calavera*), se habla sobre este incidente y se aporta más información sobre el periodista, además de que revela el favorable concepto en que el autor del artículo (que pudo haber sido el mismo Guillermo Prieto, pues, aunque el texto no está firmado, Prieto era colaborador del diario en aquella época) tenía a Eufemio Romero:

Hoy ha salido para San Luis Potosí este jóven, segun dicen, separado del ministerio de hacienda, así como otros agregados.

El Sr. Romero fué reputado como redactor del Calavera, ó lo era en efecto: lo llamó el Sr. Santa-Anna, y tuvo con él la contestacion que consta en el núm. 2 del Calavera: el Sr. Romero fué llamado á la presencia del señor presidente como escritor público, y segun dice el Sr. Romero, amagado con que lo despacharian á Acapulco.

¹No fue posible consultar los ejemplares de *El Calavera* en los que publicó Eufemio Romero. Sin embargo, es posible afirmar que éstos se encuentran en la Galería 4 o 5 del Archivo General de la Nación y en la Biblioteca Beinecke de Libros y Manuscritos Raros de la Universidad de Yale.

El Sr. Romero es contador de la tesorería de Tamaulipas, lugar invadido por los americanos. Dióse orden para que saliesen todos los agregados del ministerio, y al Sr. Romero se le consignó á San Luis Potosí sin señalarle oficina: ¿lo separarian de una parte para agregarlo en otra? ¿Lo dejarán en San Luis sin colocacion, condenado á perecer de miseria? Además, el Sr. Romero ha salido con una precipitacion realmente sospechosa, ¿por qué tanta premura? Si esto no es una persecucion, al menos para que no apareciera como tal, debió haberse evitado que el buen sentido sacara semejantes inferencias que nosotros hemos estrañado, mucho mas del Sr. Romero que nos merece un concepto bien distinto del que lo crearán hechos por el estilo del que denunciamos.

Ese día, el mismo diario dio cuenta de las amenazas e intimidaciones de que fue objeto la prensa de la época si no se apegaba a lo establecido en un bando que limitaba las libertades manifiestas en la ley de imprenta. Dichas amenazas iban dirigidas a los redactores de *El Republicano*, *El Monitor Republicano* y *El Calavera*. La nota es un remitido de parte de *El Republicano*.

El Republicano informó, el 22 de junio de 1847, de la salida de tropas estadounidenses bajo el mando del general Zachary Taylor de Saltillo, Coahuila, rumbo a San Luis Potosí, prevista para ese mismo día; asimismo, dio cuenta del traslado de Eufemio Romero a San Luis Potosí: “Ayer ha salido de orden del gobierno para San Luis Potosí, D. Eufemio Romero, redactor del *Calavera*. Muy pocos días antes ha salido de la misma orden, para Acapulco el Sr. Sojo, impresor del *Boletín de la Democracia*. Estos hechos no necesitan comentarios.”

El hecho también aparece registrado en una carta firmada con las iniciales G. W. K. y fechada el 29 de junio de 1847 en Puebla (donde se habían estacionado las tropas de Winfield Scott en su camino desde Veracruz hacia la ciudad de México), dirigida, al parecer, a la dirección editorial del diario estadounidense *Pica-yune*, y que aparentemente fue recibida el 16 de julio del mismo año. La carta parece retomar la información de *El Republicano*.

De la estadía de Romero en San Luis Potosí no hay noticias.

El texto se reimprime el 19 de julio de 1847 en el *Democratic Telegraph and Texas Register* de Houston, Texas, en una recopilación de telegramas (y, en apariencia, cartas) editada

por Francis Moore, Jr. En el *Democratic Telegraph* también se alude a la serie de amenazas de encarcelamiento recibidas por Vicente García Torres, el impresor de *El Monitor Republicano*, de parte de las autoridades mexicanas.

Una muy breve nota biográfica de Eufemio Romero, elaborada por Margarita Olivo Lara para sus *Biografías de veracruzanos distinguidos*, compendia estos acontecimientos: “ROMERO, EUFEMIO. PERIODISTA. Fue originario de Veracruz. Se dedicó al periodismo y perteneció al partido liberal, durante la última dictadura de Santa Anna, por lo que sufrió persecuciones y vejámenes.” Esta información sólo resume lo mismo que puede encontrarse en Guillermo Prieto, con el mismo error con respecto a las fechas. Sobre la obra literaria de Eufemio Romero no hay referencia.

Olivo Lara da cuenta asimismo de José Romero: “ROMERO, JOSÉ. POLÍTICO. El señor don José Romero fue oriundo de Veracruz. Se dedicó a la política y era hermano del periodista Eufemio Romero”, datos que se pueden inferir también de lo aportado por Prieto.

El Calavera, publicación de efímera existencia, no es enlistada por Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel en sus catálogos de publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX, en donde sí aparecen otras dos publicaciones en las que aparecieron colaboraciones de Eufemio Romero. Un documento publicado en 2010 por el Senado de la República da cuenta de la efímera existencia de *El Calavera*, cuya “dirección estuvo a cargo de Efraín [sic] Romero” y que era un “bisemanario representativo de las ideas de los liberales moderados”.

Desde su “comisión” o traslado a San Luis Potosí en 1847 hay una vaga información acerca del periodista y escritor que nos ocupa: en 1848 habría pasado a integrarse a la Sección de Geografía de la Comisión Mexicana de Límites del Ministerio de Hacienda, bajo las órdenes del general Pedro García Conde, tras la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Esa información, así como datos adicionales acerca de los sueldos de Romero y su integración a distintos cuerpos de trabajo, entre septiembre y noviembre de 1848, aparece en un volumen que recopila los números 347 a 357 del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*.

Dos años después, en 1850, se imprime *Aritmética comercial, acomodada a la contabilidad mexicana* de Eufemio Romero, con la siguiente dedicatoria: “AL EXMO. SR. Ministro de Instrucción pública Y A LAS AUTORIDADES SUPREMAS DE LOS ESTADOS DE LA REPÚBLICA MEXICANA, como protectores de la enseñanza del pueblo”; en el pie de imprenta se lee “Imprenta de Navarro”, y es probable que sea ésta la de Juan R. Navarro, impresor de *El Calavera* (1847) y, posteriormente, de *La Semana de las Señoritas Mejicanas* (1851-1852), en donde aparecerá la obra narrativa de Eufemio Romero.

El manual contable de Romero recibió alguna crítica elogiosa al momento de su publicación en la revista religiosa *La Civilización* (5 de septiembre de 1850):

nos parece de inestimable precio no solo para los jóvenes que se dedican al comercio, sino para toda clase de personas [...] la recomendamos muy particularmente a los profesores y padres de familia, por el buen método, claridad y sencillez con que están explicadas todas las reglas de la aritmética, y porque el libro en cuestión es una obra eminentemente nacional. [...] Quizá otro día nos volveremos a ocupar de una producción que ha escedido con mucho al favorable juicio que de ella nos habíamos formado por los antecedentes de su ilustrado autor.

Es posible que para entonces Romero hubiera regresado de su encomienda en San Luis Potosí, si es que, para empezar, llegó a pisar efectivamente suelo potosino.

La obra de contabilidad pareció gozar de buena fortuna. El 18 de diciembre de 1861, el diario *El Siglo Diez y Nueve* refiere en su sección de “Noticias Nacionales” que la “Dirección general de estudios ha determinado que las obras de asignatura para las escuelas de enseñanza sean el año entrante [1862]”, entre otras, “la aritmética comercial de D. Eufemio Romero”. De tales obras se harán ediciones “por cuenta del Estado”.

Siete años después, la obra, bajo el título de “*Aritmética comercial teórico práctica* de Eufemio Romero”, fue reimpressa, como parte de *La ciencia de la teneduría de libros teórico práctica* de Mariano Villanueva; la publicación se haría por entregas a partir de agosto de 1868, según consta en numerosos anun-

cios aparecidos en *La Iberia*, *El Constitucional* y *La Revista Universal* entre el 23 de julio y el 17 de septiembre de 1868.

Por su parte, Eufemio Romero comenzó a dar a conocer su obra narrativa y sus traducciones en 1851 en *La Semana de las Señoritas Mejicanas* y habría incursionado en la docencia. En un artículo publicado en *El Partido Liberal* en 1899, José María Rodríguez y Cos asienta, con alguna inexactitud, que Eufemio Romero fue su profesor de inglés en 1849. El poeta originario de Tulancingo habla elogiosamente de Romero, con quien habría hecho un par de consultas en torno a unos artículos críticos de José Justo Gómez, Conde de la Cortina:

¡Érase que se era, poco más ó menos, el año de 1849. [...] desconfiando de mi opinión, aguardé á que llegase á dar su cátedra Eufemio Romero, filólogo eruditísimo, á quien ocupaba en casa como profesor de inglés. Presenté mis observaciones á Eufemio; él convino en que eran justas, e hicimos el pacto diabólico (*único de esa clase que he hecho yo en mi vida;*) y eso, porque se trataba de quitarles de encima á los literatos de entonces, un moscardón que les negaba el derecho que cada uno tiene de decir disparates [...] hicimos, digo, el pacto diabólico de que yo seguiría leyendo “El Zurriago,” y, después de someter mis observaciones al juicio de Romero, él escribiría, como yo lo hago en éste, *críticas al crítico*, en “La Semana de las Señoritas,” periódico que él redactaba, y que no tengo, pero que acaso ud. [“Férula”] sí, y por tal motivo pueda leerlas. Al primer artículo, y no recuerdo si á los demás, lo intituló: “Don Severo Gramaticón, Conde del Cenojil y Criticastro.” [...] No recuerdo cuántos fueron los tales artículos; pero lo cierto es que este mal ejemplo nuestro de falta de respeto al *magister dixit* del conde [de la Cortina] lo siguieron: Zarco en “El Siglo,” Florencio María del Castillo en el “Monitor,” y no sé cuántos periodistas más.

La “Crítica al crítico Férula” de Rodríguez y Cos es respuesta a la “Ratonera del Partido” firmada por “Férula”, la cual aporta elementos suficientes que permiten asentar sin espacio para la duda que el conde referido es el Conde de la Cortina. Además, la mención de *El Zurriago* (que en su tercera época sólo circuló entre mayo y noviembre de 1851) confirma la inexactitud en que incurrió Rodríguez y Cos y permite situar la anécdota referida en 1851, año en que se inicia la publicación de *La Semana*

de las Señoritas Mejicanas, bajo la responsabilidad del impresor Juan R. Navarro.

María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo dan cuenta de que Rodríguez y Cos le atribuye a Romero “artículos gramaticales, relatos y una crítica al Conde de la Cortina”; ésta habría aparecido en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, firmada con el pseudónimo “Abecé” y coescrita con el propio Rodríguez y Cos. La información la extraen del artículo citado de Rodríguez y Cos.

Parece ser, sin embargo, que los tales artículos gramaticales no pasaron de proyecto, pero desembocaron en el cuento “Un tipo”, que Romero firmó bajo el pseudónimo “Abecé”, aparecido en *La Semana de las Señoritas Mejicanas* en 1851, cuyo protagonista lleva por nombre don Severo Gramaticón, Conde del Cenojil. La controversia entre Romero y el Conde de la Cortina afloraría también en dos pasajes del cuento “Jugar con dos barajas” de Romero.

De éste se tiene noticia de que el 10 de mayo de 1855 fue comisionado al Cuartel no. 7 del Distrito de México, según noticia publicada el día 18 en *El Universal*, y en 1857 se trasladó a Toluca, según refiere José María Roa Bárcena en su *Relación de la marcha de la Brigada González, y sucesos que le precedieron*, en donde recopila un poema de Romero.

A partir de 1859 y hasta 1865, el nombre de Eufemio Romero aparecerá con frecuencia en el diario *La Sociedad*, incluso como signatario de dos poemas, uno firmado en Toluca en 1858 y otro en Cuernavaca en 1860. Diversos documentos oficiales (entre ellos, algunos recopilados por Mario Colín) y notas de prensa darán cuenta del paso de Eufemio Romero por ambas ciudades, ostentando cargos administrativos.

Si se tienen en cuenta los antecedentes de cargos similares que ocupó Eufemio Romero entre 1845 y 1848 (de la Tesorería de Tamaulipas a la Comisión Mexicana de Límites, ambas dependencias del Ministerio de Hacienda), no resultaría tan extraño que su nombre apareciera nuevamente en los anales de la administración pública, ahora en Toluca, cuando Ignacio Orihuela era gobernador del Departamento de México.

Más noticias sobre la presencia de Eufemio Romero en la región provienen del proyecto The Pronunciamento in Independen-

dent Mexico, 1821-1876, llevado a cabo por la Universidad de St. Andrews, Escocia, y el Arts & Humanities Research Council. Una lista de personajes involucrados en diversas actividades durante el período señalado refiere una mínima información sobre Eufemio Romero, quien firmó, en calidad de secretario de la Prefectura de Toluca, una copia del acta mediante la cual el Ayuntamiento de Temascaltepec reconocía al gobierno emanado del Plan de Tacubaya, el 26 de abril de 1859.

Eufemio Romero habría firmado otro documento, recuperado por Colín, en Toluca en mayo de 1860. El *Diario de Avisos* reporta la presencia de Eufemio Romero en Cuernavaca desde enero de 1860, cuando habría renunciado a la Secretaría de Gobierno de aquel territorio, según noticia del 23 de febrero de aquel año, “En virtud de haber sido separado del mando civil y militar de ese territorio el Sr. general D. Antonio Ayestarán, por haber sido nombrado gobernador y comandante general de Puebla”. El comunicado está fechado el 18 de febrero de 1860.

La Sociedad reportará la presencia de Romero en Cuernavaca en varios momentos de 1863: el 10 de abril se indica que ese mes Romero firmó un documento en calidad de subsecretario del Partido de Yautepec; el 5 de septiembre, una crónica que recrea una festividad celebrada el 30 de agosto se refiere a él como secretario del prefecto de Cuernavaca, Joaquín Noriega; y el 20 de octubre se da cuenta de que Romero firmó diversas comunicaciones como secretario general de la Prefectura de Cuernavaca.

Dos años después, ese mismo diario consigna el regreso de Eufemio Romero a la capital del país para ocupar un nuevo cargo administrativo, el 13 de octubre: será jefe de la “sección encargada de las labores relativas á la revisión de bienes de corporaciones civiles en la Administración de bienes nacionalizados”, dependiente de la Subsecretaría de Instrucción Pública y Cultos.

De Eufemio Romero no se vuelve a tener noticia, salvo por la reimpresión de su *Aritmética comercial* en 1868, hasta que apareció el 17 de noviembre de 1885 en el diario *El Nacional* el siguiente obituario: “Hemos sabido con pena que el Sr. D. José Eufemio Romero ha dejado de existir en esta capital [México]. El Sr. Romero perteneció a la prensa, y era persona muy apre-

ciada por todos cuantos lo trataban. Descansen en paz sus restos, y reciba su familia nuestro más sentido pésame.” No es descabellado suponer que el redactor del obituario pudo haber tomado a los hermanos José Romero y Eufemio Romero por una sola persona, o que ambos hermanos compartieran el nombre José; si “José Eufemio Romero [...] perteneció a la prensa”, es probable que se trate de Eufemio Romero, el redactor de *El Calavera*, pues no hay noticias de ningún homónimo que haya ejercido el periodismo durante el siglo XIX y lleve, además, el nombre de pila de José Romero, hermano del autor de una celebrada *Aritmética comercial acomodada a la contabilidad mexicana*.

De corresponder este obituario al escritor del que nos ocupamos, Eufemio Romero habría fallecido en la ciudad de México alrededor del 15 de noviembre de 1885; quizá pocos días antes.

Producción literaria de Eufemio Romero

TRAS la desaparición de *El Calavera* en junio de 1847, el nombre de Eufemio Romero continuará en los siguientes años relacionado con publicaciones periódicas, si bien ya no con el periodismo: aparecerán sus textos literarios en el campo de la narrativa. En 1851, Juan R. Navarro, impresor de *El Calavera*, comenzó a publicar *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, semanario que habría de vivir, al parecer, hasta 1853, según anotan Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel.² En los cuatro tomos de la primera época del semanario, que va de octubre de 1851 a septiembre de 1852, aparece publicada toda la obra narrativa de Eufemio Romero que se ha podido detectar: trece cuentos (además de su novela, acaso perdida), así como dos textos ensayísticos, tres charadas y adivinanzas en verso y alrededor de treinta traducciones, que incluyen novelas cortas de iconos del romanticismo como Charles Dickens o Charles Nodier, relatos breves de autores hoy casi olvidados, como Émile de La Bédollière, Léo Lespès, Bénédic Gallet, Armand Durantin, Caroline Norton y Anne Wilmot, así como varios textos anóni-

² En la Hemeroteca Nacional se conservan los cuatro tomos de la primera época de la revista y el tomo I de la nueva época, impreso en 1852.

mos, incluido uno de título “Instrucción completa en la labor llamada lace o punto de encaje”, sobre las artes del bordado.

En el tomo I de la nueva época de la revista, Eufemio Romero ya no aparece ni como escritor ni como traductor, ni con su nombre ni bajo alguno de sus pseudónimos conocidos.

Éstos están documentados en al menos tres fuentes, si bien se han prestado a confusión. Sobre *La Semana de las Señoritas Mejicanas* y Eufemio Romero, colaborador de la publicación, escribe Jefferson Rea Spell:

La semana de las señoritas, published and edited by Juan Navarro, contains music, poetry, and short stories –among them translations from Dickens, Destouches, Arsène, Hussaye and Julian Lemer; and a reprinting of one by Patricio de Escosura; and hitherto unpublished works of two Mexican writers of importance, “Abecé” and Eufemio Romero. Many of this latter group were reprinted later on volume 37 of the *Biblioteca de autores mexicanos*.³

POR alguna razón, Spell considera que Eufemio Romero y “Abecé” son dos personas distintas y que ambas gozan de renombre. María del Carmen Ruiz Castañeda propone, en 1985 (dieciocho años después de la muerte de Spell), que el pseudónimo “Abecé” pertenece a Eufemio Romero, quien también firmó con el pseudónimo “Mariposa” la novela *La cruz de esmeraldas*, presumiblemente publicada por entregas en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, y que acaso esté perdida. Al respecto, en el tomo II de esta publicación aparece, firmada por “La Chata”, una “Charada” con la dedicatoria “A Mariposa”, cuya solución juega con las letras de la palabra Rosario; quizá el destinatario de esta chanza en verso no sea sino Eufemio Romero, a quien se haría referencia mediante uno de los pseudónimos que presumiblemente lo amparan.

³“*La semana de las señoritas*, publicada y editada por Juan [R.] Navarro, contiene música, poesía y cuentos (entre éstos, traducciones de Destouches, Arsène, Hussaye y Julian Lemer, y la reimpresión de uno de Patricio de [la] Escosura), y obras no publicadas todavía de dos importantes escritores mexicanos: “Abecé” y Eufemio Romero. Varios de estos textos fueron publicados posteriormente en el volumen 37 de la Biblioteca de autores mexicanos.”

Daniel C. Scroggins sostiene asimismo que “Abecé” es pseudónimo de Eufemio Romero, y que quizá “Mariposa” también lo sea, tomando como fuente a Ruiz Castañeda, en concreto, la primera edición de su *Diccionario de seudónimos...* Por su parte, Castro y Curiel atribuyen sin asomo de duda ambos pseudónimos a Eufemio Romero, cuando lo citan como uno de los muchos colaboradores que escribieron en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*.

Ocho obras de Romero fueron recuperadas por Victoriano Agüeros (1854-1911) a principios del siglo xx e incluidas en el tomo II de su antología *Novelas cortas de varios autores*. Tales son las obras de Romero que contiene la reimpresión del número 37 de la Biblioteca de Autores Mexicanos a que se refería Spell y que fueron también publicadas entre los meses de julio y septiembre de 1901 en el diario *El Tiempo*, fundado y dirigido por Agüeros; este diario dedicó amplios espacios para anunciar los volúmenes de la Biblioteca de Autores Mexicanos entre 1904 y 1907.

Aunque publicados en 1851 y 1852, Alfred Coester afirma, en una mínima nota biográfica de Eufemio Romero, que sus cuentos fueron escritos en la década de 1840, al referirse al escritor: “Eufemio Romero was a Mexican journalist, who wrote many short stories full of local color during the decade of the forties.”⁴ Dichas ediciones previas a las de *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, en caso de existir, no se han localizado. La antología *Cuentos de la América española* de Alfred Coester apareció en 1920; en ella, el único escritor mexicano incluido es Eufemio Romero, con su cuento “Anita”.

En 1852, Juan R. Navarro imprimió la *Fisiología del gusto* de Jean-Anthelm Brillat-Savarin, traducida por Eufemio Romero (que reproducía algunas ilustraciones del grabador Charles Albert d’Arnoux, “Bertall”, también presentes en la primera edición francesa de la obra). Acaso ha sido éste el trabajo de Romero que más haya hecho por su nombre: su traducción llegó a ser citada por Salvador Novo en su *Cocina mexicana*.

⁴ “Eufemio Romero fue un periodista mexicano que escribió numerosos cuentos llenos de colorido local en la década de 1840.”

La obra de Eufemio Romero no solamente abarca el periodismo, la traducción y la narrativa. Vicente García Torres, impresor de *El Monitor Republicano*, editó una obra de teatro de Eufemio Romero: *Los hijos del plan de Ayutla, o efectos de un mal gobierno: comedia en [...] actos*. Se desconoce tanto el año en que pudo haber visto la luz la comedia como el de su representación, si es que llegó a realizarse; sin embargo, por fuerza debió haber sido posterior a la promulgación de Plan de Ayutla (1854), y por tanto a la publicación de la obra narrativa de su autor. En los archivos de la Universidad de Yale parece encontrarse un ejemplar, mutilado, de la obra, que conserva sólo el primer acto, contenido en cincuenta y seis páginas.

En 1857 se imprime una obra en verso de Eufemio Romero, firmada por el autor con sus iniciales, E. R., como hiciera con algunas de sus traducciones en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*. La obra, en cuatro cuartetas, es de carácter patriótico y la recoge José María Roa Bárcena en la última página de su *Relación de la marcha de la Brigada González, y sucesos que le precedieron*.

Entre los sucesos que precedieron a la marcha de la Brigada González, según da cuenta Roa Bárcena, se refiere la lectura de una serie de poemas y prosas e inscripciones en verso de diversos autores, en loa al entonces gobernador del Estado de México, Plutarco González (de tendencias liberales y quien asumiera el cargo tras el triunfo de la revolución de Ayutla), y su brigada, ocurrida el 16 de agosto de 1857, día previo a la marcha de la referida tropa. Eufemio Romero no asistió al acto, o al menos no leyó él mismo su poema, según sugiere el encabezado que precede a sus cuartetas, a manera de título: “El Sr. Diputado D. José de la Peña, a nombre de D. Eufemio Romero leyó la siguiente:”

En la publicación, impresa en Toluca el mismo mes de agosto, se recuperan obras en verso de Francisco Granados Maldonado, Francisco Garza, Antonio Mier y Terán, José de J. González y González y Pablo Maya.

Dos años después reaparece Eufemio Romero en el panorama literario, como colaborador de *La Sociedad. Periódico Político y Literario*, “uno de los más importantes diarios conservadores” del siglo XIX mexicano. El periódico vivió entre 1857 y 1867.

El 9 de marzo de 1859 fue publicado en las páginas de *La Sociedad* un poema de Eufemio Romero: “Conversión”, dedicado “A mi querido amigo D. Tomas [sic] S. Gardida”, un impresor de publicaciones principalmente de contenido religioso. El poema está fechado en Toluca, en octubre de 1858, y tiene por tema el arrepentimiento: tras llevar una vida de maledicencia, un hombre renuncia a ella para encontrar alivio en la fe católica.

Es de notarse que Eufemio Romero, quien escribía mordaces sátiras en contra del gobierno para un periódico de tendencias más bien liberales, como *El Calavera*, y que se había afiliado al partido liberal, según Olivo Lara, diez años después publique poemas de tema religioso en un diario de carácter conservador, como *La Sociedad*.

Una segunda obra en verso de Eufemio Romero apareció en las páginas del mismo diario, el 26 de enero de 1860. El poema está fechado en Cuernavaca, ese mismo mes. Lleva por título “Tribulaciones” y está dedicado “A mi buen amigo el Sr. D. Ignacio Trigueros”, también veracruzano, y ministro de Hacienda de Santa Anna. Su tema es similar al del poema anterior: las tentaciones, el sucumbir a ellas y la posterior petición de clemencia y perdón a Dios.

El acercamiento de Eufemio Romero al verso puede encontrarse ya en los tomos III y IV de *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, para la que escribió un par de adivinanzas en octosílabos o endecasílabos, sin mayor trascendencia o ambición literaria, si bien no esconden la ligereza y el carácter jocoso propios de su prosa.

Aquí termina la relación de obras publicadas de Eufemio Romero que hemos encontrado. Nuestro escritor, así, se mantuvo activo como tal, en diversas facetas, por lo menos entre 1847 y 1860, período en el que produjo catorce obras narrativas (trece cuentos y una novela), seis poemas (adivinanzas y charadas incluidas), al menos treinta traducciones, dos artículos misceláneos, una obra de teatro, un manual de contabilidad y una cantidad indeterminada de artículos periodísticos.

Ruiz Castañeda y Márquez Acevedo dan cuenta de la existencia de un volumen que presumiblemente contendría, recopiladas, “encuadradas por separado”, todas las obras de Eufemio Romero que fueron publicadas en *La Semana de las Señoritas*

Mejicanas, en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México, incluida *La cruz de esmeraldas*. Sin embargo, tal volumen no se encuentra físicamente en dicho acervo o no está debidamente catalogado.⁵

La narrativa de Eufemio Romero

SOBRE la recepción de la producción literaria de Eufemio Romero, no contamos más que con dos referencias concretas: Montserrat Galí Boadella y Óscar Mata. Celia Miranda Cárabes también lo menciona en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, pero no pasa la suya de ser una tarea enunciativa con respecto a la figura de Eufemio Romero; lo mismo hacen Jaime Erasto Cortés y Alfredo Pavón en “El cuento y sus espejos”.

Galí Boadella se refiere en *Historias del bello sexo* a este “activo colaborador de nuestras revistas románticas” como un autor de escritos “de un romanticismo lacrimógeno y blandengue”, calificativos que no resultan del todo acertados para la obra de Romero, tanto narrativa como poética; y si bien lo traza como un “liberal decidido y hasta temerario”, asegura que lo contrario podría uno figurarse de él si se atiene a lo que plasma en su “poesía”. Galí Boadella, además, convierte a Eufemio Romero en colega de Guillermo Prieto, al afirmar que “trabajaban ambos en *El Monitor*”, cosa que no sucedió.

Óscar Mata, por su parte, da cuenta de la relativamente prolífica obra narrativa de Eufemio Romero, quien a través de sus textos se revela como un “ferviente católico” y un “patriota, un mexicano convencido de la grandeza de su patria” que escribe en contra de quienes intentan instituir una monarquía. Sus narraciones, en general, no son complejas sino más bien simples, esquemáticas y sencillas en su estilo discursivo. Mata considera que “El paroxismo” y “La adivinación” revelan una notoria mejoría en el uso de recursos narrativos de Eufemio Romero, si bien son textos “no exentos de tremendismo”. Sobre

⁵ A decir de Márquez Acevedo, llega a suceder que sobrevive la ficha hemerográfica de un determinado volumen en los catálogos de las bibliotecas, aun si la obra, con el paso del tiempo, se ha perdido; es posible que esto haya sucedido con la recopilación de la obra de Romero (comunicación personal).

el resto de la producción de Romero, observa que este escritor producía “‘esquemas de novela’, esto es narraciones con un estilo telegráfico que referían varias secuencias narrativas en menos de dos mil palabras”.

Pero quizá la característica más llamativa de la prosa de Eufemio Romero, aquélla que permite situarlo al margen de casi todos los escritores mexicanos de su tiempo, sea su tono humorístico, satírico, burlón, que permea de principio a fin todos sus relatos. Sus contemporáneos, románticos irremediables casi todos, cuando echaron mano de la risa en su obra narrativa no la convirtieron en su sello personal (a excepción acaso de Francisco Zarco, cuya obra, en este sentido, puede resultar cercana a la de Romero), como sí habían hecho, en la novela y el artículo periodístico, José Joaquín Fernández de Lizardi y Juan Bautista Morales.

Los recursos estéticos y estilísticos explorados por Romero son distintos de los que usa la mayoría de los escritores de su tiempo, pero sus objetivos son similares. A través de la risa, Eufemio Romero contribuye a moldear el ideal de la relativamente nueva nación a la que pertenece. No lo hace mediante la exaltación de paisajes y personajes, a través de discursos ardientes y patrióticos, como hicieran nuestros primeros románticos años antes, sino mediante la crítica. Romero exhibe, señala, condena y castiga la ruindad de carácter y el vicioso actuar de los habitantes de la nación, mediante la burla y la ridiculización no sólo de la reprobable actuación de las autoridades y los detentores del poder del México de su tiempo, sino también de los miembros de la sociedad cuyo comportamiento se aleja de un determinado modelo de conducta social. Así, Eufemio Romero traza la antítesis del ideal nacionalista cultivado por los primeros románticos mexicanos y reprueba esa antítesis, que no es otra cosa que la realidad perceptible del México de mediados del siglo XIX, realidad que sabe guardar su distancia con respecto de la sublime nación con que soñaron los padres de nuestras letras.

Su universo narrativo está plagado de personajes risibles, cuyos proyectos, a la vez abyectos y ridículos, se ven generalmente frustrados por fuerzas que ni remotamente se aproximan a lo hercúleo, si bien están siempre del lado de la honorabilidad, el recato, la justicia o la honestidad.

La figura del embozado es a la que más recurre Eufemio Romero para encarnar al hombre de viles propósitos, una posible herencia del teatro del Siglo de Oro español cuyo eco resuena incluso en el romántico *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla. En varios relatos del veracruzano aparecen hombres que, ocultos por una capa o actuando siempre cobijados por las sombras de la noche, acechan a sus víctimas, usualmente inocentes doncellas a la espera del arribo de algún eterno enamorado... aunque en algunas ocasiones parecen ser no tan inocentes las heroínas. El embozado de Romero puede actuar en solitario o con la ayuda de compinches, cohechados miembros del servicio de la víctima que se han vendido por unas monedas o han sido engañados sin mayor dificultad, lo cual contribuirá, en primera instancia, a que el embozado logre su propósito. Sin embargo, este torpe villano será a fin de cuentas merecedor de un castigo proporcional a la vileza de su proceder, la cual deambula libremente entre lo retorcido, lo grotesco y lo irrisorio.

Sin necesidad de cubrirse el rostro con una prenda ni de buscar resguardo en la penumbra, otros hombres habrá que procedan también de forma condenable. Romero retrata también al marido infiel que pretende buscar la felicidad fuera de los lindes del matrimonio, al funcionario que intenta seducir a su hija adoptiva o a la esposa de un amigo exiliado, al irresponsable que abandona el hogar para no hacerse cargo de su débil esposa y su hijo idiota, al militar extranjero inclinado hacia el robo y la corrupción, al médico poco comprometido con la salud de sus pacientes, al petimetre engreído. Todas estas figuras cumplen un propósito moral: mostrar cómo las acciones deshonestas significarán la pérdida para su ejecutor. Así, vemos cómo funcionarios públicos pierden su poder político, cómo un seductor de doncellas termina casado con la madre de una de ellas, cómo el marido infiel es exhibido en su más profunda insignificancia o cómo un vividor es despojado de todos sus bienes mal habidos; incluso un facineroso es llevado a la horca. Pero igualmente hay casos en los que se concede cierto perdón: es cuando los malhechores, como don Juan Tenorio, se muestran arrepentidos y procuran redimir su conducta; entonces son absueltos de sus fechorías o reciben una pena modesta, como pasar el resto de sus días recluidos en la oración y el arrepentimiento, como si

hubiera sido destinado al Purgatorio, a la manera de Francisco Galván de Montemayor, encarnado por Arturo de Córdova en la película *Él* de Luis Buñuel.

A sus personajes femeninos, Romero otorga el mismo tratamiento que a los masculinos. Lejos de los afanes de idealización propios de la estética romántica, Eufemio Romero traza física y moralmente a mujeres con debilidades y defectos. A diferencia de otros escritores mexicanos de su generación, Romero ofrece a sus lectores, a sus lectoras, heroínas que ceden ante las tentaciones carnales y se ven seducidas por hombres que, al igual que ellas, no corresponden con los prototipos del ideal romántico.

Este alejamiento del modelo idealizador de la mujer le permite dibujar personajes más susceptibles a las emociones y pasiones que afectan al ser humano: una criatura angelical implicará también, en el primer romanticismo mexicano, que las desgracias de la mujer sean provocadas por factores ajenos a ella (las perversas intenciones de los hombres que las desean, por ejemplo), mientras en Romero lo serán por el comportamiento de la mujer misma. Como en el romanticismo precedente a la producción narrativa de Eufemio Romero, la mujer es víctima. La diferencia es que en los cuentos de Romero lo será por su propio comportamiento osado, “varonil”, disruptivo en función de lo esperado de una doncella, mientras en la gran mayoría de los relatos de la época la mujer es víctima por observar el comportamiento opuesto: la pasividad.

Las jóvenes con inclinación a la coquetería, que aparecen ya en Francisco Zarco, son los personajes femeninos más recurrentes en los relatos de Romero. En sus páginas habita tanto la mujer casada que acepta de buena gana los galanteos de quienes la cortejan como la joven que mantiene correspondencia secreta con un seductor, tanto la mujer decididamente infiel que hace cuanto está en sus manos por retrasar la llegada de su marido como la hija de familia acomodada que da cabida a un segundo pretendiente mientras su prometido está de viaje, o la muchacha que, con tal de escapar del aprisionamiento en que se siente, está dispuesta a unirse en matrimonio con el primer rufián que la requiebra.

Al igual que en el caso de los hombres, la mujer verá restablecida la paz hogareña o recompensada con un matrimonio

conveniente si retoma el buen camino, y condenada al escarnio social, o incluso a la muerte, si persiste en sus necias pasiones o sus “pensamientos locos”.

La coquetería es, pues, un rasgo que caracteriza a prácticamente todas las mujeres que juegan un rol relevante en los cuentos de Romero. Aun si la mujer es poco agraciada físicamente, ésta se valdrá de los afeites para alcanzar mediante el artificio las características con que no fue bendecida: el comportamiento de la mujer orientado a la coquetería se asoma bajo diversas estrategias, según corresponda con las características físicas de cada cual.

La mujer, así, está definida más por su comportamiento que por sus atributos físicos; no es en este caso su belleza la que desencadenará el actuar de los hombres, sino que es ella la conductora de la acción, la perseguidora de sus propios intereses, discrepantes con una moral dominante que establece Romero, por oposición –al calificar de “perversa” la conducta de alguno de sus personajes y, mediante audaz ironía, de deshonesta–, en el texto narrativo.

Con todo, así como algunos personajes femeninos de Eufemio Romero acusan una actitud temeraria y activa, que se valen de los medios de que pueden disponer en función de la sociedad y el contexto a que se adscriben, también los hay que se insertan en la figura de la mujer romántica, ángel dependiente del resguardo y benevolencia del hombre, y obediente de las disposiciones sociales y morales. Una de estas figuras, la más festejada de las creaciones femeninas de Eufemio Romero, en la que no escasearán tampoco rasgos de arrojo, será veracruzana, como él mismo.

Complementariamente, también habrá hombres en algún grado emparentados con el ideal del héroe romántico: amantes honestos, médicos comprometidos con la salvación de la doncella, condes y barones que mantienen en altísima estima el honor de la familia, esposos nobles y magnánimos para con su mujer... pero no serán figuras dominantes ni tendrán roles protagónicos. En algunos casos serán los salvadores de los infortunios de la doncella, la esposa, la república; en otros, hombres ultrajados en su honor que recuperen su buen nombre, su familia o su felicidad. Pero su aparición siempre, o casi siempre,

surgirá en función de una villanía o un mal, cuya gravedad oscilará entre una cuestión de vida o muerte y el endeudamiento con una usurera.

La autoridad es una de las entidades contra las que más se encarniza Romero, representada tanto en funcionarios, ministros y detentores del poder como en las instituciones gubernamentales en sí. La concepción de México como república es puesta en duda y la nación independiente concebida como “una túnica hecha con diecisiete o dieciocho retazos de telas de diferentes dibujos, calidades y tamaños, hilvanados unos con otros”, con lo cual pone en entredicho la idea de unidad nacional y la compara a “la no sé si República Mexicana” con un remiendo de costurera, cuyos legisladores –inclinados algunos de ellos por instaurar una monarquía– la tenían convertida “en una sociedad sin gobierno de nombre conocido”.

El sistema y las instituciones de educación resultan también bombardeados por Eufemio Romero, al igual que los funcionarios y legisladores que olvidan su compromiso para con la patria y dan prioridad a sus apetitos y ambiciones. La incapacidad del gobierno para administrar los asuntos del país encuentra una explicación: la designación de individuos poco capaces para desempeñar tareas de primordial importancia para la nación. Así, al estar el país en manos de funcionarios incompetentes, las consecuencias de su actuación se verán necesariamente reflejadas en los fenómenos sociales del país. De este modo, ante la amenaza del estallido de un posible levantamiento social, por ejemplo, las fuerzas gubernamentales operan de manera absurda, imponiendo disposiciones que, lejos de resolver un problema, lo agravan, o producen otro, estimulando así el descontento social en vez de menguarlo.

El matrimonio es otro de los ejes en torno a los cuales gira la narrativa de Romero. Afirmar que sus relatos están configurados, estructurados y desarrollados en función de su destinataria femenina no es descabellado, no sólo por la alusión, en la mayoría de sus apóstrofes, a la “lectora”, sino también por la aparición de su obra en una publicación llamada *La Semana de las Señoritas Mejicanas*. Así, es posible suponer que la recurrencia al tópico matrimonial contribuye a la educación de la mujer a través de la prensa periódica.

Las aventuras y desventuras amorosas son coronadas con ansiados enlaces nupciales, la institución es restaurada tras una serie de novelescos avatares y, en casos excepcionales, el amor de la joven pareja se desdibuja a causa del odio ancestral de las familias a las que pertenecen, lo que recuerda inevitablemente al *Romeo y Julieta* de William Shakespeare. El matrimonio salva de la perdición a una joven desesperada por salir de su condición de tutelaje y da fin a las fechorías de un donjuán caricaturesco, sella la felicidad de una joven pareja que ha tenido que enfrentar el infortunio de una enfermedad y condena a la exclusión social a la joven que se unió a un soldado del ejército invasor, es feliz destino y merecida recompensa para una doncella de inocencia y belleza sin par y un pretendiente de nobles sentimientos e intenciones y es también la perdición de la muchacha que, desobedeciendo el consejo materno, se enlaza con un bueno para nada.

En otros casos, en los que el matrimonio es contexto del relato, las abiertas infidelidades y los incipientes coqueteos menguan la solidez de la vida conyugal, la cual se ve reedificada con la rectificación del comportamiento de los dos involucrados... pero cuando no hay tal redención, quien haya minado la fortaleza del vínculo se convertirá en víctima del escarnio social; en unos más, la constancia, el amor, la virtud, serán las cualidades que llevan al matrimonio separado por negras intenciones a reencontrarse, reunirse y restaurar la noble unión y la dicha.

Sobre la postura de Eufemio Romero en torno a las supersticiones y creencias populares, quizá un solo caso lo diga todo: el de una gitana que predice una desventura amorosa. La gitana pronuncia la infausta premonición, que se cumple, pero nuestro narrador la desenmaraña, exhibiéndola como una patraña, aunque astutamente elaborada. Pero patraña o no, la adivinación se cumple. Si bien en el cuento se hace patente que la gitana no posee dones adivinatorios, sí se le dota de una capacidad de análisis que sabe explotar a fin de dar credibilidad a su oficio, y que es puesta al servicio del estudio de quienes asisten a consultarla, estudio a partir del cual puede elaborar algunas conjeturas acertadas. El raciocinio está detrás del artificio quíromántico que la gitana presume ejercer, y el artificio consiste en el hecho de que la gitana hace creer a sus consultantes que

posee una capacidad adivinatoria; empero, no hay artificio en sus pronunciamientos, de base analítica.

En todos los relatos de Romero, el narrador será el encargado de conducir a la lectora a través de la historia, valiéndose con frecuencia de numerosos vaivenes temporales, y de atar todos los cabos y revelar todos los enigmas.

Apoyándose casi siempre en un narrador extradiegético, Eufemio Romero refiere, con una voz propia que prácticamente no varía de un cuento a otro, sus historias. Esa homogeneidad es el estilo del autor, estilo que lo delata, por otra parte, como el creador y responsable de las obras que aparecen firmadas con el pseudónimo "Abecé". Esto será evidente no sólo en los giros irónicos o humorísticos que permean su obra, sino también en la forma en que el narrador enfrenta su narración, la historia que se dispone a contar.

Situarse fuera de la historia le permite ser vínculo entre la destinataria explícita del texto escrito y el conjunto de principios reguladores de la historia, a la vez que configurador del universo narrado y juez de las conductas de los personajes desde una perspectiva aparentemente neutral. Pero el narrador también divaga, realiza una exagerada descripción de algún personaje, situación u objeto de interés para el relato, tras la cual volverá de su abstracción para continuar con el cuento, o bien se aboca a emitir un juicio moral, social, lingüístico o banal, que se desata por algo que en el relato es meramente circunstancial; la divagación cumple una función de adorno, de fioritura. Romero también tiende a repetir estructuras, enfoques, frases, argumentos y desenlaces, en función de unos determinados principios, valores o esquemas sociales.

Además, el de Eufemio Romero es un narrador que duda, oculta información y se asume como el responsable de las líneas que alguien leerá; interpela al lector, pero, sobre todo, a la lectora; se excusa por lo que ha dicho, por lo que ha escrito (como años más tarde hará Fyódor Dostoievsky en sus *Notas desde el subterráneo*); asume incluso sus deficiencias. Algunas omisiones son atribuidas por el narrador a los intereses inmediatos de su tarea, en pos de la efectividad del relato, al objetivo de su quehacer, que es más contar una anécdota que detallar pormenores: el narrador, según convenga, se presenta

como incapaz de escuchar una conversación en voz baja, penetrar en aquello que no es nítidamente perceptible a través de los sentidos o atender a todos los pormenores de lo que sucede en una habitación (a la cual llega después que los personajes y no sabe qué pasó al inicio del encuentro), al tiempo que con toda naturalidad se faculta para saber qué es lo que alguien ha soñado o cómo ha llegado a las más enmarañadas conclusiones.

Postfacio

LA OBRA de Eufemio Romero, narrativa, poética y dramática, aún permanece inexplorada, casi desconocida, y acaso parte de ella sea irrecuperable. Un primer acercamiento a su obra narrativa permite descubrir algunas de sus características estructurales y explicar su surgimiento y función en el contexto en el que se produjo, en plena transición o evolución de la estética romántica mexicana.⁶

Sin embargo, hará falta una profundización, por ejemplo, en su obra poética posterior, quizá no muy vasta, que aún queda por descubrir, rastrear, identificar, caracterizar. En sus textos narrativos habrá que explorar qué significado e interpretación se da a los acontecimientos que definieron la historia de nuestro país, o de algunas de sus regiones, en la primera mitad del siglo XIX: la expulsión de los españoles en 1828-1829, la intervención estadounidense de 1847-1848, la promulgación del Plan de Ayutla... O indagar en torno a la función de las referencias a la religión católica, a la Iglesia, al clero. O escrutar en el tema de la política, presente en más de un cuento de Eufemio Romero. O profundizar en el papel del onirismo en un par de relatos suyos.

Ahí puede encontrarse una forma de comprender una época, un país y todo cuanto a éstos atañía, desde una perspectiva

⁶ Este primer acercamiento, a la vez rescate de su obra, fue posible gracias, en parte, a la conservación de las publicaciones en las que aparecieron los diversos textos de Eufemio Romero, *La Semana de las Señoritas Mejicanas* y *La Sociedad*, que resguardan el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Colección Especial de la Unidad de Servicios Bibliotecarios y de Información de la Universidad Veracruzana.

que acaso compartan no solamente otros escritores, sino varios espectros sociales.

El trazo de su biografía también ayudará a definir al personaje, quizá más allá de su quehacer literario, pero tal vez ello ayude a explicar las interrogantes que aún se ciernen sobre Eufemio Romero (¿siguió cultivando la narrativa, o por qué dejó de hacerlo?, por ejemplo) como se ciernen sobre otras figuras, asaz oscuras, del siglo XIX mexicano, que aún esperan por ser redescubiertas y valoradas, a fin de completar el panorama, aún irresoluto, de nuestra literatura decimonónica y todos sus matices, expresiones, posibilidades e inquietudes.

Julio Romano Obregón

NARRATIVA

LOS OJOS Y EL CORAZÓN*

I

A LO largo de la afamada calle de Plateros, en la bullanguera y festiva México, rodaba suave y tan blandamente cuanto lo permitía el hoyoso empedrado un bonito coche, que a legua se conocía no ser propio, no ya por el testimonio del número reglamentario, pues no le tenía, ni por la traza del cochero, que no llevaba la azul librea generalmente usada por los de sitio, sino, en resumidas cuentas, por la condición deplorable de las mulitas y el estado vetusto de las guarniciones, indicios irrefragables de la calidad del carruaje y suficientes para explicar el porqué del suave, por no decir a las claras lento, rodar del vehículo.

Pasó éste las calles de San Francisco, del puente del mismo nombre, entróse en la Alameda misma y paró allí, obediente seguramente a una de las instrucciones de antemano dadas, junto a la vereda que conduce a la fuente del centro, la fuente mayor, en medio de la cual, arriba de un pedestal soberbio para la vista de los humildes, se ostenta la Libertad, orgullosa de haber suplantado a las mil y quinientas al León de las Castillas.

No se abrió inmediatamente la portezuela del coche, como era de esperar y como sucede todas las veces que algo muy notable no lo impide. Este descuido, esta extraña desatención del cochero, no provocó el pataleo a que en tales casos se

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 307-311. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp. 147-159. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5348, 28 de julio de 1901, p. 4; no. 5349, 30 de julio de 1901, p. 4.

recurre para recordar al cochero su deber. Y a fe que hubiera sido trabajo en balde, porque el cochero, no bien hubo parado el carruaje, brincó en tierra y fuese corriendo hacia un sujeto que, muy arrebozado con su capa, se mantenía en ademán de aguardarle, al lado de los asientos de la derecha que se ven a la entrada de la Alameda. Llegado el cochero a donde el desconocido se hallaba, escuchóle unas cuantas palabras, otorgó de cabeza, recibió y se embolsó unas pesetas con una mano y un papelito doblado con la otra y veloz como un pajecillo vivaracho y despierto volvió al coche, quitóse el sombrero y abrió con profundo respeto la portezuela.

Las personas que encajonadas iban en el coche, fuese por ignorancia de los usos de la tierra o por la casual distracción que produjera en ellas el espectáculo de la *remesa*,⁷ no dieron muestras de impaciencia o desagrado por la desatención del cochero; por el contrario, en lugar de ponerse en actitud de bajar del coche, hablaron unas cuantas palabras a aquél, el cual, subiéndose al pescante, con algo que indicaba mala gana, echó de nuevo a andar y a poco hizo alto a la puerta principal, la que mira a oriente, del pequeño pero precioso convento de San Diego.

Dos mujeres bajaron a su debido tiempo del coche.

Era la una, la de más edad por supuesto, la madre, según las trazas, una señora que parecía tener unos cuarenta años de edad y que representaba no haber sido de malas bigoteras en sus lozanos días. La otra venía a ser una señorita de cosa de catorce años de edad, peripuesta y avispada, presumida y coquetuela como todas las muchachas de su edad (perdónese-nos la expresión, pero ya se nos cayó de la pluma); por lo demás, en cuanto a su cara, hubiera pasado por decididamente fea, a no ser por el realce o, más bien, por el atractivo que le daban, y que borraba todos los peros de su rostro, de su cuerpo y aun quizá de su alma, si es que tenía en ella algunos; a no ser por el atractivo, decimos, de un par de ojos negros, vivos, parлерos y preciosos, en suma, como pocos.

⁷ Conducción de malhechores y gente perdida de la cárcel llamada de *la Diputación*, donde se depositan, a la cárcel llamada *La Acordada*, donde se encarcelan definitivamente. (N. del A.)

Ambas mujeres, madre e hija a la cuenta, metiéronse en la iglesia.

Serían sobre poco más o menos las ocho de la mañana.

Hacia una mañana serena, agradable, una de esas mañanas de primavera en que las flores con su fragancia, las aves con sus trinos, las aguas con sus murmurios, toda la creación, en fin, atestigua la existencia de Dios, le ensalza y excita al alma a amar.

Concluida la misa, ya que los fieles parecían haber desocupado todos el templo y que el puntual sacristán aguardaba, repicando las llaves, a que salieran los más morosos, hicieron también las mujeres de que dejamos hablado.

Cualquiera que hubiera querido hacer en la ocasión el papel de observador habría reparado que en uno de los ángulos del atrio estaba un hombre embozado en una capa.

Este hombre, como si aquellas dos mujeres ejercieran en él los dos opuestos efectos de atracción y repulsión, apenas percibió a las mujeres o, mejor dicho, su sombra, abalanzóse fuera del atrio, fuera del alcance de la vista de ellas.

El cochero registró con la vista por todos lados, encogió los hombros, aupó a las damas, colocóse en su puesto y guiando las mulas tomó por el rumbo de San Cosme, hasta el afamado Tívoli, el jardín que sirve de punto de amable reunión a más de cuatro enamorados, diputados y ministros.

Ocioso nos parece agregar que también allí se encontró a poco el embozado, el cual, a una indicación, harto inocente por cierto, de parte del cochero a la más moza de las mujeres, logró ser visto, pero tan sólo de ésta, al tiempo de volverse ella y su compañera al coche.

II

CAROLINA Guzmán, una de las mujeres más bonitas de su tiempo, quedó viuda a los veinticinco años de su edad y diez de casada, sin haber tenido jamás, de su matrimonio, hijo alguno que le viviera.

A poco de haber enviudado, viose visitar su casa a Teodoro Chambelán, mozo de buena traza, de malísimos proceder y de mucho dinero: esto duró muy poco tiempo.

No estará de más que sepa el lector que Carolina tenía un hermano, mozo de muy desarregladas costumbres, de quien hacía muchos años que ninguna noticia tenía.

Anastasia, desde sus muy tiernos años, fue puesta a educar en un colegio de monjas, del cual acababa de salir, a los catorce años, para acompañar a la señora su mamá a México, a donde llevaban a ésta no podemos decir qué negocios misteriosos.

Plantar en México a una muchacha criada en una reclusión viene a ser poco más o menos lo mismo que soltar a una oveja en una lobera.

III

ANASTASIA, en cuanto hubo acabado el paseo matutino, se retiró a su cuarto. Al desvestirse, cayó de su seno un papelito enrollado, que ella azogadamente recogió al punto.

Desarrollóle temblándole las manos, encendido el rostro, anudada la garganta, seco el paladar.

Era un billete amatorio, billete amatorio de un hombre que no había visto más que dos veces: la una en la casa de diligencias, la víspera, y la otra por San Cosme, aquel propio día del paseo. Sin embargo, él decía que desde que la había visto se había prendado ciegamente, locamente, frenéticamente de su peregrina y sin par hermosura y de sus extraordinarias virtudes.

El caso era para reírse.

Pero Anastasia, que maldito cuidado le daba que fuera exageración galante lo del ciego, loco y frenético amor, así como lo del súbito enamoramiento, echó esto a otra parte y estúvose con alma, vida y corazón a lo que más deleitaba su amor propio, a saber... ¿pero a qué decirlo puesto que todos comprenden lo que es?

En resumidas cuentas, no llevó a mal Anastasia que la paladearan con su hermosura, ni pensó en ver con mala cara a quien hacía llegar a sus narices el suave humillo de ese género de incienso que todos conocen con el nombre de Lisonja.

IV

AL PIE, en la acera de la Universidad, tienen sus despachos los *evangelistas*.

Los que conocen a México saben muy bien lo que son *evangelistas*, pero en obsequio de los que no teniendo de México sino noticias más o menos falsas, se sorprenderían creyendo que nosotros intentamos dar a estas horas por vivos a los respetables discípulos del MAESTRO y escritores de su vida, juzgamos conveniente decir que los *evangelistas* son unos hombres pobres, hez de la literatura, escritores del ínfimo pueblo y para el íntimo pueblo, redactores de epístolas amorias y directores, de paso, de las tramoyas de este género que ocurren entre domésticos y verduleras, bodegoneras y cargadores.

Un pie derecho con un petate extendido en el extremo superior, a semejanza del famoso quitasol de Robinson, forma a la vez su casa y su techo, debajo del cual están ellos desde por la mañana hasta la noche, sentados en un banquillo y delante de una mesita en que apenas caben un tintero, una salvadera y un rollo de papel en armonía con los demás arneses; están ellos, decimos, aguardando ocupación.

Junto a un evangelista, alrededor del cual había mucha gente agrupada, a los pocos días de lo que llevamos relatado, veíase a un aguador sentado en cuclillas y con la vista clavada en el papel de cartas, de color azul, en que el evangelista estaba escribiendo, esto es, redactando lo que le dijera el aguador.

El caso es que Anastasia no sabía escribir.

Y no sabiendo la pobrecilla escribir y teniendo necesidad, necesidad tan imperiosa como la que más, relativamente hablando, de escribir y contestar a una carta amoriosa, preciso le fue pedir auxilio a la costurera de su casa, la cual, no sabiendo tampoco escribir, se valió de su marido, aguador el más honrado de la cofradía aguadora, el que estando también a oscuras en punto a conocimientos caligráficos hubo de recurrir a su compadre don Gumersindo Mendoza, evangelista discreto y nada adocenado, como lo probaba la crecida concurrencia de marchantes que tenía diariamente.

V

LAS COSAS estaban muy adelantadas y sobre todo muy empeñadas.

La correspondencia entre Anastasia y su amante había llegado a tomar una actividad extraordinaria.

Anastasia, sin embargo, tuvo una vez uno de aquellos inevitables e irreparables descuidos que despiertan la adormecida atención de las madres, poniéndoles en las manos, por medio de un papel escrito, el hilo del negocio.

La señora mamá, que había leído en letras de molde que una madre debe conducirse con su hija de manera que su hija no tenga empacho en confiarle todos sus amoríos, lo cual, había ella leído, es cosa sumamente fácil de lograr; la señora mamá, pues, tanteó a su hija, sin provecho, y puso por obra, sin provecho también, todo lo que aconsejan las letras de molde y la razón propia como más eficaz para convertir a una madre en una confidente de su hija y a una hija en una simple amiga, ¡como quien no dice nada!, de su señora mamá.

No es obra fácil, a nuestro entender por lo menos, trastornar el orden de las cosas, subvertir los afectos, cambiar arbitrariamente el carácter de los sentimientos humanos.

El caso es que Anastasia no solamente calló todo a la señora su mamá, sino que, luego que se presumiera que su señora mamá había trascendido lo que ella traía entre manos, se recató más y más de aquélla de tal suerte y tan bien que nada logró la mamá volver a descubrir.

Y el caso es también que, de simple efecto de amor propio engraido, el sentimiento de Anastasia había llegado a tomar los tamaños de una pasión en toda forma.

VI

HACÍA una noche horrenda.

Espesas nubes entoldaban el cielo, corría un airecillo tan penetrante y frío que los guardas nocturnos, acurrucados en

las puertas de los zaguanes y aborujados en sus capotes, dejaban el campo, es decir, las calles, a merced de los ladrones, que, dicho sea de paso, no escasean en la capital del emporio mexicano.

No eran más que las diez. La calle Zuleta estaba sola.

Pero a poco descúbrese un bulto que deslizándose cautelosamente, a semejanza del genio del mal, se zampa en una casa cuya puerta se abre a un ligero impulso de su mano y en la que una hora antes había entrado un hombre de harta mala traza.

¿Qué va a suceder?

¿Qué intenciones llevan a aquel fantasma a aquella casa?

VII

—HABLE usted quedo, hable usted pronto, por el amor de Dios —decía una joven a un hombre de unos cuarenta y tantos años, en cuyo rostro, por más que disimulara, se leía una infame intención.

—Sí, vida mía; no tengas miedo, no tiembles tanto...

Y diciendo así, tomóle una de las manos, que sintió helada.

—¡Teodoro! —exclama de repente una mujer que se presenta en la escena, con lívido semblante, relampagueándole los ojos y temblando de ira.

Teodoro se queda estupefacto, como herido de la mano de Dios, con fuerza apenas para pronunciar entre dientes:

—¡Carolina!

—¡Conózcame usted, inf... caballero! —agrega la dama con voz convulsa—, y sépase usted, ¡infame!, que ésta es hija de usted.

Vuelve la vista Teodoro al percibir un extraño jadeo y ve cerca de sí a un hombre con un puñal levantado, un hombre que algunas veces viera con los atavíos de evangelista.

—¡Ése es mi hermano! —dice Carolina, reparando el ademán de Teodoro con la presencia del extraño, cuyo brazo contiene ella...

No creemos pecar de exageración si afirmamos que no fue el pavor de Teodoro menos grande que el que se apoderó del

rey Baltasar a la vista de la fatal sentencia escrita con letras de fuego y por mano del Señor en los muros de su magnífico palacio...

VIII

EN EFECTO, el evangelista era hermano de Carolina. Su mala cabeza le había llevado a mantenerse con la industria de evangelista. En calidad de astuto director de las tramas amorosas, había sabido imponerse en la de Anastasia por medio de las revelaciones del aguador, quien por la costurera, confidente de Anastasia, estaba al tanto de todo, y en la noche de la cita, habiéndose dado a conocer a Carolina, la había puesto al corriente de lo que pasaba.

Teodoro creía, como tantos otros miserables, haber impunemente abusado de una infeliz viuda, pero plugo a Dios disponer de otra manera las cosas.

A poco tiempo, Carolina se desposó con Teodoro.

Anastasia pasó a vivir con una tía, de cuya casa salió al año, para casarse.

ANITA*

I

APUNTES

ERA una noche de norte.

Oscuro estaba el cielo, sin iluminarle siquiera la luz de intermitentes relámpagos; copiosa lluvia, no de agua, sí de menudos pedriscos y gruesa arena, azotaba con furia las paredes de los edificios, produciendo en las vidrieras de los balcones y de las iglesias un sonido semejante al rechino de dientes, y un agudo silbido al herir los ángulos de las calles, las cruces de las torres y los cables de las embarcaciones surtas en la bahía. A esta extraña sinfonía uníanse el crujido de los goznes de todas las puertas de la ciudad, crujido semejante a un gemido ligero y doliente, y el mugido del embravecido mar. Y todo, así el golpeo constante de las piedras y la arena como el retintín de las vidrieras, así el silbo como los crujidos y los rugidos; todo, decimos, se percibía distintamente, de la manera que se perciben los instrumentos diversos en una inmensa pero bien ordenada orquesta.

Si con ruido tan descomunal hubiera sido posible oír otro menos estrepitoso que el del trueno, habría quizá herido algún oído atento, a pesar de la borrasca, el sordo rumor de unos remos.

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 385-392. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp. 161-182. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5349, 30 de julio de 1901, p. 4; no. 5350, 31 de julio de 1901, p. 4; no. 5351, 1 de agosto de 1901, p. 4. Alfred Coester, *Cuentos de la América española/Stories from Spanish America*, Ginn & Company, Boston, 1920, pp. 65-78.

Serena en medio de la tormenta, Veracruz parecía un gigantesco fantasma visto a través de un mágico velo, arropado con un transparente sudario negro.

En una calle cuyo nombre no recordamos, de una casa situada en el centro de la acera, frente a frente de un café conocido con el nombre de *Café de la Paloma*, se abrió un balcón. El reloj del palacio municipal dio una hora.

—¡Ave María Purísima! —cantaron los serenos—. ¡Las once y nublado!

Al balcón de la casa de que hablamos, abierta que fue una de las hojas de la puerta, asomóse un bulto. Colgó la cabeza, apoyándola sobre el brazo y mantúvose largo rato así, como embebecido en una profunda divagación.

¿Qué hacía por aquellas horas allí aquella persona, aquella mujer, diremos, pues bien daba su traje a conocer su sexo; qué hacía, decimos, aquella mujer en aquel sitio, a aquellas horas, con el tiempo que hacía, sin asustarse de la oscuridad, sin amedrentarse de la soledad de la calle, sin incomodarla el impetuoso viento?

Tristes y pesados pensamientos cruzaban su mente, a la manera de esos espesos celajes que atraviesan el firmamento poco a poco, impelidos de un aire que no se siente en la tierra.

Entre tanto, un embozado, viniendo por la recova, pasó a la acera opuesta, y ya que hubo llegado frente a frente del consabido balcón, dio una estrepitosa tosidura y se paró.

La mujer del balcón levantó la cabeza e hizo un movimiento, indeliberado al parecer, como para retirarse; pero no se retiró, sin embargo: por el contrario, quedóse mirando de hito en hito al embozado.

Éste, una vez persuadido de que le habían reparado, echó a andar, cruzó la calle e hizo alto al pie del balcón.

Allí plantado, cuando por la cuenta iba a trabar conversación con la mujer que arriba estaba, oyóse un tiro, prorrumpieron varios serenos pitando y a poco vino un bulto a caer a los pies del embozado.

—¡Jesús! —clamó la mujer del balcón, escapándosele con el susto un pañuelo blanco que en la mano tenía. Y desapareció.

El embozado se fue de allí a todo escape.

Y a poco unos serenos llegaron y cargaron con el bulto.

Y después la calle quedó tan desierta y silenciosa como antes, más desierta y silenciosa todavía.

II EL PAÑUELO

EL DÍA de la noche de que acabamos de hablar, ya pardeando la tarde, la campana del muelle tocó vela y el telégrafo de San Juan de Ulúa señaló a poco rato una fragata angloamericana mercante, la cual, en las alas del norte que comenzaba a picar, no tardó en echar anclas en el puerto.

Más tarde, a cosa de las once de la noche, desatracando un bote del costado de la fragata, bogó, no hacia el muelle sino hacia uno de los recodos de la playa, en donde dos hombres del bote desembarcaron una cajita. Estos dos hombres pasaron a duras penas la carga por encima de la muralla, salvándola también ellos; pero avistados por el centinela del baluarte de Concepción, disparóseles un tiro tras tres “¿Quién vive?” que no fueron oídos. El tiro alcanzó a uno de los hombres que desembarcaban de una manera tan poco regular y el hombre herido fue a caer al pie de un balcón, a un paso de un embozado. Habiendo acudido al ruido los serenos, vendáronle la herida con un pañuelo que sobre él se halló y por pronta providencia, ínterin se averiguaba lo conducente, condujéronle al Hospital San Carlos.

Al otro día se habló mucho en Veracruz de un buen contrabando aprehendido.

El herido no lo había sido mortalmente. Antes de hacérsele la primera curación había recobrado sus sentidos, con harta pesadumbre para el practicante mayor Leiva y sus colegas, que hubieran deseado no tener el trabajo de desvendar, reconocer, aplicar suturas y volver a vendar.

En la mañana siguiente al suceso presentóse el juez competente en el hospital, e interrogado el herido por medio del escribano, dijo llamarse Pedro Ponz, ser natural de La Habana, casado, de treintaisiete años de edad, católico apostólico romano; pero sin embargo de su dicho, su acento acusaba un

legítimo hijo de Castilla, es decir, un individuo de una casta proscrita, por lo que el juez asomó una maliciosa sonrisa a los labios acompañada de un meneo de cabeza muy significativo al oírle afirmar que era natural de la *siempre fiel* isla de Cuba.

Y cierto que sobraba con esta circunstancia, la del origen del preso, para que fuese juzgado con toda la imparcialidad del odio.

Interrogado acerca del contrabando y del salto de la muralla, delitos ambos graves, pero menos en concepto del juez que el del origen, negó todo.

Interrogado acerca de un pañuelo con que se le había vendado la herida y que encontraron sobre su cuerpo los serenos cuando lo levantaron de la calle N, debajo del balcón de la casa de don Fernando Altamirano, no supo qué responder, mas se le pusieron a la vista, arrebatóle con afán y guardósele diciendo que sí era suyo.

El juez no reparó en el ademán del reo, ni tampoco lo advirtió el escribano: tan preocupados estaban con la persuasión del delito de origen, que ya no hacían caso de si el herido podía tener sobre sí otro.

Ello es cierto que el pañuelo, que era blanco y de cambray, tenía una cifra: en una de sus esquinas se leía, formado con seda negra, A. Z.

La suerte que aguardaba al reo no era difícil de prever, pues la pena de todo español que llegaba a la República Mexicana era el inmediato reembarco, si no tenía documentos comprobantes de un fingido origen y, sobre todo, oro. El sujeto de que hablamos no parecía tener ni lo uno ni lo otro. Pero la esperanza, ídolo de tontos y discretos, nunca se pierde, ni en las más apretadas coyunturas.

III ÉL Y ELLA

A LA noche siguiente de aquélla de que tenemos hablado en el capítulo I, volvemos a encontrar a la misma mujer en el propio balcón de la misma calle, a cosa de las diez y media.

Poco llevaba ella de estar allí, cuando se vio caer a sus pies un envoltorio pequeño. Asustóse aquélla, pero sojuzgada por el diablo de la curiosidad, tan poderoso en el sexo femenino, después de buscar en vano con la vista quién había tirado aquello, alzólo, y al tiempo que trataba de desatarlo para ver lo que contenía, el ruido de una tos conocida la hizo guardárselo precipitada pero disimuladamente en el seno, depósito tan sagrado como seguro de las hijas de Adán y Eva.

En efecto, el sujeto de la noche anterior estaba allí, plantado frente a frente de ella.

—¿Me oye usted, Anita? —preguntó con acento inequívocamente español el desconocido

—Oigo a usted, Hierro —contestó la mujer con la naturalidad y el sonoro acento de las agraciadas y garbosas hijas de Veracruz.

—¿Qué determina usted, por fin?

—¿Qué fue lo de anoche?, dígame usted —dijo Anita tratando quizá de descartarse, con la curiosidad, de la pregunta.

—Yo no sé... una muerte... creo que algo de contrabando.

—Pues qué, ¿no vio usted...?

—¡Yo no! Al punto me retiré por no verme luego en declaraciones como testigo.

—¿Entonces usted no recogió el pañuelo que se me voló... con un anillo amarrado en una esquina? ¿No lo vio usted? ¿No lo vio usted caer?

—¿Se le voló a usted el pañuelo?

—¿No lo vio usted?

—No vi nada: como luego luego me fui...

—¿De veras no lo alzó usted?

—De veras, ni le vi. Pero deje usted eso a un lado...

—¿El qué?

—Acabe usted de determinarse, vida mía. Se va el tiempo, y quién sabe...

—Han salido; no estoy más que con la vieja que está rezando.

—Ya podía usted bajar, ahora es ocasión...

—¡Ay, no! —exclamó con demudada voz Anita.

—¡Oh, sí, cielo mío!

—Deben no tardar ya —replicó la dama tartaleando.

—Por lo mismo —tornó con instancia el galán.

Anita no replicó. Clavó la cabeza entre sus manos, en ademán de entrar en cuentas consigo.

—¡Mañana! —dijo después con sofocada voz al hombre que continuaba estrechándola con amantes ruegos.

—¡Mañana! —repuso Hierro que habiendo notado la perturbación de su amante tomaba a pechos aprovechar la ocasión—. ¿Y si no hay ocasión mañana? Échate con toda confianza en mis brazos ahora, dueña mía; mi palabra te quita todo escrúpulo. Ahí, ya ves, no estás bien; a mi lado, yo que te adoro...

Sintió Anita subírsele quién sabe qué a la cabeza, zumbáronle los oídos, helósele la lengua...

A punto de tomar una determinación, tal vez de ésas determinaciones que sugiere el despecho y el amor apaña, determinaciones, ¡ay!, que casi siempre se lloran toda la vida sin poder nunca el eterno llanto ni el agudo arrepentimiento borrar sus mil horrendas consecuencias; a punto, pues, de tomar una determinación quizá loca, vio desaparecer al galán.

Era que la familia venía desembocando por la calle.

IV

DOS NOVIOS PARA LA NIÑA

TENÍA Anita unos diecisiete años.

Era más agraciada que bella, más bien trigueña que blanca; largas trenzas de un pelo negro como el más hermoso azabache y con visos como el más rico terciopelo; labios no delgados ni tampoco gruesos, pero sí sumamente encarnados; ojos negros como las alas del cuervo, vivos como un relámpago... Anita era, en suma, el tipo más perfecto de las deliciosas hijas de Veracruz.

No era la joven de la familia de don Fernando Altamirano, mexicano hasta la médula de los huesos, hombre de unos veinticinco años, de un carácter tenaz y rencoroso, a cuya casa había venido a dar la joven, huérfana y desvalida, por disposición de la autoridad, con el carácter de depositada.

Don Fernando Altamirano, contratista del Hospital San Carlos, era sujeto de proporciones. Tenía a su cuidado una

madre de avanzada edad, pero de mucho espíritu, muy rígida en punto a la honradez y tan acérrima enemiga del nombre español como su hijo; en suma, completaban la familia dos mujeres, hijas de la señora y hermanas de don Fernando.

Don Gumersindo Hierro, sujeto a quien conocía Anita y que en los primeros días de la entrada de ella en la casa tuvo licencia de visitarla, para darle noticias de su padre proscrito, fue en breve despedido.

Don Fernando, el día menos pensado, viniendo a reflexionar quizá que el anatema de origen no podía humanamente alcanzar a una muchacha bonita y nacida en suelo mexicano, tomó un día a pechos ganarse su voluntad.

Pero don Gumersindo, habiendo una ocasión parado bien la atención en Anita, advirtió que no era mal carada la chica; y como una idea trae por lo regular otra, ocurrióle oportunamente que con llegar a tener un empeño con ella se le proporcionaba saldar cierta cuenta de honor, conciencia y provecho que tiempo hacía tenía pendiente; aplicóse, pues, a cocar a la joven.

Anita, cansada de vivir entre personas extrañas, deseaba con ansia casarse; pero resentida del mal trato que había recibido en casa de don Fernando, aun por parte de éste, en los primeros meses de hallarse en ella, y tomando en cuenta el riesgo que corría con la proximidad del mismo don Fernando, tornó las espaldas a éste.

A la hora que don Gumersindo saltó a la palestra, Anita le admitió.

Hierro, como otro cualquiera en su lugar, no dejó de atribuir este resultado a su propio mérito personal; un hombre muy modesto le habría achacado a la coquetería de ella.

Sin embargo, ninguna de las dos suposiciones era acertada. Anita, ya lo dijimos, ansiaba por verse libre, primero del triste pupilaje en que vivía y segundo de las molestias y los riesgos del amor de don Fernando. Por esto le había la joven admitido, no sabiendo por otra parte de él sino que había conocido a su padre de ella y que a su madre le había pasado una reducida mesada mientras vivió: ¿acaso todos los padres de familia tienen la eficacia de imponer a sus hijos en sus negocios?

Entre tanto, don Gumersindo no se presentaba a pedirla en casamiento, porque no era bien a bien casarse con ella su legítimo intento, por más que aseguraba que sí.

Por último, lo que hay de cierto es que Hierro se pasaba muy buena vida, estaba muy bien relacionado en Veracruz y se encontraba a punto de saldar su cuenta pendiente y ver así su postrera esperanza coronada del éxito más completo.

V ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

TRASTORNADA la cabeza y latiéndole con extraordinaria violencia las sienas y el corazón, por la crisis en que se había encontrado, Anita se retiró aquella noche a su cuarto más temprano que de costumbre y pasó una hora torneando en su situación.

Al ir a acostarse, sin advertir cerrar la persiana del balcón, requisito poco usado en Veracruz por los hombres, pero que allí y en todas partes practican las mujeres, sin advertir tampoco cerrar de firme la puerta interior de su recámara; al ir a acostarse, decimos, acordóse del envoltorio que de una manera tan extraña había recibido pocas horas antes y de que había estado hasta entonces olvidada.

Sacóle del seno, desatóle, desenvolvióle.

Un pañuelo, suyo propio, y un papel esquila seguramente, era todo lo que contenía, lo que formaba el misterioso lío.

Sobre el pañuelo, no hay nada ya que decir. En cuanto al papel, imaginóse Anita al punto que sería un *billet doux*, como dicen los enamorados, o una *esquila amatoria*, como decimos nosotros los que no tenemos parte en el negocio.

Anita, sentada a la orilla de su cama, desdobló el papel y leyó en él estas palabras, escritas con malísima letra:

Anita, su padre está aquí Hospital San Carlos Zumárraga.

Frío trasudor cubrió el cuerpo de la joven, ofuscósele la vista, andúvosele la cabeza. Al leer por tercera o cuarta vez aquel milagroso, aquel increíble aviso que dilatava tanto el alma y que tanto sobrecogía al espíritu, percibió un ruido cerca de sí.

Volvió prontamente los ojos y encontróse con los de don Fernando

—Anita —dijo él con severo acento—, ¿qué papelito es ése?

La doncella, asustada de aquella repentina aparición, no acertó a proferir una palabra: tan sólo se quedó con los ojos, con sus hermosos y locuaces ojos, clavados en don Fernando.

Pero Dios, que presta su poderoso auxilio a las criaturas, Dios, que da inspiraciones maravillosas en los momentos de mayor conflicto, sugirió de pronto a la joven una salida eficaz.

—Esta carta —dijo— es de mi padre. A muy buen tiempo ha venido usted aquí, don Fernando, pues estaba yo pensando si usted será hombre de valerme en este lance apurado.

Don Fernando la miró con una expresión manifiesta de incredulidad.

—¡Alguna patraña! —dijo entre dientes al tomar el papel que le alargaba Anita.

Dos o tres veces pasó la vista por él, siempre con gesto de desconfianza.

—¿Y qué? —dijo al fin.

—¿Y qué? —replicó la joven—. Que mi padre se halla en Veracruz y usted, señor don Fernando, puede proporcionarme verle y...

—¿Y el hombre ése con quien hablaba usted *endenantes*? ¿Quién es?

—No sé de quién dice usted.

—¡Mentira! Por ese hombre me desaira usted, por ese hombre ha recibido usted mal mi cariño, por ese hombre se burla usted de verme enamorado.

—Yo no pienso en ningún hombre... Yo no pienso más que en mi padre y... en lo mal que me han tratado en esta casa.

—¿Quién la trata a usted mal, Anita?

—Ahora no, pero... Pero lo que me importa es ver a mi padre.

—¡Un *gachupín*...!

—¡Don Fernando, por el amor de Dios!

—¡Y en pago, los desprecios de usted!

—¡No! ¡No! Mi agradecimiento eterno.

—¡Gran cosa!

Anita clavó los ojos en don Fernando como para ver si descubriría en su semblante la explicación de su intento. El semblante era adusto, en los labios había una sonrisa irónica.

—¿Pues qué...? —murmuró ella bajando la vista.
—¿No lo sabe usted? ¿No lo considera usted?
—¿Mi a-mor? —preguntó la joven tartajeando.
—¡Sí!
—¡Salve usted a mi padre! —exclamó Anita rompiendo en llanto.
—¿Y usted?
—¿Y usted?
—Lo salvo, Anita, y me caso con usted.
Anita, llena de entusiasmo, sin atender a lo que hacía, le alargó la mano, que don Fernando, lleno de amor, besó repetidas veces.
En esto, una tercera persona se presentó en la escena: la madre de don Fernando.
—¡Bueno...! —exclamó la anciana—. ¿Qué escándalo es éste? —agregó con severo acento.
Don Fernando se retiró. Siguióle la señora después de lanzar a la joven una mirada furibunda.

VI UN BUEN AMIGO

CINCO años hacía, si no nos engaña la memoria, que en la República Mexicana se había expedido el decreto de expulsión de los españoles.

Encomienda es de la Historia juzgar a las naciones y pronunciar el fallo sobre sus hechos; a nosotros tan sólo nos cumple consignar aquí, para la inteligencia de los que no lo sepan, que la expulsión produjo lástimas sin cuento.

Don Gregorio Zumárraga, tendero acomodado de Veracruz, pero muy poco relacionado, se vio envuelto en la proscripción como el ave que a la hora menos pensada se encuentra cogida en una red de la cual, si Dios no lo remedia, tiene que pasar indefectiblemente a una jaula, donde ha de permanecer encerrada toda su vida, o al estómago del voraz bípedo llamado *hombre*.

Con todo, don Gregorio no se dejó morir. Con un poco de oro a buen tiempo y discretamente repartido se consigue todo o casi todo, lo mismo en la República Mexicana que en la más insigne monarquía europea: toda la diferencia estriba en la cantidad.

Había en Veracruz un español, don Gumersindo Hierro, hombre trapacero como pocos, capaz como el mejor de captarse la voluntad de cualquiera. Sea por desidia o desarreglo, Hierro, mozo de unos dieciocho años y un sí es no es feo, no tenía bienes ningunos, ni giro, ni nada, lo cual le apuraba muy poco, pues tenía metido en la cabeza que había de llegar a ser rico sin necesidad de trabajar.

Don Gumersindo, amigo de don Gregorio, como de todo el que podía darle provecho, se ofreció, ponderando su habilidad y valimiento, a conseguir una excepción a favor de Zumárraga, a quien de contado pidió para las primeras diligencias oro, más oro para las segundas, más y más oro para las postreras, achacando siempre lo fuerte de los desembolsos a la avaricia y mala fe de los mexicanos.

Pero el caso es que el oro de don Gregorio sirvió todo para que Hierro se consiguiese una magnífica excepción primero, para que impidiese a su amigo conseguir otro tanto y para derrochar después; y en último resultado, Zumárraga no logró nada... absolutamente nada.

Y el infeliz don Gregorio tuvo que hacerse ánimo de marcharse a Europa, dejando a su mujer y una hija recomendadas a la primera familia que le recomendó Hierro, y sus bienes al cuidado de éste, que tan celoso se había mostrado por sus intereses y tan profundamente condolido de su suerte. Ello sí, Zumárraga, confiado en las promesas de su amigo, partió con la persuasión de que no tardaría ni un año en volver, merced a lo cual no se había determinado a llevar consigo a su familia.

He aquí de qué suerte vino don Gumersindo Hierro a ver cumplido su deseo, es decir, a quedar dueño de un caudal regular.

En cuando a la esposa de don Gregorio, dos años después, no viendo volver a su marido, privada aun de noticias de él, murió de pesadumbre.

VII
DESENLACE

HACÍA una mañana apacible y serena. Las hermosas campanillas lucían su morado pétalo, los vistosos leles hacían alarde de sus numerosos estambres purpúreos y la nerviosa sensitiva garbeaba con sus preciosas borlas blancas y rosadas

Dos personas, hombre y mujer, salían muy de mañana de la casa que queda frente a frente del muy conocido *Café de la Paloma*.

Llevando él a ella del brazo, tomaron la calle de la Alhóndiga, pasaron por el costado de la Parroquia, luego por enfrente de ésta, después por Santo Domingo, en fin, cruzando calles y más calles, llegaron al Hospital San Carlos.

Ya que estuvieron a la puerta de este edificio, que no tiene por cierto nada que llame particularmente la atención, el hombre mandó llamar al señor administrador de parte de don Fernando Altamirano. Presentóse a poco un hombre, chico de cuerpo, regordete, rubio, de complexión escocesa: saludó con empacho y murmujeó por entre sus *apócrifos* dientes las palabras corrientes de una buena crianza.

—Señor don Vicente —díjole el acompañante de la dama, después de la cortesía y el apretón de manos de estilo—, vengo a ver si usted me hace el favor de que veamos a un señor Zumárraga, un español que tiene usted aquí.

—Sí, señor, lo que usted guste, don Fernando.

Y así diciendo, el administrador condujo a don Fernando a la pieza donde se llevaba el registro de entradas, en el cual registro, con indecible sorpresa para Altamirano y Anita, no se halló ningún apellido de Zumárraga.

Sin embargo, tanto insistieron y preguntaron, que fue preciso conducirlos a la presencia de un español herido llamado Pedro Ponz, único que hubiera allí.

Don Pedro Ponz se llamaba, como tal vez lo pensaba ya el lector, don Gregorio Zumárraga.

¡Contéplese el contento de la hija y del padre al verse, al abrazarse después de cinco años de ausencia! Este contento, este júbilo supremo, es de la media docena de cosas que nues-

tra pluma no sabe describir. Luego, ¿hay por ventura una hija o un padre que no sea capaz de hacerse cargo de él, de una manera más cabal que con la descripción más natural y patética del más diestro de los escritores?

Como íbamos diciendo, la hija halló al padre, el padre encontró a la hija.

Por demás nos parece agregar que Anita impuso a don Gregorio de su compromiso y de sus esperanzas con don Fernando; pero no consideramos que también esté de más informar al lector de que don Gregorio se había mudado nombre y origen por justa precaución, que no era él en realidad contrabandista y que no tenía noticia de lo que había hecho Hierro de sus bienes. De suerte que al saber que su hija no era atendida con cantidad alguna de dinero y que apenas había recibido su mujer unas reducidas mesadas después de haber vivido sin saber su paradero, advirtió a don Fernando que Hierro había apropiádose de sus bienes y que convenía sacar cuanto antes un testimonio de la escritura que él, don Gregorio, había mandado extender antes de su partida.

EPÍLOGO

DON Gregorio Zumárraga, por las diligencias de don Fernando Altamirano y sus amigos, logró una excepción.

Don Gumersindo Hierro perdió los bienes que se había apropiado y sólo a la clemencia de Anita debió no ir a presidio, por el abuso de confianza de que era reo.

Anita se desposó con don Fernando y vivió muy feliz en unión de éste y de su padre.

JUGAR CON DOS BARAJAS. CRÓNICA CONTEMPORÁNEA*

I ¿QUIÉN ES ELLA?

EN LOS días de la invasión extranjera, cuando todavía el ardimiento desplegado por nuestros generales en las reyertas intestinas daba margen a esperar algo provechoso del ejército, si no por la conciencia del deber, a lo menos por el instinto de propia conveniencia, vivía en México una familia, ni rica ni pobre, pero respetable, oriunda de Xalapa.

Componíanla un anciano, de antecedentes tal cual equívocos en la carrera de Marte, su mujer, legítima consorte, a cuya conducta indefinible se atribuía la prematura e irregular emancipación de una de las hijas, y otra hija, la menor, que por acaso conservaba los atractivos de las vírgenes.

Ésta, que se llamaba Concepción, había traído entre manos, desde los doce o trece años de su edad, varias intriguillas de ésas que se titulan compromisos amorosos, las cuales no habían tenido, por fortuna para ella, más consecuencias que viciarle un tanto el corazón y dar a lo que se llama sentidos una preponderancia que notoriamente pasaba los límites de lo razonable.

Pero en la época del presente relato, pocos meses hacía, los insulsos amoríos habían cedido el puesto a relaciones

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 15-18, 34-37, 61-66, 86-87 y 105-106. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp.183-223. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5351, 1 de agosto de 1901, p. 4; no. 5352, 2 de agosto de 1901, p. 4; no. 5353, 3 de agosto de 1901, p. 4; no. 5354, 4 de agosto de 1901, p. 4.

muy cordiales, muy serias, con un joven forastero, de familia rica y decente, a quien el deseo de saber, que no se satisface por cierto en México, había traído a la hermosa capital de la segunda confederación democrática del mundo, como si dijéramos una túnica hecha con diecisiete o dieciocho retazos de telas de diferentes dibujos, calidades y tamaños, hilvanados unos con otros.

Criado bajo el influjo de un cielo puro, a la vista y con el ejemplo de unos padres honrados y sencillos, Eduardo había cedido desde luego, sin luchar ni resistirse, sin segunda intención o mal pensamiento, a los primeros embates disimulados, pero fuertes, de una muchacha, Concepción, que al atractivo de una cara bonita, de un talle airoso, reunía una rara gracia en la gesticulación.

Concepción tenía dieciséis años; había conocido a Eduardo tres o cuatro meses antes, en una repartición de premios en que él se había ganado con justicia, por casualidad, el mayor de todos; y como esto excitara las ambiciones de la parte más considerable de las niñas presentes al acto, ella juzgó conveniente a su vanidad entrar en la competencia. Ya hemos dado a entender que salió victoriosa.

Ésta era la situación de las cosas al tiempo de la presente introducción.

II POLÍTICA

A PRINCIPIOS de 1847, año fecundo en sucesos memorables para las repúblicas cuñadas, pero más particularmente para una de ellas, un gobernante lunático sublevó todos los intereses, todas las preocupaciones sociales contra el poder público.

Entonces fue cuando la prensa ministerial, el órgano declarado de la magistratura suprema, predicó a la faz de nacionales y extranjeros lo que hoy se titula *expropiación*.

Por aquellos tiempos fue cuando el partido reinante, pudiendo aprovechar la exaltación de los ánimos y dirigirla en un sentido patriótico, tan sólo supo, si no es que así lo quiso, apurarla en

mezquinas disputas. Debates sobre la conveniencia del matrimonio civil, sobre la extinción del orden sacerdotal...

¿Los hombres perdieron acaso el juicio...?

El lunes 1 de marzo, día de San Albino obispo, hubo grande holgorio público en México. Sublevados y no sublevados, puros y no puros, todo el mundo concurría, poniendo por un rato aparte los enconos de partido, a celebrar con salvas, cohetes, repiques a vuelo y aclamaciones un acontecimiento de los más faustos: la victoria de la Angostura. ¡Ay!, ¡era la última decepción de honor y gloria que debía paladear el patriotismo!

Ese día, como a las doce, cruzando por entre las festejosas balas con que los entusiasmados contendientes celebraban el triunfo de las armas nacionales, un joven salvaba sin mucha precaución los parapetos de polcos y fariistas y enderezaba sus pasos hacia la calle de la Moneda, punto central de los menoscabados dominios del gobierno.

Llegando a la esquina de la diputación, antojósele al jefe del destacamento, coronel de veinticinco años, que el joven era del bando polco. En consecuencia, mandó arrestarle, toleró que le maltrataran sus desharapados mites y aun estuvo muy tentado, como Rangel con Pedraza, de fusilar a su prisionero; pero influencias poderosas, de aquéllas a que nadie resiste, salvaron por fin al joven, como a Pedraza, después de nueve horas de rigurosa incomunicación.

III

LAS DOS TORTAS

EMPEÑÁBASE Concepción en una lucha comprometida y azarosa, uno de esos juegos de agilidad y destreza en que va todo un porvenir de por medio y de cuyo resultado viene de ordinario, entre otras cosas, la rechifla de las gentes malignas sobre cualquiera de los jugadores que pierde.

Como a las diez de la noche del propio día en que nuestro Eduardo, por ir a visitar a su amada, fue tan villanamente detenido por las tropas del gobierno, un individuo del sexo mas-

culino pasaba por la calle de la Moneda, y al divisar una mujer en el balcón de un entresuelo, sito frente a frente de la casa de amonedación, atravesó paso a paso la calle y fuese a plantar en línea perpendicular con la desconocida.

El primer movimiento, menos instintivo que calculado, de una mujer en conyunturas de semejante naturaleza es huir el cuerpo.

El bulto apostado en el balcón desapareció, pues, como una sombra.

Mas el temerario agresor, que al parecer tenía sus puntas de ladino, se transportó a la opuesta acera, encaramóse sobre el pedestal de una de las dobles columnas laterales de la puerta de la Moneda y como desde allí columbrara, recatada junto a un ángulo interior del balcón, la forma femenil que había fingido rehusar el combate, volvió apresurado, pero cautelosamente, a su primitivo puesto, en donde fijó su mansión, después de haber dado a entender, por medio de unos cuantos pasos, que había sido leal y sincera su retirada.

El centinela del baluarte septentrional del palacio federal corrió la palabra con su destemplado, soñoliento y pulcoso “¡Mueran los pulcos!”

La forma mujeril apareció de nuevo, hizo ademán de buscar el objeto que había motivado su instantánea fuga y al ir tal vez a darse cuenta, quién sabe si con más desagrado que satisfacción, del éxito de su pesquisa, oyó subir de la calle una voz que salía del pie del balcón, el cual, distando muy pocas varas del suelo, favorecía maravillosamente la transmisión distinta, clarísima de las palabras.

Ella hubiera querido acaso retirarse de nuevo, pero el recelo de que se le atribuyese a temor infantil, el escozor de la curiosidad, la vergüencilla de confesarse vencida, la indujeron a tomar la resolución varonil, aunque imprudente, de permanecer en el sitio, sugiriéndole de paso un concepto ventajoso de la destreza del agresor.

—Perdone usted, señorita —dijo éste con un acento meloso, con sus resabios de extranjero—, ¿está en casa el señor su papá de usted?

—¿Mande usted? —preguntó con voz notoriamente femenina y grata al oído la *locataria* del balcón, la cual no pudo humanamente negar su atención a quien la invocaba poniendo de por medio un nombre tan respetable.

—Preguntaba —contestó el desconocido, articulando muy despacio los vocablos— si se halla en casa el señor su papá de usted, señorita, porque... porque lo busco para asuntos del servicio, de orden del señor comandante general, el señor general don Valentín Canalizo.

—No, señor, papá anda fuera; fue a palacio, me parece... pase usted... le... avisaré a mamá... y...

La interlocutora hizo el ademán de irse.

—Oiga usted, señorita —dijo precipitadamente el desconocido.

La señorita, entorpecida por esta interpelación su media vuelta comenzada, la completó en opuesto sentido, viniendo así a quedar en la postura y en el sitio de que había estado a punto de cambiar.

—¡Oh!, señorita —prosiguió aquél en cuyo obsequio se había hecho la evolución que se acaba de describir—, no... es importante... no se moleste usted... solamente que si usted me hace el favor de tomarse la molestia... perdonándome la libertad de que le diga que la adoro a usted como a la más preciosa de las criaturas, que no puedo tolerar por más tiempo el suplicio de callarle a usted la pasión que me devora y que sería el más feliz de los mortales si usted se dignara corresponderme.

La persona que así hablaba conocía seguramente, a más de algunas otras cosas, el valor del tiempo y el poder de la sorpresa pues profirió su retahíla de amorosos conceptos con tal precipitación y presteza que la dama del balcón no supo ni qué hacer sino escucharle, ni qué responder al pronto.

Ella hubiera querido por lo menos hacerse creer ofendida, ya que no estaba en su arbitrio sentirse agraviada con la insólita declaración que le habían espetado, pero se agolparon a su mente ideas tan multiplicadas, complejas y variadas que no tuvo cabeza para pensar ni en volver las espaldas al peligro ni en manifestarse lastimada de la ultrajante demasía del hombre que, de liso en llano, se prevalía de la buena crianza para requerir de amores a una niña decente y honrada. Una cosa sí resaltaba en el fondo de la oscurecida mente de la doncella, a saber, que el novelesco lance había estimulado sobremanera su curiosidad y que de consiguiente no le disgustaba mucho ni figurar en él ni seguirle hasta donde la casualidad le llevara.

Sucede con frecuencia, en casos como el presente, que la mujer calla y el hombre, pendiente de una respuesta cual-

quiera, decisiva o no, aguarda con una congoja indefinible las primeras palabras de su pretendida, palabras que se imagina más y más crueles a medida que se prolonga el fatídico silencio de la bella.

El cortejo de que hablamos callaba, pues, como la joven, y no provenía su repentina mudez de que se recelase mal resultado de su atrevimiento, sino sí de que, habiendo ya dicho todo lo que tenía preparado para el caso urgente en que se hallaba, encontrábase sin acopio de palabras adecuadas a la situación, a una situación que no tenía prevista.

Sin embargo, estábanse él ocupando en reparar su imprevisión.

De súbito el balcón quedó despejado.

Y al ruido de una gruñidora puerta vidriera que se cerraba con estrépito vino a mezclarse el de los pasos de un hombre que cruzaba la calle, silencioso y arrebozado en su capa, a corto trecho de la casa propietaria del consabido balcón.

El galán barbotó media docena de pacíficas maldiciones y silbando una canción, que ni está escrita ni ha sido jamás conocida de nadie fuera de él, tomó el rumbo derecho, mientras tirando el otro sujeto por el lado opuesto se metió en la calle del Indio Triste.

—¿Quién vive? —gritó un centinela del palacio.

—¡Militar! —contestó el interpelado.

IV

PRIMER TOQUE DE MARCHA

POR los tiempos de que vamos hablando había como ahora en México varias casas de hospedaje, sobresalientemente incómodas casi todas y espléndidamente mal servidas la mayor parte: lenguas malignas habrá, con dolor lo presentimos, que, dando a nuestros inocentes conceptos una latitud que notoriamente no tienen, agregarán allá para sus adentros que en materia de casas de hospedaje nada se ha mejorado en la capital de la confederación mexicana; pero tenga en cuenta el benévolo lector que no dice otro tanto este relato.

En uno de los cuartos, o más propiamente celdas, *a la penitenciaría* de la famosa Gran Sociedad, dos mozalbetes aguardaban, el día 7 del mes y año que citados dejamos, a cosa de las diez de la mañana, que les fuera servido, cuando al dueño de la casa le viniese de ello el antojo, un almuerzo extraordinario, pedido con muchas horas de anticipación, en obvio de los inconvenientes y perjuicios de una improvisación culinaria.

El uno de los jóvenes, riguroso elegante, tendría unos diecinueve o veinte años. Era más bien alto que bajo de cuerpo, de boca pequeña, labios tal cual gruesos, pero asentados, nariz aguileña, ojos verdiazules y dormidos, frente larga, poco saliente: su rostro, demasiado largo para un óvalo, acusaba por entre el mentís ineficaz del colorete la vida desordenada de su portador, quien por otra parte daba realce a sus gracias naturales con una cabellera de brillante color pardo, muy esmeradamente peinada a la novísima, corsé muy bien ajustado, guantes nuevecitos, casaca oscura de última moda, bota de charol perfectamente *confeccionada*, pantalón blanco de esmeradísimo corte; y por complemento de tanta seducción, participando de lo natural y lo figurado, enlazando primorosamente la naturaleza con el arte, descollaba ostentando sus galas un bigotito de los más cucos, capaz de competir en calidad y figura con el famoso bigote del marqués de Río Santo.

El otro mozo dejaba descubrir ciertos resabios de lo que llaman los hijos de México *payo*: tenía poco más o menos la misma edad que su compañero. Trigueño rosado, regordete, musculoso, de boca dilatada y labios gruesos pero muy encarnados, nariz recta, ojos grandes, negros y expresivos, frente ancha y prominente, llevaba en su rostro, más bien ancho que largo, la expresión pura y franca de una alma candorosa y de una vida arreglada. Por lo demás, su traje, que consistía en un chaleco de raso aplomado, saco de paño pardo, corbata negra de seda, pantalón de casimir azul oscuro y botas muy limpias, revelaba lo modesto de las aspiraciones del personaje que le traía, por más que su largo cabello fino, peinado pero no rizado, pudiese inducir en el error de que hubiera más estudio que naturalidad en aquella visible negligencia.

Levantáronse ambos, obedeciendo a un simultáneo impulso de impaciencia, de la misma mesa redonda junto a la cual

habían ya estado un largo trecho sentados, para dejar que maniobrara con libertad completa el criado, que, debiendo no tardar en presentarse, se dejó en efecto ver en el cuarto-celda conduciendo los utensilios precursores del almuerzo tantas horas antes anunciado y esperado.

—¡Hombre...! —exclamó el elegante comensal, cuya indignación gastronómica sublevó la presencia del fámulo—, ¡hombre, qué bien que lo haces...! Llevamos un año de estar aquí hechos unos... ¡pelícanos...! ¡Bah, bah, bah...!

—Pues si no se ha podido despachar más antes —respondió gruñendo el doméstico, al tiempo que secaba con su delantal los platos.

—Lo peor es —prosiguió aquél, dirigiendo la palabra a su compañero, previa una mirada de inequívoco desprecio al sirviente— que hoy se te hará mala obra para la misa de la Profesa.

El interlocutor, al decir esto, descolgó a sus labios una significativa sonrisa y comenzó la faena de pasar por entre sus cabellos los dientes de un primoroso peine de marfil que para el efecto sacó de la bolsa *pechera* de su casaca.

El compañero barbotó, desde la puerta del estrecho aposento, algunos vocablos ininteligibles, y al percibir el sonido compasado y ligero de las peinadas de su *conlocatorio*, volvió hacia él la vista. Pudo entonces juzgarse que si bien había en su rostro una expresión de tranquilidad, había sin embargo en su alma una impresión de tristeza.

—¡Y después de tanto, tanto tiempo sin verla...! —añadió el elegante, agregando a la primitiva sonrisa un acento de zumbona compasión, y componiendo, a presencia del cuco espejito que sacó de la mismísima bolsa en que guardaba el peine, su ya bien puesta corbata.

—¡Bah! —contestó con tono breve y aparentando indiferencia el socio—. Pepito —continuó—, ¿crees tú que eso me puede tanto?

—Según, Eduardo. Sólo que ya estés desengañado...

—¡Yo...! Quién sabe... Porque, en fin, no la he vuelto a ver después...

—Siete, sí, van ya siete días que pasó... En resumidas cuentas, tal vez yo me figuro lo que no sea... o... tal vez sea más de lo que yo me figuro. ¿Qué dices tú?

—¡Qué mano que te has chasqueado! —exclamó con mímica seriedad Pepito, clavando en Eduardo la vista como quien pre-

tendiese buscar, deletrear, así, un misterio, e interrumpiendo la interesante operación de acepillar su brillante casaca.

—¡No! —exclamó Eduardo con el acento de la convicción.

El sirviente, concluida ya su obra preparatoria, se retiró.

Y la mínima mesa se ostentó entonces ataviada con un mantel de alemanisco, sobre el cual, distantes cuanto el espacio lo permitía unos de otros, posaban tranquilos, pero desdichadamente vacíos, cuatro platos de fina porcelana, sustentando otros cuatro también vacíos.

Y en torno de la tal venturosa mesa aparecieron cuatro sillas de composición anfibológica, inclinadas hacia ella como en ademán de confiarle un gustoso e íntimo sentimiento de irresistible simpatía.

—Vi muy bien —prosiguió Eduardo, acercándose a su amigo— un hombre que estaba parado debajo del balcón. No distinguí su cara, se me oscureció la vista, pero divisé, al volver la esquina del palacio, un bulto, una mujer segurísimamente, ella, sin duda ninguna... estaba en el balcón... ¡Oh!, de esto no me cabe duda.

—¡Hu! —hizo Pepito continuando la acepilladura interrumpida—. ¿Y qué harán los muchachos? —añadió de improviso.

—Yo quisiera persuadirme —prosiguió Eduardo sin hacer alto en la extravagante transición de su compañero— de que ella me... de que quiere a otro. A pesar de la prueba que creo tener y que nunca he pensado en desechar, dudo todavía. ¿Creerás que mi corazón me dice que no debo creer nada malo de lo que vi...? No sé lo que haga... La veré hoy... hoy por la última... ¿No te parece que la vea... por despedida?

—¡Síííí! —contestó el petimetre, con una entonación de voz que terminaba en silbido, el cual silbido sirvió como introducción a una cancionilla que silbó, *talareó* y cantó formalmente, mientras peinaba su codiciable bigote, y de la cual cancioncilla reproduciremos, aunque en extracto, la letra:

Mazurca querida,
de mi polco amor,
mis bolsas liberta
de *puro* agarrón.

Eduardo, mientras el *lion* de Indias se daba todo entero a su acesión de filarmonía, permanecía silencioso y pensativo.

—Luego —dijo aquél cuando hubo acabado su canto—, es necesario meter el buen día en casa, y ya que los *pureños* no están ahora fastidiándonos con sus fusilazos, como ayer... A propósito, ¿no sabes el susto que llevó ayer Chuchito Flores? Al venir por la calle de Vergara para la Monterilla, a cosa de las doce, rompieron el fuego los descamisados de Regina sobre el Colegio de Niñas... Allí fueron los apuros... creyó que lo fusilaban sin remedio... ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! Pero lo que es por hoy no tendremos novedad sino hasta las tres de la tarde; me lo ha dicho Pepe Lemus.

Eduardo iba seguramente a decir algo, a tiempo que dos nuevos personajes invadieron el cuarto.

Dejamos al gusto del pintor los retratos de ellos y a la fantasía del curioso lector el *ideal* de sus prendas morales.

Nos limitamos a decir que uno de los dos tenía ya conquistado el título glorioso de *fistol*.

Después de las saluciones cordiales de estilo, aprestáronse los convidados, que con mil trabajos cabían en el retrete, a cerrar con el almuerzo apetitoso que acababa de poner en la mesa un sirviente de tez cobriza, pelo *lacio*, pantalón negripardo, chaqueta blanquinegra y mandil amarilloso.

—Vamos, chicos —prorrumpió uno de los recién llegados, enristrando el tenedor y el cuchillo con la más asombrosa resolución—: *Sans façons, sans cérémonie*, como quien engulle puros, *sacrrrrre nom...! Hell and heaven...! ¡Eh, Pepito!, en avant*, tan tan...

—Siempre como siempre, este Chuchito; siempre tan calavera, tan *atrabancado*, tan... ¿Qué dices, Perucho?

—¡Ja, ja, ja...! ¿Qué quieres que diga, chico? Ya sabes... Pero ya no es tanto, se va enmendando.

Una carcajada unánime, simultánea, estrepitosa, partió de la boca de los concurrentes: una sola de las cuatro era notoriamente forzada.

Esto llamó, como era preciso, la atención del riente trío y de consiguiente provocó las cargas más o menos tenaces, más o menos pesadas.

A poco, el Burdeos, auxiliado del Champaña y reforzado con el Marraschino se conjuraron contra la cauta reserva, la derrota-

ron y abrieron a las confidencias una amplia entrada. El mismo Eduardo, arrastrado por el ejemplo, por las excitativas cordiales de sus compañeros, hubo también de ser más comunicativo que de ordinario, y tanto lo fue al cabo que desembuchó sus amoríos y aun el incidente nocturno que ya tenemos referido.

Y sus compañeros hicieron voto, con báquico entusiasmo, de ser desde aquel día el propugnáculo del amante desventurado.

Como lo había dicho Pepito, al anunciar la campana mayor de Catedral la hora de las tres de la tarde, el cañón abocado a la calle de Plateros recordó a los pronunciados que los *puros* no perdían las esperanzas de rendirlos combatiéndolos desde lejos.

Antójasenos que venía como de molde aquí precisamente una digresión política sobre el pronunciamiento llamado de los polcos.⁸

Pero tenemos el sentimiento de no poder, por algunas razones muy nuestras, distraernos en este lugar con la política.

V TEN CON TEN

Poco antes dijimos que Concepción se empeñaba en una lucha comprometida y azarosa: vamos a explicarnos.

El paciente lector está ya impuesto del motivo que determinó a Concepción a engatusar, como vulgarmente se dice, al candoroso Eduardo, con el cual mantenía una correspondencia amorosa tanto más grata cuanto que, menos embelesada que él, podía manejar ella con táctica y a su sabor el cetro que ponía este accidente en sus manos, pues en amor harto sabido es que el papel de víctima está por lo común destinado a la más leal de las dos partes.

⁸ Hay en México un pobre almanaquero que, dándola de cronista, ha publicado un relato tan parcial como disparatado del pronunciamiento a que nos referimos. Para dar una idea del tal escrito y de su autor, bastará decir que en el primero no se encuentran más que injurias groseras y que el segundo se ha dejado decir que los calendarios, como obras destinadas al pueblo, no requieren buena ortografía. (N. del A.)

Pero en el curso de sus amoríos, la práctica la había enseñado a mirar a los hombres con recelo y a ponerse a cubierto de los funestos efectos, es decir, del ridículo que acarrea la versatilidad varonil, a efecto de lo cual tenía ella la costumbre de admitir un segundo empeño, por vía de precaución, al que hacía seguir las mismas fases que alternativamente presentaba el primero: de manera que si éste descubría los caracteres de un petardo, sustituyéndole oportunamente con el otro se libertaba del papel bochornoso de chasqueada.

Conocemos una voz francesa que la malignidad ha sabido hacer adoptar por la Real Academia Española y que no dejará el honrado lector de querer aplicar, con motivo de lo que dejamos enunciado, a nuestra recomendable heroína; pero séanos lícito decir en honra suya que entre los manejos de una mujer que procura por vanidad agradar a muchos y los procedimientos de una mujer que procura ponerse a cubierto de chascos pesados hay una diferencia palpable.

Desde la noche aquélla en que aguardando Concepción a su amante había sido sorprendida por una declaración amorosa nueva e inesperada, altercaban en su mente dos pensamientos capitales.

Aceptar lisa y llanamente hasta donde la prudencia lo permitiese la situación a que la condujera el curso natural de los acontecimientos, de acontecimientos a que no había dado ella lugar en lo más mínimo, era simplemente dejarse llevar por una senda desconocida, sí, pero que debía, según todas las probabilidades, ofrecer novedades, y acaso también provecho; era por otra parte obrar conforme con sus principios de saludable precaución.

Pero burlar la buena fe y confianza del hombre de quien recibía homenajes respetuosos, leales y fervientes, precautelarse, sin el menor motivo fundado, de un amante en quien ejercía el más absoluto dominio, era un proceder tanto menos justificable cuanto que la exponía muy seriamente a perder el fruto de sus empeñados trabajos, es decir, la esperanza de salir de su tedioso solterismo, de llegar a mandarse sola, de tener su casa y su familia, y todo esto en cambio de sabe Dios qué expectativa de tormentas e infortunio.

Luego también, ella quería a Eduardo, y le quería por conveniencia primeramente, por vanidad después, y por la fuerza

del hábito últimamente. El “otro” no era bien a bien más que un aparecido por una feliz casualidad, el cual no era fácil determinar el provecho que daría.

¡Bien, muy bien!

Pero y si, como era sumamente probable, casi indisputablemente cierto, Eduardo había visto al hombre al pie del balcón, a la dama escuchando, si no cambiando con él palabras que ningún enamorado hubiera creído inocentes... ¡Ay, Dios!, si Eduardo había juzgado infame veleidad lo que a todo rigor no había sido más que una imprudencia... una imprudencia... inocente... Cómo, si no, había interrumpido las visitas diarias, él que siempre decía, con una verdad que los hechos comprobaban, que no contaba la vida sino por los deliciosos momentos que pasaba al lado de su preciosa Conchita...

Pudiera creerse que el tiroteo se lo había impedido... ¡pero no! El jueves casi no había habido nada en toda la mañana, el viernes habían estado suspensos hasta después de las doce del día los fuegos, el domingo no había ocurrido novedad sino hasta las tres de la tarde...

¡Oh!, sin remedio él estaba enojado, sentido; sin remedio estaba determinado a dejarla plantada... y ella... ella, con una conducta equívoca, mantendría definitivamente cerca de sí al pretendiente nocturno, para obrar según conviniera.

VI

EL NÚMERO 4

A PESAR de su resolución, a pesar de sus vehementes deseos, Eduardo no había estado a ver a su amada el día del referido gaudeamus, por una razón sobremanera sencilla.

La intemperancia a que, como los demás convidados, él también había dado rienda suelta le puso en tal estado a la conclusión del banquete, que no hubiera sido ni provechoso ni prudente presentarse así en casa extraña.

Dejando, pues, para mejor ocasión la visita proyectada, juzgó Eduardo más conveniente por entonces gastar el día en dormir

la zorra al dulce arrullo de las balas de fusil y de cañón que con desaforado afán disparaban los fieles y denodados defensores del gobierno.

Empero al día siguiente, el enamorado joven, hechos los aprestos necesarios de cuerpo y alma, plantóse de liso en llano en la calle, a despecho del enérgico tiroteo que desde muy de mañana sostenían las fuerzas beligerantes.

Deslizóse por dentro del portal de Tlapaleros e hizo alto en la esquina del de Agustinos y Mercaderes. ¡Ay!, no eran entonces aquellos tiempos felices en que el venturoso don Antonio de la Torre, embutido en su modesto nicho, nicho histórico, solazaba su vista, su espíritu y su bolsillo, todo a la vez, con el flujo y reflujo de los transeúntes, con las doctas pláticas de los Cortinas, Peredas y compañía, flor y nata de la literatura, de la diplomacia, de la parlería en fin, y con la incesante afluencia de compradores. A la sazón, la guerra civil tenía desterrados, encerrados en sus casas, a los ilustres miembros de aquel famoso cónclave que con frecuencia se agrupara en mejores épocas junto a la celdilla de don Antonio de la Torre.

Eduardo hubiera querido de buena gana poder tomar a la izquierda por el portal de Mercaderes, el Empedradillo, las calles de Santo Domingo hasta la garita de Guadalupe, o bien por el rumbo opuesto, dejarse ir por las Monterillas, los Bajos de San Agustín, la Joya, Puente de la Aduana, San Gerónimo, Necatitlán, derecho, derecho, hasta la nauseabunda e invadable acequia... aunque hubiese empeñado su vida en el camino.

¡Cuánto no hubiera él dado por sentirse plenamente convencido de que ya no le amaba ella o de que positivamente amaba también a otro! ¡Y sin embargo, es muy probable que hubiese muerto de rabia, de humillación, si por un momento, por un solo momento, hubiera tenido la conciencia de su afrenta!

Bregando consigo mismo y cavilando en los inconvenientes de su regreso a la casa de su amada, pasó el enamorado la Diputación, el portal de las Flores, la calle del Volador y Meleros,⁹ torció para la del Puente del Correo Mayor, torció de nuevo a la izquierda y de repente encontróse no ya tan sólo en

⁹ En México hay calles que en cada acera tienen distinto nombre. (N. del A.)

la calle de la Moneda, sino, lo que es más, frente a frente del fatídico número 4.

—¡Ay! —exclamó el pobre amante, y atravesó dentelleando el umbral de la casa.

Eduardo saludó entre dientes a las personas que se presentaron a su vista en la pequeña sala de la casa.

Eran éstas una señora de cuarenta años, enjuta, de rostro largo y, por beneficio de los cosméticos, colorado y relumbroso, nariz remilgada, ojos que conservaban el calor de un fuego gastado, pero no extinguido todavía, y pelo rubio; la otra venía a ser una costurera, aya de la niña, criada de confianza o semiamiga de la familia, una de esas personas, en fin, que logran engatar a sus amos hasta el punto de hacerse dueñas de la honra de las madres, de los padres y de las hijas sin que la tierra lo sienta.

—¡Hola, Eduardito! —dijo la señora al ver al joven.

La costurera murmuró una docena de vocablos al oído de su ama.

Eduardo no oyó las palabras de bienvenida de la señora ni reparó en la acción de la criada, pues de súbito hirvióle la sangre en las arterias, zumbáronle los oídos y sintióse como si un vértigo le acometiera.

Levantóse luego maquinalmente y a riesgo de dar consigo en tierra del asiento en que estaba para saludar con estúpida amabilidad a una señorita que se presentaba en la sala, niña de dieciséis años, regularmente formada, en cuanto se podía juzgar por encima, no mal parecida y de gallarda apostura.

Al clavar ésta en Eduardo sus ojos hermosos, sus rasgados párpados, pudo haberse adivinado en ellos, con el auxilio de una perspicacia refinada, emoción, sorpresa, incertidumbre; pero esto fue tan rápido, tan fugaz, que nadie hubiera ni aun sospechádolo al observar la esperanza que vino a posarse en su expresiva fisonomía.

—¡Qué milagro! —dijo asomando a sus frescos, encarnados y finos labios una sonrisa inefable, sonrisa que hizo trasudar a Eduardo.

—¡Conchita...! —tartaleó el atarantado mancebo.

—Mamá —prosiguió Concepción, manifestando en su rosado rostro un extraordinario contento—, vamos haciendo una raya en el pozo.

—¡Quién sabe por dónde sopla hoy el viento! —contestó la mamá con acento zumbón.

—Por donde siempre, señorita —repuso Eduardo, tomando las palabras en el sentido metafórico que les daba la mamá.

—Ya creíamos que se había usted muerto o ido —dijo Concepción, buscando con los suyos en los ojos de su amante una señal de tierna inteligencia, algo por lo menos que pudiera servirle de norma en su conducta.

¡Cosa extraña! La cara del joven revelaba enojo; y en efecto, él, cediendo a la primera impresión que acometiera a su mente, se mostró enojado tan maquinal e irreflexivamente como se hubiera mostrado contento.

El hielo del desaliento se infiltró en las arterias de Concepción, en términos que cualquier observador, menos el amante, habría echado de ver en su semblante que algo nuevo y desagradable pasaba en el fondo de su alma.

—Pero sea lo que fuere —prosiguió ella—, me acompañará usted, ¿verdad, mamá?, a casa de Tonchita, aquí, a un paso... La pobre me está aguardando desde ayer... No hay tiroteo por la Santísima... Voy a acabar de vestirme.

—¿Y qué novedades nos trae usted, caballero? —preguntó la mamá después de haber otorgado de cabeza, y cuando en virtud de esto se hubo ausentado su hija.

—Primeramente, señorita, mi viaje.

—¡Qué me dice usted! —exclamó la señora, mirando asombrada a Eduardo.

—Sí, me voy en la diligencia que sale en la madrugada del viernes; vengo a despedirme de usted, y...

—¡Con que...! Me ha dejado usted con la boca abierta...

—Me han escrito de mi casa que hago allí falta, que precisa que vaya pronto...

—¡Vaya, vaya...! Y dígame usted, ¿es cierto que en la Profesa han matado hoy a un español, mentado Guadarrama?

—Sí, señorita. Un soldado apostó desde la puerta principal de Palacio a que lo *doblaba*. Le apuntó estando Guadarrama en la torre de la Profesa y le pegó el balazo. Recibió la apuesta y un ascenso; pero a poco después, por querer ganar otra apuesta, lo *doblaron* de la Profesa, a tiempo que le apuntaba a otro polco.

—¡Qué tal...! ¿Y no sabe usted que Rangel ha *pescado* a la buena maula de Pedraza, hoy al ir a Tacubaya?

—No, señorita.

—Pues sí, señor. ¡Y el general Rangel, ya sabe usted quién, que se ha encaprichado en fusilarlo! Dicen que van sus amigos a echar de empeño a Trigueros, para sacarlo del apuro. Y si Trigueros, que es el ojo derecho de don Antonio, y que tanto considera por eso Rangel, no le vale...

La locuaz interlocutora acompañó sus últimas palabras con un gesto, semejante al que hacían en la revolución de 1793 los jueces del pueblo que instituían sus horribles tribunales en los montones de cadáveres.

—Cuando usted guste —dijo Concepción, presentando su linda figura en la sala y haciendo un mimito, un gestito capaz de sacar de sus casillas al mismo Diógenes Laercio.

¡Oh! ¡Cuán bella, cuán pasmosamente seductora estaba en aquel momento, a los ojos de su embelesado amante, aquella criatura querida! Jamás, no, jamás le había parecido tan soberanamente linda como entonces, después de tantos días o, acomodándonos al hiperbólico lenguaje de los enamorados, después de tantos siglos de ausencia. Pero también, debemos confesarlo en descargo de nuestra conciencia, jamás había la joven consultado con tanto escrúpulo su espejo, ni estudiado con mayor aplicación el efecto de las gracias, pocas o muchas, chicas o grandes, que le diera el cielo.

No nos atreveremos nosotros a describir su traje ni su peinado, pues no lograríamos dar una idea de lo bien que todo estaba calculado para el objeto con decir que vestía un *túnico* (vestido) oscuro y gayado, calzaba un zapato negro de raso, muy ajustado a su precioso pie, etc.

Eduardo presentó su brazo a la soberana de su corazón y, seguidos de la criada de confianza, se plantaron los enamorados en la calle.

Fuese por lo corto de la distancia que mediaba entre la casa de donde salían o por otro motivo que nos interesa muy poco determinar, no pasó entre los amantes cosa que merezca la pena de ser aquí relatada mientras caminaban por la banqueta de las calles que van a la de Banegas, en un entresuelo de la cual se entraron.

VII

EL MARTES 9 de marzo del año de 1847, día de Santa Francisca, viuda romana muerta en 1440, hablando de la cual dice el bonazo de Baillet que la traslación de sus huesos, encontrados doscientos años después de su fallecimiento, tuvo que hacerse en secreto, por temor del peligroso celo del pueblo; este día, pues, recordarán nuestros lectores que como a las cinco de la tarde hubo un ruidoso combate, más ruidoso que sangriento, en la calle de la estampa de Nuestra Señora del Refugio, entre POLCOS y PUROS, a consecuencia de haber intentado los primeros tomar por sorpresa la batería de los segundos, situada en la esquina de la Diputación.

Buenas o malas lenguas refirieron en aquel tiempo que el único intento de los POLCOS había sido apoderarse del cañón que allí tenían las tropas del gobierno, para lo cual habían de antemano cohechado al oficial que mandaba el punto; y aun no faltaron gentes que aseguraran que un extranjero oficial de las tropas del ejército mexicano se llegó a comprometer a entregar, mediante una buena propina adelantada, el parapeto con todo y destacamento, pero habiendo faltado a su promesa se desapareció de México desde el mismo día del tremendo combate.

Como quiera, el hecho es que algo hubo de muy malicioso en el repentino ataque de los unos y en la floja defensa de los otros, tanto así que a no haber intervenido don Miguel María Echegaray, de presumirse es que los pronunciados hubieran logrado poco más o menos sus miras.

Y entonces, ¡Jesús nos valga!, el aspecto de las cosas hubiera cambiado notablemente, porque los POLCOS, dueños que hubiesen sido de un parapeto enemigo que los plantaba muy lindamente en el centro de las posiciones de los PUROS, habrían sin duda, bajo la inteligente dirección del generalísimo Matías Peña y conducidos por el insigne literato don José Gómez de la Cortina, habrían, decimos... tocado retirada a sus pacíficos domicilios, cargados, abrumados de la admiración del universo. Por seguro tenemos que en cualquier caso no hubieran sido ellos, ni tampoco sus contrarios, los que habrían derramado sangre humana.

¡Y bien sabe Dios las ganas que de verle el fin al cuento tenían no solamente los dos bandos contendientes, sino también la generalidad de la pobre población de México!

Pero, desdichadamente para todos, estaba escrito en el misterioso libro de los destinos que la obra del filósofo Gómez, el vociferado pronunciamiento del 27 de febrero, no debía llegar a su terminación hasta el 21 de marzo, día en que los repiques de todas las campanas y las salvas de todos los cañones de la capital del Distrito Federal anunciaron a POLCOS y PUROS la llegada del general don Antonio López de Santa Anna.

Era de verse y de describirse el pasmo con que los habitantes de México llevaban sus pasos hacia la plaza de la Constitución, a donde los llamaba la curiosidad de ver desfilar algunos centenares de engolondrinados lanceros y de oír en la lóbrega catedral el solemne tedeum con que festejaba la iglesia no sabemos bien a bien qué.

Ocioso nos parece decir que la llegada del Único dio punto a la revolución, agregando con esto nuevos y más verdes laureles a la corona triunfal que había recogido abandonando el campo de batalla en la famosa Angostura.

Pero lo que sí no podemos pasar en silencio es que no hubo reparación alguna para el gobierno, pues el vicepresidente se fue con cajas destempladas a su casa; y en cuanto a los pronunciados, tampoco ellos lograron aquello de que habían hecho punto, a saber, destituir a Farías sin rendir palias al presidente don Antonio.

Ello, preciso es confesar, que éste se condujo en el caso con su acostumbrada clemencia, como lo prueba el hecho de que, sin embargo de la indignación que manifestó al saber la noticia del pronunciamiento, no mandó empalar a ninguno de sus motores.

VIII

¡BALDÓN!

¡EL INFORTUNIO de la nación mexicana se había consumado!

Esperanzas e ilusiones, todo cuanto podía inspirar aliento o consuelo, se había desvanecido para ella en presencia del afor-

tunado invasor, el cual, después de haber triunfado en el valle de México, ocupaba pacíficamente la capital de la confederación mexicana.

Y mientras él festejaba con torpísimas bacanales y brutales atentados sus maravillosos triunfos, gemían los buenos ciudadanos, ¡porque tan sólo gemir supieron!

¿Qué se había hecho la benemérita clase del ejército, qué era de tantos belicosos patriotas y cómo había podido un puñado de bandoleros abatir y sojuzgar a una nación afamada por sus proezas en la primera guerra de independencia y en sus contiendas domésticas?

¡Ay...!

Vencido en todos los encuentros, el ejército había venido a parar en desbandarse o juramentarse. La gente de arraigo, ¡oh!, esa gente, ¿cómo había de sacrificar sus intereses ni mucho menos su vida por una preocupación, por patriotismo, palabra tan vacía de sentido? ¡Disparate! La comodidad y el dinero no tienen patria...

En cuanto al pueblo, eso que Thiers llama la VIL MULTITUD, juzgando en su ignorancia que la voz patriotismo tiene un significado, y comprendiendo lo que quiere decir “¡BALDÓN!”, había resistido la infamia hasta donde había podido.

Había, pues, doblado la cerviz al angloamericano, Veracruz, Cerro Gordo, México, etc., desde que Eduardo Gutiérrez había marchado de esta última ciudad para Chihuahua al reclamo de sus parientes; mas antes de partir juró solemnemente a su amada, en presencia de respetables testigos y ante la imagen del Justo crucificado, que con ella se casaría indefectiblemente tan luego como hubiera puesto en orden los intereses que por muerte de un deudo suyo debía heredar. Inútil parece agregar que los celos del encantado novio quedaron destruidos del todo con las tiernas explicaciones y las persuasivas garatusas de la hechicera novia. Por supuesto, para dar más valor, más peso a la solemne promesa espontánea de casamiento, no se había excusado nada, ni aun el competente aviso a los padres de la futura, los cuales otorgaron de buena mente su venia, considerando, quizá, 1º que una doncella es difícil de guardar, 2º que un matrimonio no es negocio de echarse a puerta ajena, y 3º que un excelente muchacho no es cosa que se encuentre

tirada en la calle. He ahí lo que había pasado desde mediados de marzo hasta después del miércoles 15 de septiembre, día de la entrada de las tropas invasoras allí donde en tiempos mejores dos emigrados, jefes de tribus valientes y aguerridas, vieron posarse una águila soberbia.

Con las tropas extranjeras, llegó a México un sujeto del cual un periódico mexicano dijo entonces lo que sigue:

Sabemos de una manera positiva que el llamado Blackheart, que ahora está al servicio de los enemigos con el empleo de capitán y de intérprete, es el mismo zángano a quien se tildó de cohecho en el tiempo de la guerra de los polcos y los puros, etc.

El capitán intérprete se presentó en la casa de don Luis Vidáurraga con el carácter de oficial del ejército de ocupación que buscaba alojamiento: sabido es que el pretexto de alojar a la oficialidad fue un inagotable manantial de tropelías de todos géneros.

No estaba en casa *el cabeza de familia*, pues siendo militar fue de los pocos individuos de la benemérita clase que emigraron por no envilecerse con un juramento oprobioso.

Una señora de unos cuarenta años, enjuta, de rostro largo, colorado y relumbroso salió a recibir al capitán.

—Señorita —dijo éste después de una salutación muy respetuosa—, se me ha designado esta casa de usted para mi alojamiento... Usted habrá de disimular... Yo estaré muy contento, porque no somos desconocidos enteramente; yo me honro de respetar y estimar a usted, con quien me ligan las simpatías de una misma religión, pues soy católico, y además quiero sobremanera a los mexicanos.

—No está aquí mi esposo —contestó la señora, tartaleando— y yo no puedo deliberar...

—¡Oh, señorita!, tanto mejor. El ser el señor su esposo de usted militar y el no hallarse juramentado podría exponer a usted a disgustos de que yo puedo librar a ustedes estando alojado en la casa, y espero que ustedes nunca tendrán motivo de queja... Yo no seré molesto... Les seré útil a ustedes en cuanto se les ofrezca, en cuanto gusten ocuparme.

¿Qué medio de resistir ni de excusarse en tal aprieto?

Y luego también ¿no traía su cierta ventaja en aquellas *alturas* el tener uno un huésped americano? ¡De qué ultrajes no preservaba el respeto de un oficial invasor aposentado en la casa de un mexicano o extranjero a los primitivos inquilinos o propietarios! ¡Casi, casi podía tenerse a buena suerte el albergar uno bajo su techo al enemigo de su patria...! Podemos afirmar que muchos compatriotas nuestros discurrían de esta manera, y si pudiéramos sobreponernos al bochorno, a la profunda vergüenza que semejante confesión nos causa, diríamos francamente que aun hubo paisanos nuestros, gente, eso sí, copetuda, que solicitaron el amparo de los enemigos para su domicilio...

La señora de la casa, cediendo a estas u otras consideraciones, no pudo menos de resignarse a vivir hermanablemente con el yanqui.

De lo que resultó lo que de esperarse era, conocidos los antecedentes de cierta *sujeta*, sabiéndose, como vulgarmente se dice, del pie que cojeaba cierta criatura.

IX

SAINETE Y DRAMA

EL AJUSTADO casorio de una linda mexicana con un yanqui, capitán intérprete del ejército de ocupación, era un suceso digno de llamar la atención de todo el universo, de correr de uno a otro polo, de llenar de inaudita estupefacción al puñado de millones de habitantes que el globo terráqueo pisan. Y con toda sinceridad declaramos, antes de pasar adelante, que de intento hemos preferido en este caso la voz *casorio* a la de *matrimonio*, *enlace* o *desposorio*, por considerarla más adecuada y significativa que la de *matrimonio*, que es demasiado decente, *enlace*, demasiado noble, y *desposorio*, demasiado sagrada, tratándose de dar a entender un matrimonio hecho a la diablo.

Pero volviendo a nuestra historia, no se hablaba de otra cosa en todo México. ¡Como que no había habido ejemplar de ello!

La preciosa Concepción Vidáurraga, la hechicera moradora del número 4 de la calle de la Moneda, se casaba, pues, sin

género alguno de duda, y con un extranjero, con un extranjero que había contribuido a humillar la patria de la linda novia, a verter la sangre de los compatriotas de la primorosa novia, y quien, para decirlo todo de una vez, había vendido, a lo que más de cuatro aseguraban, el parapeto de los PUROS durante la lucha entre éstos y los POLCOS, de la cual dejamos dichas unas cuantas palabritas.

Es verdad que Conchita tenía sus cuentas pendientes, y muy formales, con otra persona, pero ¿quién se acordaba ya de Eduardo? “A muertos y a idos...”, dice el refrán... Y luego también, ¿trataba acaso Conchita de perder el tiempo, de darse por satisfecha con cartas que, por mucho amor que pintaran, no pasaban al fin de cartas, y cartas escritas desde Chihuahua, como quien dice desde el cabo del mundo para quien vive en México?

¿Pero y los padres de la niña...? ¡Oh!, el padre, fiel a sus deberes, andaba quién sabe por dónde, mientras los pobres vecinos de México comían el amargo pan de la emigración en Querétaro; y en cuanto a la madre, ya la dijimos, ¿qué había de hacer en el grave aprieto sino tomar lo cierto por lo dudoso?

Por la época de que hablando vamos, un hombre, sobreponiéndose a las hablillas, ahogando sus más nobles sentimientos y avasallando las opuestas opiniones, concertaba un tratado de paz, el que más adelante se consumó en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, con la sanción de los respectivos plenipotenciarios.

Líbrenos Dios de meternos aquí, a estas horas, a discurrir sobre el tratado consabido: impertinencia, tontería fuera sin disculpa entrarnos en el espinoso campo de la política, empeñarnos voluntariamente entre los abrojos de la diplomacia, para salir a buen librar espinados.

Entre tanto, la diligencia de tierradentro conducía el cuerpo y el alma de un enamorado, si es que en el lenguaje o jergonza de los enamorados no es un solemne pleonasma decir que haya otra alma fuera de la del dueño adorado, que viene a ser común de dos.

Sucedió aquella vez, como tantas otras, que la diligencia llegara muy tarde.

El sujeto hacia el cual hemos llamado la atención de nuestros lectores en el penúltimo párrafo se apeó azogadamente

del carruaje, púsose a arreglar con sumo atropellamiento sus cosas, pero por más que hizo no pudo lograr ponerse en la calle antes de que estuviera muy entrada la noche, y tanto que, a no estar acometida de la fiebre que padecen con frecuencia tanta los enamorados, nadie hubiera alcanzado a creer que el anhelo de ver a su adorado tormento fuese lo que moviera sus pasos.

Caminaba él, pues, velozmente derecho, derecho, cuando al cruzar por la bocalle de la Palma oyó partir un tiro, vio correr alguna gente y, arrastrado él también por la curiosidad, se dejó ir por la calle de la Palma, en donde, dándose de ojos con un hombre que corría perseguido de las voces “¡Cójjanlo!, ¡cójjanlo!”, echó garra del tal hombre y, poniéndole una pistola a los pechos, paralizó su resistencia.

Al otro día de este suceso, en un periódico de la capital se leía lo que sigue:

Se asegura que anoche unos individuos del ejército de ocupación asaltaron la casa de un mexicano, comerciante de esta capital, con ánimo de robar, lo que advertido a buen tiempo fue impedido por algunas personas que acudieron. Parece cierto que quien acaudillaba la partida era un oficial nombrado Blackheart, capitán intérprete de las fuerzas angloamericanas, muy conocido en México, presunto esposo de una preciosa compatriota nuestra, el cual fue aprehendido por un joven mexicano llamado Eduardo N..., que acababa de llegar de tierradentro.

X EPÍLOGO

EDUARDO tuvo una fiebre cerebral de que se vio a pique de perder la vida.

Conchita, acosada del bochorno, abrumada del desprecio universal, agobiada de la execración de su padre, marcada su frente con un sello imborrable de infamia, fue a expiar su yerro lejos de las gentes.

El capitán intérprete fue condenado a la horca por robo a mano armada.

México, la bella sultana, la preciosa joya de las Américas, vio a poco ataviada de nuevo su primorosa frente con el vistoso gorro de las tres garantías.

LA POBRE VIUDA*

ERA Cristina la hija única de un matrimonio honrado, pacífico, bienquisto entre los vecinos del pueblo, de no escasos pero tampoco abundantes medios.

No diré que Cristina era una criatura preciosa como la *hija favorita del serrallo*: no seré yo, por vida mía, quien se tome la molestia de remontarse hasta las nubes para buscar en la región celeste *querubes* o serafines con qué comparar a la pobre Cristina. Confórmese quien estas líneas de leer se dignare con saber que Cristina, como toda mujer, tenía bueno y malo entre sus físicas dotes, si bien es verdad que lo malo y lo bueno estaba repartido de manera tal que aventajaba a lo primero lo segundo, de suerte y manera que venía a ser cosa de no deberse echar a puerta ajena. Ahora, por lo tocante a sus prendas morales, con decir que le habían infundido buenas inclinaciones y dádole sus padres buen ejemplo, me parece que lo sobrado es para dejar entender sobre lo que el particular habría.

Impertinencia fuera de gran tamaño, loable en Dumas y comparsa tan solamente, que yo perdiera aquí mi tiempo, caudal dizque muy precioso, y se le quitara al lector, contando la vida y milagros de los padres de Cristina.

No conduciendo esto a mi objeto, déjomelo en el tintero.

Cristina se casó llanamente, sin lances novelescos, sin episodios dramáticos en sus honestos y sencillos amoríos, tocándole

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 127-130. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp. 225-234. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5354, 4 de agosto de 1901, p. 4; no. 5355, 6 de agosto de 1901, p. 4.

en suerte, lo que por estos tiempos y los otros no es poca fortuna, un maridillo tan guapo como ella.

Diez años vivió casada Cristina, y tan feliz cuanto cabe en humana condición; de suerte que no parecía sino que ella había nacido para probar tan sólo las dulzuras de la vida.

Pero sucedió que a los diez años, el día menos pensado, vino el dolor a eclipsar su apacible y venturosa existencia con la muerte de su marido. Grande fue la pesadumbre de la pobre mujer al verse privada de su esposo, al mirarse sola y desamparada en el mundo; mas habiéndola criado muy religiosa sus padres, se conformó con la voluntad del Árbitro Supremo de todas las cosas.

La viuda Cristina quedó con los recursos suficientes para mantenerse ella y una prenda de su casto y feliz matrimonio, una hija, Carmen, preciosa criatura, a quien educó tal como habían educado a ella, y a quien amó como la habían amado a ella.

Crióse pues Carmen sin apartarse un momento del lado de su mamá, en cuyo regazo pasaba las horas que no empleaba en cultivar sus florecillas, en jugar con las cristalinas aguas de las fuentes, en corretear en pos de las primorosas mariposas y, ya más grandecita, en su labor y oraciones.

Así, sin sentir el pasar del tiempo, llegó Carmen a sus quince años.

Ahora bien, había en el pueblo un mocito llamado Gil García, muy conocido de todos por sus travesuras, muy envidiado de los de su edad y muy malquisto entre las personas de seso, así por su mala cabeza como por su decidido amor a la vagancia. Era Gil bien parecido, sabía música, tocaba bien la flauta y tenía afición a la lectura. Con toda esta letanía de prendas vivía el mozo pagadísimo de sí propio, creyéndose superior a todo el mundo.

En medio de su ociosa vida no pudo menos de parar la atención en Carmen, que bien lo valía ora por su lindura, ora por lo poco que poseía su madre. Por principio de cuentas, tomó la florecita de pasar cada vez que volvía de la caza o pesca por la casita de la viuda; entrábase en ella con cualquier pretexto y regalábale lo mejor de lo que llevaba; luego dio en visitarle de parte de noche, entreteniéndola a ella y a su hija con la lectura, y no pocas veces se oyeron las notas de su flauta acompañadas

con la voz clara y gozosa de Carmencita, a quien pareció en breve aquel mozo un sujeto a pedir de boca.

Llegó el caso de que Carmen le tomara una profunda y tierna afición, sintiendo por él en su alma una de esas inclinaciones que no se prueban dos veces en todo el curso de la vida; lejos de ver en su amante imperfección alguna, lejos de advertir los graves defectos que tenía, miróle como lo más acabado de las obras del Creador. ¡Pobre tontuela!

Cristina descubrió con pesar el sesgo de los afectos de su hija y no perdonó diligencia por desentrañarle aquel amor. Hízole presente la dulzura de la vida tranquila que a su lado había pasado y los disgustos que le acarrearía su pasión; díjole que no podía ser un buen esposo el hombre que no sabía trabajar ni tenía inclinación más que a la vagancia, el hombre que hacía alarde de mofarse de las cosas más sagradas, que estaba tan pagado de sí por acciones vituperables.

Escuchóla llorando Carmen, porque era aquélla la vez primera que daba en qué sentir a su madre, la vez primera que, a su entender, iba errada su madre, la vez primera que no podía darle gusto sin partírsele el alma: el caso era arduo pues, habiendo un afecto arraigado de por medio, tenía que luchar a brazo partido el amor con el deber... ¿Para qué decir cuál de los dos se llevó la palma?

Sabedor Gil de que Cristina nunca consentiría en verle unido con Carmen, indujo a la apasionada muchacha a huirse de la casa materna y a desposarse con él de secreto. Esta primera desobediencia de la jovencilla comenzó en breve a producir sus efectos.

Pesóle a Carmen tanto de haberle faltado a su madre, que no tuvo un momento de gusto ni de sosiego, considerándose como indigna de perdón por ello. Cristina, por su parte, dio rienda suelta al llanto; pero su triste suerte y la desgracia de su hija las lloró en secreto, sin cesar pidiendo al Soberano Consolador conformidad y resignación.

No teniendo Carmen fuerzas para seguir viviendo separada de su madre, volvió arrepentida a su seno. Recibióla ella con los brazos abiertos y un tanto se alivió su aficción.

En medio de todo esto, Gil varió completamente de conducta. Creyendo Cristina que se había convertido a la virtud,

le otorgó su confianza y cariño en términos de poner en sus manos cuanto poseía, con la esperanza de que, trabajando con afán, lograría hacerse de un caudalito con que viviesen desahogadamente él y su esposa; pero la inexperiencia, el abandono, la poca aplicación de Gil, frustraron a la par las esperanzas de Cristina, viniendo en breves días a reducir a nada los medios que franqueó al joven; y mientras la desventurada Cristina, obligada a recurrir a sus propias habilidades, se empleaba en dar lecciones en una amiga que abrió, García se entregaba a pierna suelta a sus vicios favoritos.

Tenía Carmen un hijo de unos dos años de nacido cuando Gil, al volver de sus disipaciones, malhumorado y cargada la cabeza, queriendo jugar con la criatura, la arrebató de los brazos de su madre y dando traspies fue a tener con su cuerpo al suelo, cayendo encima del niño. Desde este día, la criaturilla, que prometía ser lo que todos los padres esperan ver en su primer hijo, quedó hecho un idiota. Gil, apesarado desde entonces por la irremediable deformidad mental del niño, de la que él solo tenía la culpa, se volvió melancólico; y al contemplar día a día el estúpido mirar de su querido hijo y el dolor mal disimulado de su mujer, que paso a paso la llevaba al sepulcro, y la constante lucha entre la resignación y el desprecio que destrozaba de continuo el corazón de la viuda, determinó él apartarse para siempre de aquel espectáculo de desolación.

Abandonada de su marido y reconviniéndose a sí propia por las pesadumbres que su desobediencia había acarreado a su madre, Carmen caminaba precipitadamente al sepulcro: en los cortos días que le quedaron de vida no se le volvió a ver emplear el tiempo más que en yacer como una estatua a la cabecera de su cama durante las horas enteras, hablando siempre muy rara palabra, sin jamás asomar una sonrisa a sus labios... ¡hasta su postrer suspiro! Así acabó Carmen, pagando con horribles tormentos la falta que había cometido.

Cristina, con la muerte de su hija, quedó nuevamente sola en el mundo, mas no por eso se desesperó. Dedicóse exclusivamente a su escuela de niñas y a ver de alumbrar el entendimiento de su inocente nieto. A fuerza de fuerzas logró por fin que profiriese algunas palabras: llevóle repetidas veces al sepulcro de Carmen, enseñóle a pronunciar el nombre de

“madre”, a hincarse de rodillas en actitud de invocar la bendición y a repetir el padrenuestro y otras oraciones, las que, si bien no tenían sentido ni importancia alguna para él, eran, con todo, su primera ocupación al despertar y al acostarse, rezándolas con tanto fervor como el más cumplido cristiano.

Pasaron unos cuantos años.

Una tarde, estando el muchacho tributando su acostumbrado homenaje a la tumba de la que el ser le diera, vio, al pararse, un hombre a su lado.

—¿De quién es ese sepulcro donde estabas arrodillado?

—Ahí está durmiendo mi madre.

El desconocido se acercó, leyó la inscripción en la sepultura...

—¿Quién es tu padre? —preguntó temblando al muchacho.

—Padre nuestro, que estás en el cielo —fue diciendo éste, levantando sus ojos y manos.

—¿Y su nombre?

—Santificado sea tu nombre.

—Te pregunto por tu padre.

—¿Acaso tengo otro?

Esta sencilla pregunta dejó al desconocido como si un rayo le hubiera herido.

—Vamos, vamos —repuso el muchacho agarrándole la mano con dulzura y llevándose consigo—, venga usted.

El desconocido, desencajado el rostro, pálido como un difunto, siguió con trémulo paso a aquella criatura, obediente al influjo de la voz de ella y al impulso de su mano, como si le condujera una fuerza potente, irresistible.

A poco andar, introdújole el pobre idiota en una humilde casita donde todo acusaba la pobreza y el dolor, y de donde vio salir infinitas parejas de inocentes niñas, gozosas y juguetonas, que le arrancaron a él del alma un suspiro dolorido.

Apenas hubo puesto la planta el desconocido en la pieza principal de la casita cuando se presentó a sus ojos Cristina, la cual, volviendo hacia él la cabeza, conoció a... ¡Gil...!

Gil quedó estupefacto, trabada la lengua, ante la presencia de aquella mujer, aquella mártir madre... Reclinóse contra una esquina de la pared, para no caer al suelo, pues sintió írsele la cabeza... y echóse a llorar como un niño.

Mientras, el chicuelo, que al ver a Cristina había corrido a sus brazos, arrodillado a sus pies decía:

—¡Madre! rezo como Cristo rezaba.

Luego, enclavijadas las manos y clavados los ojos en el techo, comenzó sus oraciones de todas las noches. Al proferir el “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”, que la viuda había enseñado con la solemnidad debida a su sublime importancia, Cristina levantó los ojos a contemplar a Gil; y el aspecto de Gil humillado, lloroso, arrepentido, contrito, no pudo menos de atravesarle el corazón.

García fue pues perdonado... perdonado hasta donde puede perdonar la flaqueza humana.

Tendióle Cristina sus brazos, confundieronse aquellas dos almas desdichadas en un mismo dolor, en un propio llanto, y desde aquel día Gil se esmeró en borrar cuanto era dable el triste efecto de su conducta pasada...

Melancólica, ya lo veo, es la conclusión de esta historia, que acaba por donde la mayor parte de las novelas comienzan, es decir, por las muertes, pues el idiota niño y la desventurada Cristina murieron a poco de la conversión de García; pero yo, que no hago aquí más que referir al pie de la letra un suceso verídico, no he podido trastornar el desenlace en obsequio del lector.

UN SECRETO DE CASADA*

Mas todas las (cosas) que son reprobables
se descubren por la luz;
porque todo lo que se manifiesta es luz.

SAN PABLO, *Epístola a los corintios*, v, 12

EN UN primoroso aposento de una preciosa casa del Puente de Alvarado, en la deliciosa México, engañando el tiempo estaba una afortunada pareja sentada junto a una mesa de elegante figura.

Para que no alegue ignorancia la apreciable lectora que se digne pasar sus ojos por estas líneas, de luego a luego diremos en pocas palabras que en la época del presente relato hacía sobre cinco años que el señor don Esteban Ruijosa, adinerado negociante, y la linda Isabel Cabrera, unidos con matrimoniales vínculos, disfrutaban de la vida más feliz y alegre que apetecerse puede, sin que en tanto trecho hubiera la más ligera desavenencia ni la más leve pesadumbre turbado la paz y el contento de ninguno de los dos. Ahora bien, la pareja de que hablamos al principio es la misma de que acabamos de hacer mención. El mundo, que, dígame lo que se quiera, no deja de clavarse algunas veces, había pensado que Isabel, joven preciosa y de familia distinguida, pero escasa de fortuna, había sido casada con don Esteban, mozo también, pero de ordinarios

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 139-146. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp. 507-528. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5378, 3 de septiembre de 1901, p. 4; no. 5379, 4 de septiembre de 1901, p. 4.

pañales, por miras de pura conveniencia pecuniaria, sin parar la consideración en que don Esteban, habiéndose formado él solo, no solamente se había granjeado, a fuerza de laboriosidad, honradez y delicadeza, una estimación universal, sino que además se había hecho lugar entre lo mejorcito de la sociedad. Y el caso es que él y su consorte se habían amado muy de veras antes de casarse, lo que confesamos que nada tenía de particular, y se amaban muy tiernamente después de casados, lo cual no es cosa de verse todos los días; y el caso es también que, sin embargo de lo mucho que se querían, Isabel nunca había podido mirarle, allá en el fondo de su alma, sin un respeto reverencial, propio, si no nos equivocamos, en toda persona que vive persuadida de que el matrimonio no es un juguete y de que “el marido es cabeza de su mujer”.

Basta de digresión y vamos al grano.

Los felices esposos estaban, pues, como íbamos diciendo, sentados delante de una mesa. Hacía una hermosa mañana de primavera y desde el aposento, cuyas ventanas daban a la frondosa huerta, se oía el suave trinar de los pajarillos, se sentía el fragante olor de las flores y se percibía el espumoso chorro de la cristalina fuente que daba vida a las plantas y refrescaba el aire.

Tenía en sus manos don Esteban un periódico, periódico de no muy pequeñas proporciones, con su *folletín*, es decir, una novela de Dumas mal escrita y peor traducida, su *editorial* lleno de frases pomposas y sin sustancia, sus *retazos* o artículos de chismografía, fuera de sus incontables erratas y de sus infinitos despropósitos de todas calidades y tamaños. Bien que don Esteban estuviera allí sentado con ánimo de leer lo que el periódico contenía, no podía llevar a efecto su propósito porque su hijo primogénito, muchacho colorado y rollizo de tres años, travieso como la piel de Judas y consentido como todo hijo único, había tomado por entretenimiento hacer a su papá un millón de diabluras, tales como estirarle de vez en cuando el impreso, peinarle la cabeza con un clavo y cerrarle los párpados, todo lo cual hacía sonreír con disimulo a Isabel, amoscando y divirtiendo alternativamente al mártir padre.

Delicioso era el espectáculo aquél, así por las originales travесuras del chico como por la forzada seriedad del esposo y las

reprimidas risas de la mamá, y la elegancia del mueblaje, y el perfume de las flores.

En medio de esto presentóse un criado trayendo varias cartas. Entre las de Isabel algunas había particularmente mal escritas y dobladas, cosa muy poco digna de llamar la atención, a no ser porque otras, las menos, en verdad, traían todos los caracteres contrarios.

Isabel, al punto que recibió sus cartas, se puso pálida, luego colorada, y agarrándolas con azogamiento, sin siquiera imponerse de su contenido, metió las feas en la bolsa de su delantal de raso. Ruijosa leyó en dos por tres las suyas, pues eran de hombres y trataban solamente de negocios comerciales, y bien sabido es que el comerciante, cuando es de los que lo entienden, gasta poca tinta, emplea poco tiempo y, sobre todo, procura el menor posible provecho a la renta de correos. Concluida su tarea, levantó los ojos, y al ver a su esposa embebecida en la lectura de una epístola de cuatro caras, con letra muy metida y renglones muy juntos, verdadera carta de mujer, no pudo menos de sonreírse.

—¡Jesús te valga! —exclamó luego en tono de chanza—, ahí tienes con eso para divertirme hasta la noche; mientras acabas, voy a mandar a Guillermo a la Alameda para que me deje leer el diario con sosiego.

Sin embargo, Isabel no se imponía de la charla del papel en que tenía puesta la vista: era evidente que su pensamiento estaba divagado en otra cosa y que aquello no venía a ser más que una engañifa, un pretexto para no desplegar los labios, un medio de disimular la agitación de su ánimo.

¿Qué pasaba, pues, por ella?

A su tiempo lo sabrá quien gustare seguir esta historia.

Entre tanto, don Esteban, habiendo llamado con la campana y dado sus órdenes, se enfrascó a todas sus anchuras en la lectura del papelote.

De repente, brincó en su asiento y despidió una triste exclamación.

—¿Qué te sucede? —preguntóle, asustada, su mujer.

—¡Mira qué desgracia! ¡Una quiebra! ¿Y de quién te parece...? ¡De un hombre muy honrado, que llevaba muy bien sus negocios, de quien nunca jamás hubiera yo... ni nadie, esperado un

golpe como éste! ¡Ya...!, también hace meses que se hablaba de él por gastador, susurrando las gentes que su mujer había de arruinarle.

—¡Su mujer!

—Sí. Pero, en resumidas cuentas, no entiendo cómo puede ser eso. Unos cuantos centenares de pesos no creo yo que pudieran importar cosa para un caudal como el de Barnel, y a más, no me parece que su mujer gastara más que tú... Por lo menos, nunca supe yo que se plantara mejor que tú... Lo que me imagino que haya sucedido es que ella se habrá metido bárbaramente en deudas sin conocimiento de él, y deudas gordas... y las deudas son una cosa que crece extraordinariamente en un abrir y cerrar de ojos y que acarrea miles de trabajos y congojas... Dicen las gentes que cuando llegó el día crítico, cuando se llegó la hora de pagar, hubo dimes y diretes, se descompuso el matrimonio, se abatió él, abandonó sus negocios y paró en meterse a tontas y a locas en especulaciones descabelladas.

—¡Qué horror! —tartajeó Isabel.

—¡Y de veras! Yo no sé lo que haría con una mujer semejante.

—¿No la perdonarías, queriéndola mucho? —preguntó Isabel con el acento sosegado de una agitación reprimida.

—Acaso sí... pero una sola vez, y eso si su yerro era efecto de inexperiencia juvenil... pero ha de haber en estas cosas tanta falsedad, tantos miserables engaños y tales extravíos que por buena cuenta doy mil gracias a Dios de no verme puesto en ocasión.

Don Esteban, al hablar así, tenía los ojos clavados en el periódico, sin ocurrirle por un momento dirigirlos a su mujer.

A poco, Isabel se hizo escurridiza; no advirtió su ausencia su marido.

Entróse Isabel en su recámara, torció la llave y, echándose en un taburete, dio suelta a su dolor con el más amargo llanto que en su vida hubiera vertido.

Ella, ¡ella también estaba entrampada!, entrampada *bárbaramente*, como había dicho tan acertadamente su marido, entrampada de tal manera que no alcanzaba ya la crecida suma que para sus alfileres le pasaba Ruijosa a satisfacer sus cuantiosos compromisos... Así, en ahogo tal no tenía ella ni siquiera el ánimo suficiente para abrir a él su pecho, evitándole el pesar

de que en breve lo supiera por boca ajena. ¡Véase por dónde vino a turbarse su sosiego, por qué mezquino principio vinieron a mezclarse las amargas lágrimas con su vida de dulzura! ¡Y qué *falsedad*, cuántos *miserables engaños* y qué *extravíos* no deberían ser los suyos!

Para colmo de desgracia, ni aun el triste consuelo de llorar le era permitido, pues temía que se maliciara algo de sus lágrimas; de suerte que, después de un rato, reprimió su llanto, enjugóse cuidadosamente los ojos, bañóselos con agua fresca delante de su espejo y, tapándoselos un poco con su suave pelo, disimuló bastante bien las huellas de las lágrimas. Nunca, ni cuando se vestía de gala, había consultado con tanto afán el espejo, y ahora le chocaban sobremanera las ojeras que advertía ella misma.

Sentóse delante del espejo, apoyada la cabeza sobre una mano y empuñando con la otra las cartas que aún no había tenido valor para abrir. Tocaron quedito a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Yo, señorita —contestó Jerónima, su fiel camarera—. Ahí busca a su merced la *madama*.

Isabel torció la llave y mandó que entrara la visita; la desconsolada esposa contaba recibir algún consolón de parte de la persona que la buscaba y a quien conocía más quizá de lo que le conviniera.

La *madama* se daba el nombre de Francisca Lumieres y se hacía pasar por francesa, pero no era en realidad sino una judía inglesa, de mala familia, y que se llamaba Rebeca Samuel. Su oficio era honesto, el mismo de tantos hombres que de la noche a la mañana se levantan con un asombroso capital, a que hacen mil acatamientos las gentes; su oficio era, pues, la usura, la venta y compra de los desechos de las damas de moda; y si vale decir verdad, pocas de su gremio sabían sacar tanto provecho del arte de embaucar a los *marchantes*. Cargaba siempre consigo una asquerosa bolsa con dinero, para aprovecharse de la necesidad de las personas con quien hacía su tráfico.

Madama Lumieres, pues así es preciso llamarla ya que este nombre era por el que la conocían, era una mujer de pequeña estatura, mal vestida, de unos cuarenta años, ojos brillantes, narices de pico de loro, inquieta y de voz chillona; su jerigonza

era un *chapurrado* de castellano y francés, tan mal hablado uno como otro.

–*Bon jour*,¹⁰ señorita Isabel –dijo al irse colando en la recámara–, ni preguntar por la salud, ¡es usted *si charmante!*,¹¹ ¡Oh, y qué *belle...*!¹² Por eso gasta usted vieja ropa más largo tiempo que otras señoritas y tienústé tan poco que me vender. Señorita Isabel es de todas maneras *charmante*; mas non *pour* esto debe se traer vieja ropa... porque el marit *pour* supuest y los comerciant no les gusta esto... ¡ja!, ¡ja!

¡Pobre Isabel! No estaba ella de humor de celebrar los nauseosos chistes y cumplimientos de madama Lumieres; y luego no dejaba de estar ella tal cual impuesta de las *trácalas* y socaliñas de la madama, pero tenía que tolerarla por necesidad.

–Siéntese usted, madama Francisca –díjole–. Me encuentro en un terrible apuro de dinero, pero en verdad no sé lo que le tengo a usted por acá.

–El terciopelo verde que no ha querido usted me dejar todavía... Todavía le doy a usted veinte pesos *pour* él, y que mucho le habrá usted usado desde entonces.

–Sólo dos ocasiones... solamente siete veces por junto... Y me costó ochenta pesos –dijo suspirando Isabel.

–Ah, pero ya es pasado la moda, y tan pasado... No creo le sacar el dinero. *Voyez-vous*,¹³ señorita Isabel es una chiquita señorita... *si jolie mais très petite*.¹⁴ Si usted estaba una alta *grand* dama, *pour* supuest los vestidos grandes poderían venir a las chiquitas señoritas, pero los chiquitos vestidos no vienen bien que a pocas.

–Si vendo el terciopelo verde necesitaré otro para el invierno que entra –dijo en voz baja Isabel.

–¡Ah...!, *vous avez raison*,¹⁵ cuando llegan *les nouveautes* de la temporada. Oiga usted... véndame también el vestido de punto blanco que me hizo ver una vez, este día que le merqué un chiquito aderes de perlas.

¹⁰ Buenos días. (N. del A.)

¹¹ Tan preciosa. (N. del A.)

¹² Hermosa. (N. del A.)

¹³ Ve usted. (N. del A.)

¹⁴ Tan bonita, pero muy chiquita. (N. del A.)

¹⁵ Tiene usted razón o dice usted bien. (N. del A.)

—¡Qué!, ¿mi vestido de boda? ¡Oh, eso sí que no! ¡No he de venderlo! —exclamó la infeliz Isabel, apretándose convulsamente sus lindas manos.

—¿Y *pour* qué...? Usted no piensa se volver a casar... Yo le doy por él ciento pesos.

—¡Cien pesos...! ¡Es de punto de Bruselas, madama!, y costó seiscientos.

—¡Ah, sí, pero usted no piensa que tengo que le traer diez años sin salir de él... y también usted, señorita, usted compra caro, ¡como toda grande dama!

Y diciendo esto, madama Lumieres meneó la cabeza con la solemnidad de una persona de años y de mundo.

—¡No, no! ¡Por ningún camino! No puedo yo vender mi vestido de boda.

Y la tentadora vieja quedó por entonces al parecer chasqueada; pero al cabo de una hora la *madama* salió de la casa con un voluminoso envoltorio bajo el brazo y mucha ufanía en su fea cara.

Isabel volvió a encerrarse en su recámara. Puso unos rollos de pesos sobre la mesa, se tiró sobre un taburete y, después de haber dejado correr, sin despegar sus labios, unas cuantas lágrimas ardientes por sus irritadas mejillas, cobró por fin ánimo y comenzó a abrir las tres cartas que hasta entonces había tenido cerradas en la bolsa del delantal. Pasó la vista por la primera, luego por la segunda, sin dar a entender que hubiese encontrado en ellas cosa alguna que reparar, si bien no contenían nada grato; pero no fue así con la tercera, pues en ella advirtió un exceso considerable en la cuenta, lo cual no dejó de alegrarla, por aquel principio de “del mal el menos”. Levantóse apresuradamente y abrió un *buró* (papelera) pequeño, que había servido de mucho tiempo atrás para guardar cartas viejas y cuentas pagadas.

A decir verdad, lo interior de la tal papelera no presentaba a la vista un orden regular: tarjeta de matrimonio, entierro y visita, blancas, negras y azules, gruesas unas, transparentes otras; cuentas pagadas y por pagar; copias de versitos malos, peores y pésimos, donde el corazón, el alma y el pecho hacían todo el gasto; mil otros papeles *inclasificados* e *inclasificables*; todo estaba allí revuelto y de suerte tal que no era extraño ver

a Isabel afanarse en vano buscando la cuenta primitiva con que deseaba cotejar la que había recibido en la mañana. En medio del azogamiento y la impaciencia, que de poco tiempo a aquella parte había venido a hacerse como genial en ella, trabucó el escritorio, vació sobre una silla lo que contenía y luego, hincando la rodilla delante de ésta, se echó a pechos el trabajo de examinar uno por uno los papeles todos. En esta faena, vino-sele a las manos una carta con que no debía esperar encontrarse allí y que conservaba la impresión de una rosa, de la cual aún se hallaba una que otra hoja, seca ya, entre los dobleces del billete: esta rosa, don Esteban se la había dado la víspera de darse con ella las manos, y la carta, escrita de puño y letra del mismo, era anterior de pocos días a la rosa. Temblándole la mano, encendido el rostro y zumbándole los oídos, desdobló el papel, y si bien no podía tener por la ocasión interés ni novedad alguna para ella, quedóse embebecida, contemplando sus caracteres como si aquello le refrescara la memoria de otros felices tiempos.

Costumbre es reírse de las cartas amatorias, quizá porque solamente se sacan a luz las necias: las personas de ambos sexos que tienen sentimientos delicados, miran estas efusiones como sagradas, y revelarlas a un tercero sería una profanación. Ahora, cuando a un corazón sincero y ardoroso se junta una inteligencia varonil, cuando la razón sanciona y la constancia mantiene la elección que se ha hecho, rara vez dejarán de encontrarse en la carta amatoria muchos rasgos de candor, lealtad y afectuosa elocuencia. La que a la sazón ojeaba Isabel, con sentimientos extraños y confusos, era seguramente contestación a algunos chicoleos de éstos que parecen dictados por una loable modestia, pero que no son más que efecto del deseo de elogios, y contenía estas palabras:

Me dices que en los escasos días de tu vida pasada adviertes ya muchas niñadas y que muchos defectos tienes que yo no he notado nunca.

No dudo en creer que haya exageración en esto pero, como quiera, dígotte que así será.

¿Y qué? Nunca se me ha venido a la boca llamarte ángel, ni me pasó jamás por la imaginación el deseo de que fueras perfecta.

Las debilidades, que son inseparables de las criaturas, con tal que sea buena el alma, más bien sirven para apegarnos a ellas que a desviarnos. Yo te tengo en el concepto de una niña leal, pero inexperta: no me pesa a mí de ser quien te dé lecciones de mundo... Sean cuales fueren los males y las penas que te destine Dios en la vida, quiero partírtelos contigo. Tratémonos con la más completa confianza, sin que tengamos secretos uno para otro; y mientras la verdad, que da su mayor brillo a tus ojos y su más rico matiz a tus mejillas, reine en tu alma, no puedo ni por sueño imaginarme de ti un yerro tan grave que merezca un castigo más duro que el perdón.

¡Qué renglones para leídos en aquellos momentos! Nada extraño es que hicieran en su mente una impresión distinta y muy más profunda ahora que antes. Cuando la recibió, maldita importancia le había dado; habíala tirado donde quiera... ¡Cuán poco presente había conservado su contenido!

Brotaron a torrentes sus lágrimas, pero ya no pensó en contenerlas, y por entre ellas viose brillar en sus ojos un contento cual jamás había sentido: es que se formaba poco a poco en el fondo de su alma una resolución que sus más finos afectos aprobaban, resolución que una hora antes le hubiera parecido un desatino.

—¿Por qué lo he temido tanto? —habló para sí Isabel—. No he debido necesitar la garantía que me da esta carta para echarme a sus pies y pasar por su indignación, aun por su deprecio, antes que seguir engañándole. Sí, sí...

Y diciendo esto, y arrebatando un montón de papeles, con la “carta amatoria” entre ellos, encaminó aceleradamente sus pasos a la pieza donde había dejado a su marido leyendo el papelote de la crónica extranjera, el *Folletín*, el *Editorial* y la *Gacetilla* de la capital, con sus *retazos* inclusive.

Ya a la entrada, Isabel se detuvo de pronto, vacilante entre retirarse o presentarse a los ojos de don Esteban: cuánto y con qué fuerza le palpitaba el corazón y le temblaba el cuerpo todo, por demás es decirlo. Al fin, entregándose en brazos de la Providencia, y antes que algo viniera a resfriar su generosa resolución, se determinó a pasar adelante.

Ruijosa había concluido la lectura del papelucho impreso y estaba escribiendo un apunte importante, sentado de espaldas

a la puerta; al percibir los pasos de su mujer, no volvió tanto la cara que pudiera haberle visto el semblante.

—¿Ya, por fin? —díjole con afectuoso y chancero acento—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Ya no piensas ir a ver el brazaletе aquí de que te tengo hablado?

—No, Esteban... no pienso yo ahora en brazaletes... ni quiero que vuelvas tú a pensar en darme joyas.

Y hablando así, Isabel había tenido que acercarse a una silla para poderse mantener en pie.

Su marido, al oírla expresar en términos tan extraños, se volvió precipitadamente hacia ella, se levantó de un brinco y exclamó:

—¡Cómo...! Pero, Isabel, ¿qué es eso, por qué lloras? —y mirando que aun teniéndole pasado amorosamente el brazo por el cuello permanecía sin despegar los labios—: ¡Habla...! —prosiguió—, tu silencio me atraviesa el alma... ¿Por qué no quieres tratarme con confianza? Dime, ¿no lo merezco ya?

—Yo, yo soy... —dijo sollozando Isabel—. Tus palabras de *endentes*... esta carta... me han hecho abrir los ojos... Ha llegado el caso de que yo te lo confiese... ¡Ay...!, yo también... yo también estoy... como la señora Barnel... entrampada... bárbaramente entrampada.

Y con un ademán como de quererse ocultar bajo la tierra, se arrancó de los brazos de su atónito esposo y se dejó caer en el suelo.

Doloroso en sumo grado fue para don Esteban el conocimiento del yerro de Isabel, mas la vista de su profunda aflicción, que daba a entender cuán amargo era su arrepentimiento, le atravesó el alma: tomóla en su brazos, púsola sobre un sofá, inclinó con ternísimo amor su cabeza hacia ella, prodigóla todos los nombres, todos los títulos con que acostumbraba halagarla, y una y mil veces imprimió en su frente el beso del perdón.

—¡Cómo es posible que yo te haya tenido tanto miedo! —exclamó al fin Isabel, asiéndole la mano y empapándola en lágrimas—. ¡Cómo he podido dejar de conocer lo generoso que eres!

—Dime, dime, vida mía, cómo ha estado el caso; cuéntamelo todo desde el principio.

La bondad de su marido llenó de tal confusión a la esposa que, aun después de exhalar mil suspiros y haberse aflojado

el vestido para poder respirar con más holgura, apenas pudo decirle con vocablos cortados:

—Antes de ser casada... me dijeron tanto... tanto me dijeron sobre lo que era necesario que hiciera una señora para presentarse en la calle... y hacer papel... Luego... me retardaban las cuentas... y... por mucho... mucho tiempo... me comprometían a comprar... Luego pensé que podría pagar todo... pero...

—¿No te alcanzaba con lo que yo te tengo señalado para tus alfileres?

—¡Oh, sí, sí, eso sí! Pero sin cesar necesitaba yo algo... He sido tan débil... A madama Lumieres le he vendido vestidos que todavía estaban servibles, tomándole al fiado otros, y a mi doncella le he doblado el salario para compensarle lo que se llama los percances; hasta ropa que hubiera podido dar a señoras pobres he tenido el mal corazón de venderla. ¡Oh, Esteban!, me he portado muy mal, pero también he pasado unos días horrendos. Me he sentido en un tormento de que solamente tú podías libertarme... y con todo, hasta hoy, me hubiera dejado morir antes que confesarte nada.

—¡Pobrecilla! ¿Y por qué era ese temor? ¿He sido alguna vez adusto contigo?

—¡No, no, nada de eso! ¡Pero eres tan justo, tan rígido en estas cosas!

—Bien, ahora, Isabelita, dime qué tanto importará...

Hizo ella por hablar y no pudo articular ni una palabra.

—¿Tres números o cuatro? Vamos, dime.

—Temo decírtelo... ¡ay...! cuatro... —dijo Isabel entre dientes y tapándose la cara con ambas manos—. Sí, cuatro... y no me queda ni medio.

—Isabel mía, se pagará todo lo que debes hoy mismo; pero, en premio, tú has de prometerme una cosa, y es quedar satisfecha y feliz.

—Cuánta generosidad, Esteban... Y si hubieras sido un pobre, ¿qué hubiera sucedido?

—¡Oh...! Entonces... entonces hubiera sido una cosa muy distinta y muy triste. En lugar de parar esto en un poco de indulgencia, habría sobrevenido ruina y mendicidad y pesadumbres incontables. Una excusa has tenido, y es que sabías que yo estaba en estado de pagar.

–Sí, ¡pero a qué precio! ¡A costa de tu amor y tu confianza!

–No, Isabel, pues tu confesión ha sido voluntaria, y no intento averiguar qué hubiera pasado por mí si lo hubiera sabido por boca de extraños. Después de todo, tú has caído en una tentación a que están expuestas las mujeres de los ricos mucho más que las de los pobres. Las gentes que trafican no son tan tontas que den mucho al fiado a los *marchantes* que no puedan nunca pagarles... aunque...

–Maldito el cuidado les da de las pesadumbres que acarrear entre los ricos –interrumpió Isabel amargamente.

–Mira: también es menester confesar que por ambas partes hay culpa. A las niñas de tu condición rara vez se les enseña a conocer lo que vale el dinero y que la integridad en materias de dinero debe ser para ellas un punto de honor. Ahora, óyeme lo que voy a decirte por último, y para que no volvamos a hablar nunca sobre este desagradable asunto. Supongo que tendrás la más completa confianza en tu doncella, y aquí para nosotros debe estar muy en el secreto: la induciremos a ser discreta, cerrando para siempre nuestras puertas a madama Lumieres. Lo demás corre de mi cuenta. Doblemos ya esta hoja. Vamos a mandar poner el coche y te llevaré a ver el brazalete.

–No, querido Esteban, no pensemos en el brazalete.

–Sí, sí. Aunque gracias a Dios, lo que ha pasado no ha sido una riña, ha sido sin embargo, un mal rato que hemos tenido y es preciso que haya una ofrenda de paz. Y además, quiero que entiendas que mi voluntad y mis arbitrios de regalarte están muy lejos de haberse agotado.

–¡Cómo pude yo dudar de tu bondad! –decía Isabel, sollozando y derramando lágrimas de júbilo–. Pero sólo un marido como tú puede ser tan generoso, Esteban.

–Creo que pocos maridos habrá que no aprecien la verdad y el candor como una de las primeras virtudes conyugales. ¡Ah!, si hubieras tenido confianza en mí desde un principio, ¡cuánta pena no nos habríamos ahorrado ambos!

EL PARTO DE LOS MONTES*

LOLILLA y Felipito, hijos ambos de unos honrados pero pobres *campiranos*, que así llaman en ésta, mi tierra, a los campesinos, con la mismísima autoridad que los denomina *paisanos* mi prójimo, aunque no paisano, el traductor de *Los misterios de París*; Lolilla y Felipito, de quienes por consecuencia inefable del rodeo que se me antojó en mala hora hacer me he separado algunas leguas, es decir, algunos renglones, se juntaban donde quiera que casual o intencionalmente se encontraban y, brazo sobre brazo, parloteaban y se divertían amigable e inocentemente, pues conviene saber que él no le llevaría a ella arriba de dos navidades ni ella tendría mucho más de nueve años cumplidos.

No eran hermanos los dos chicos de cuyos nombres acabo de imponer al lector, sino, por lo que tenían uno y otro, lo mismo que todos los racionales, de nuestros primeros comunes padres, aquellas únicas criaturas humanas que han tenido la suerte, disfrutando de *un todo seguido*, es decir, de una serie no interrumpida de bienes, de *condensar* o reunir en sí todas las bendiciones del cielo.

Bien que no fueran hermanos consanguíneos, *simpatizaban* admirablemente. Y no tuerza la boca la preciosa lectora al tropezar aquí con la voz *simpatizar*, pues aunque es un galicismo patente, más de cuatro iberos y más de ocho compatriotas míos, luminosas antorchas de la literatura moderna, han convenido por unanimidad en admitirla en el seno de la lengua castellana, dándole, por virtud del principio del “uso constante”, su competente y legítima carta de naturaleza, con agravio del pobre

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 177-179.

CONFRONTAR, que por ser demasiado castizo no merece ya estar en servicio, hoy que tanta necesidad tenemos todos los escritores de voces nuevecitas y retumbantes.

Satisfechos y gozosos caminaban un día mano a mano los venturosos muchachos por un llano, llano del villorrio en que vivían, cuando alcanzaron a ver a pocos pasos de ellos un burro hermoso y lozano que mataba el tiempo paciando la escasa y corta yerba que tapizaba la tierra.

—Mira, Pito —dijo la muchachuela bailándole los ojos—, mira al orejudo aquél que está allí, tan quitado de la pena como nosotros.

—¡Y sí! —contestó Felipito mirando atentamente al burro y parándose de pronto.

Luego, después de un rato de reflexión, con el dedo índice puesto en mitad de la ancha frente:

—¿Vámoslo montando, Lilla? —agregó.

Ni sí ni no dijo Lolilla, pero, siguiendo al pie de la letra el ejemplo de Felipito, echó a correr tras él y corriendo ambos a alcanzar el burro, que muy ajeno estaba de la desgracia que se le esperaba con los traviosos rapazuelos, no se movió de su sitio, ni siquiera volvió su grave rostro a ver qué era lo que turbaba su por tantos títulos sabrosa soledad.

No fue sin una regular dosis de recelo y sin haberlo pensado un rato, que Felipito se resolvió a poner en ejecución su atrevido intento. Trepóse, pues, en el paciente cuadrúpedo, mas viendo luego que Lolilla, como mujer y menor que era, no podía montarse por sí sola, brincó él de su cabalgadura al suelo, aupó a su compañera, volvió a encaramarse como la vez primera y, ya acomodados ambos y perdido el miedo, comenzó Felipito a estimular al burro, a interrumpir su *quietismo*, con el auxilio de un palo.

Mal de su grado y con harto dolor de su corazón, el burro echó a andar, y como los golpes redoblaran e hicieran en su sensibilidad un efecto que no fuera de echar a puerta ajena, tomó a correr y correr en medio de los vigorosos latigazos, las estrepitosas risotadas, los *atronantes* gritos y los retumbantes chiflidos de la traviesa pareja.

No fue mucho lo que corrió el animal, antes que por dicha suya y desgracia de los muchachos, tropezando con un montecillo diera un traspíe y pusiera a Lolilla y Felipito tendidos a lo

largo por el suelo. Grande fue el susto de ellos al sentirse desmontados tan repentina y extrañamente, pero mucho se alegraron cuando reconociéndose vieron que no era cosa la lesión que recibido habían, pues aun la más escrupulosa inspección de su cuerpo no hubiera descubierto nada más que tal cual rasguño y uno que otro *moretón*, como dicen los que no entienden de cardenales.

Y pasando rápidamente de un efecto a otro como con tanta frecuencia sucede en el mundo a niños y a viejos, habrían los muchachos dado rienda suelta a la risa que comenzaba a retorzarles a no advertir uno de ellos, al levantar del suelo una de sus manos, revueltas con la tierra del cerrito, unas cuantas hebras de pelo de cabeza al parecer humana.

—¡Caramba! —exclamó Felipito al encontrarse con aquella planta tan espantosamente exótica entre sus dedos y mirándola con tal terror que los ojos parecían querer saltarse de sus órbitas y los labios no tenían color y la cara, requemada de sol, estaba cenizosa.

Lolilla, a la exclamación de su compañero, volvió la cara a ver lo que la causaba y, al reparar las parleras cuanto espantables hebras, quedóse con la boca abierta y tapados los ojos con ambas manos sin poder articular una palabra.

De suerte y manera que los pobres chicos, a la hora que se contemplaban más dichosos, así por el placer de andar en burro que habían disfrutado como por el gusto de haber librado bien de la caída, vinieron a encontrarse muy conturbados y afligidos.

Aquí entra perfectamente bien una letanía de reflexiones morales sobre lo efímero de los gustos de la vida desde que a Eva, nuestra amable y coqueta madre, se le puso en la cabeza probar qué sabor tenía un vedado fruto; mas para moralizar se necesitan disposiciones naturales de que me confieso yo totalmente destituido: aun cuando me fuera posible poner la cara adusta o *brusca*, como se estila decir hoy, y amontonar en mi cabeza un puñado de ideas tristes, nunca podría yo vencer la repugnancia que tengo y siempre he tenido a todo asunto tétrico.

Pasada la primera impresión, recobrados del pavor que los había tenido largo trecho pasmados (¡qué no diera yo por haber

puesto *galvanizados!*), los rapazuelos, dando las espaldas al funesto sitio, se pusieron en marcha, taciturnos y cabizbajos, para su casa. Felipito, a fuer de cumplido galán o de fino amigo más bien, acompañó a Lolilla hasta la *mera* puerta de su hogar, restituyéndose él al suyo propio *en seguida*.

Cada uno por su lado, ambos muchachos contaron lo que había pasado, todo punto por punto, menos lo que al burro concernía, pues de éste no se chistó una palabra. En breve se supo en todo el lugar el extraño suceso, y tanto se ponderó y divulgó el caso, que la justicia hubo de creerse al fin precisada a *interiorizarse* en él.

Por primera providencia, llamóse a los padres de Lolilla y Felipito a declarar bajo juramento, practicándose otro tanto con cuantos vecinos hablaban del suceso, los cuales componían poco más o menos toda la población.

Ahora, ¿qué creen ustedes, amables lectoras mías, que se sacó en limpio de lo mucho charlado, de lo mucho declarado, de lo mucho escrito, de lo mucho conjeturado?

¡Asómbrense ustedes!

En el cerrillo consabido se encontró un cadáver.

¡Pero era el cadáver de un mono!

Comprobado quedó debidamente que por tal tiempo se había dado allí animal sepultura a un real y verdadero mono.

—Y, ¿a qué pararon Lolilla y Felipito? —me pregunta en este momento mi hijo, que a mis espaldas ha estado leyendo lo que va escrito.

—No lo sé, por cierto, ni tampoco me he propuesto decirlo.

Mi hijo meneaba la cabeza y tuerce la boca, en señal de que no le satisface la respuesta.

—Y, ¿qué título tiene eso?

¡Voto a...! ¡Aquí finca la dificultad! ¡Título...! Un título en la *actualidad del día de hoy*, por estos tiempos en que el título suele ser lo único que habla en un escrito literario, es cosa tan difícil como hallar para mi patria un ministro de mediana inteligencia, un congreso laborioso y entendido...

Mientras yo, reclinado contra la mesa, apoyado sobre la mesa el codo y cargada la cabeza sobre la palma de la mano, digo para mí lo que sugiere el aprieto en que el título me pone, mi hijo me está mirando a la cara sin pestañear, como espe-

rando ver en ella *diafanizado* (¡linda voz ésta!) mi *intitulatorio* pensamiento.

–Pues... –prorrumpo al fin–,

EL PARTO DE LOS MONTES

es el nombre con que yo, narrador fiel de un suceso verídico, bautizo esta historia.

–Pero, ¿cómo *lo* manda usted imprimir con el título ahí al último?

–Allá se las avenga el formador.

LA TAZA DE TÉ*

No hay efecto sin causa.

EL LIBRO DEL MUNDO

I

—GUADALUPE, no se te pase traerme temprano mañana, a cosa de las seis, una taza de té, pero que esté bien caliente.

La persona a quien iban dirigidas estas palabras era una muchacha trigueña y fresca, criada según el pelaje, de unos diecisiete a dieciocho años y no mal parecida.

La persona de quien recibía la otra la consigna era una mujer de veinte años, poco más o menos, de facciones delicadas y muy bien formada de cuerpo.

La criada, después de haberse cerciorado de que a la señora su ama no se le ofrecía ya, por la ocasión, ninguna otra cosa que mandar, se retiró paso a paso del aposento.

La ama, luego que hubo dado la vuelta Guadalupe, se sentó en un cómodo sillón, se restregó con ambas manos los ojos, bostezó sin santiguarse, prueba patente de que no estaba educada a la antigualla o que se había reformado si lo estaba, se despe-

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 205-212. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp. 235-254. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5355, 6 de agosto de 1901, p. 4; no. 5356, 7 de agosto de 1901, p. 4.

rezó y después que se hubo desnudado, ya que quedó en paños menores, se tiró sobre una suntuosa cama de bronce con vistoso cortinaje. Apenas cubrió su cuerpo la sábana, cuando el sueño embargó sus sentidos.

Durmió apaciblemente la joven hasta cerca del amanecer. Pero ya que estaba próximo el día, no sé si el calor o el fresco, si los nervios o la sangre, no sé, en fin, qué le causó un sueño que vino a parar en eso que se llama pesadilla y del cual, con el privilegio que yo, como todo historiador, tengo de saber lo que pasa aun en la mente humana, voy a dar conocimiento al lector.

Soñaba, pues, la dormida señora que allí al lado de su cabecera, sobre su elegante buró, en una taza de porcelana harto conocida por sus filetes dorados y sus finísimas pinturillas humeaba el té exquisito, transparente, con su rico color de topacio, excitando el apetito de beber con su suavísimo aroma.

Quién había entrado en su aposento y puesto allí la taza de té encomendada tan especialmente a Guadalupe, no lo sabía la dama: en todos los sueños hay una parte de los sucesos que ocurre entre bastidores, como quien dice, y seguramente todo lo que era anterior a la colocación de la taza sobre el buró había pasado mientras el telón de la imaginación de la soñante señora estaba corrido.

Como quiera, en tanto que el té estaba allí convidando a que le gustaran y que la dama con ansiosos ojos se aprestaba a embocársele, condénsase de repente el humo, toma humana y carnal figura y, con grande asombro para la dama, vese delante de los ojos, salido como de la taza, un hombre hecho y derecho.

Hasta aquí no había nada que en justicia pudiese causar miedo ni disgusto, pues un hombre no es capaz por sí solo de disgustar ni espantar a una mujer, en circunstancias comunes, a no ser que esté adornado de algún *chocante* atavío. Y con tanta menos razón podía la soñante señora tener miedo, cuanto que la visión aquélla era un sujeto bien parecido y bien puesto, de halagüeño semblante, y que en cuanto se le apareció asomó a sus labios una sonrisa de suma afabilidad, por no decir de infinito amor... En resumidas cuentas, el fantasma era en cuerpo y alma, si es que un fantasma puede tener cuerpo y alma, una persona bastante conocida, si no de todo el mundo,

sí por cierto de la persona ante quien se hacía presente en sueños. Sí, la visión era la representación corpórea de una de esas tentaciones que en hora menguada acometen a las mujeres y contra las cuales luchan a brazo partido unas, es decir, las que aprecian su propio decoro, su conveniencia y su buena fama, y a las cuales se rinden de buenas a primeras otras, es decir, las que no quieren tomarse el trabajo de sacrificar un capricho o antojo de negras consecuencias al bienestar de toda su vida. Esto va en gustos y, como sabemos todos, de gustos no hay nada escrito; en cuanto a los resultados de la lucha, éstos dependen de la voluntad, pues no queda vencido quien no se pone en ocasión de serlo.

Pues, como iba yo diciendo, el objeto aparecido a la durmiente dama no era desconocido para ella. Con halagüeño semblante, una amorosa sonrisa en los labios y una expresión de inefable contento en los ojos, él se quedó contemplando, como embebecido, a la preciosa mujer.

—¡No! —díjole con acento rendido—, no tape usted, no me robe usted de la vista su brazo, ese tesoro de perfección y maravillosa hermosura, capaz él solo de servir a Venus de título suficiente para ser proclamada la primera entre las beldades.

Parecióle a la dama ver demasiada llaneza, demasiado atrevimiento en estas razones y, sin embargo de no disgustarle que así mereciera elogios su brazo, que era, ya lo tengo dicho, de lo más hermoso que se conozca en su género, juzgó propio tapársele, no tanto por recato como porque el sujeto que le hablaba tenía trazas de querer impedir a todo trance que el objeto de su admiración e idolatría le fuese quitado de la vista.

Mas al ir la propietaria legítima del maravilloso brazo a cubrirle con su pañuelo, finísimo pañuelo de batista que, si bien dejaba transparentarse lo que debajo de él había, y exaltaba así más el deseo, no salvaba menos por eso las apariencias, que tanto importan en este mundo de mentiras y gazmoñería; al ir ella a cubrir el maravilloso brazo, enredósele en una como red la opuesta mano, y bregando por desasirse del estorbo en tanto que la mano del hombre se adelantaba rápida a descansar sobre el repetido brazo, de tal suerte manoteó, y se agitó con ansia tal, que dando un golpe en la taza de té la volcó, bañándole el hirviente líquido el brazo.

En este punto despertó la dama.

Lo del hombre era fantasía, puro sueño.

¡Mas no así lo de la taza de té y lo de la quemadura!

Guadalupe, puntualmente obediente a la orden de su ama, había entrado en su aposento minutos antes del sueño, había llamádola muy quedo y, sin cerciorarse de si había recordado, había vuelto la espalda.

La dama, despertada con sobresalto por efecto de la quemadura, vio lo que había pasado, y al contemplar su brazo escaldado y rojo, y al sentir el ardor que aquello le causaba, llamó con la campana de la cabecera de su cama, y con todas las demás que en la pieza había.

¡Era en verdad una desgracia para llorarse con ambos ojos y hasta la consumación de los siglos la catástrofe que había acontecido a la desventurada mujer! Su brazo, su primoroso brazo, el brazo más lindo, por todos cuatro costados, que jamás viera el mundo, el brazo adorable y adorado, ¡santo Dios!, escaldado y en vía de ostentar una ampolla capaz de afligir mortalmente el corazón más duro. Aquello venía a ser más sensible que las manchas de pecas, tan lamentable, más lamentable todavía que el estrago de las viruelas en un lindo rostro.

Guadalupe, la fiel y afectuosa Guadalupe, acudió al punto, y tras ella toda la servidumbre mujeril, pues, como sabe mejor que yo la amable lectora, el dormitorio o *recámara* de una señora es un santuario donde no es permitido penetrar sino a los hombres iniciados en ciertos especiales misterios.

Guadalupe se quedó de una pieza al ver la taza volcada, y sobre todo el brazo maravilloso extendido y con un manchón largo, ancho y colorado. Esto y los dolientes ayes de su señora le arrancaron un par de lágrimas del par de hermosos ojos que Dios le había dado, entre otras cosas.

—¡Señorita...!—exclamó Guadalupe después de un rato de silencio contemplativo—, ¡señorita...!, ¡válgame la preciosa sangre de Cristo!

La *señorita* no habló una palabra: las lágrimas que corrían a torrentes de sus ojos, arrancadas por el ardor de la piel y por la pesadumbre del suceso, le tenían embargada la voz.

Por fin, merced a los cariñosos consuelos de todas sus criadas, y más particularmente de la afectuosa Guadalupe, acertó a proferir algunas palabras:

—¡El médico...! Vayan corriendo a llamar al señor doctor, al señor don Guillermo, ¡ay!, que ya me muero de dolores...

En la hora, la orden, comunicada al mozo, al galopín, al lacayo, puso a tres o cuatro hombres en la calle, y antes de diez minutos ya estaba el doctor, uno de los médicos más hábiles y justamente afamados de México, en la casa, a la cabecera de la doliente.

—¿Qué tiene usted, Carlotita? —preguntó asustado.

Carlota, por toda respuesta, le puso delante de los ojos, con afligido semblante, el brazo portentoso, indicándole la quemadura con la vista.

El doctor se quedó asombrado, estupefacto, en presencia de aquella obra maestra del Creador. Es seguro que ni en el tiempo de su curso de anatomía, ni en el dilatado periodo que llevaba de ejercer la profesión que tanto asimila a los hombres con Dios, había el doctor visto, ni aun soñado como posible, una cosa tan perfecta, ora respecto del buen gusto, ora respecto de la ciencia, pues con los ojos de la ciencia contemplaba él aquel brazo.

Yo, que a trueque de ser notado de ponderador he dicho ya bastante acerca del maravilloso brazo, juzgo conveniente dejar al doctor que a su sabor le contemple y le toque y prescriba al fin lo que juzgue conveniente para la curación de la quemadura.

II

EN LA famosa Junta de notables de la no sé si República Mexicana, pues a la sazón los que sueñan testas coronadas, cetros e inquisición para la patria de los aztecas tenían convertido al país, en virtud y por consecuencias del triunfo de una vergonzosa asonada, en una sociedad sin gobierno de nombre conocido; en la famosa Junta de notables se discutía la cuestión, por demás grave, de la estructura política que se daría a la sociedad mexicana, sin que corrieran riesgo alguno en cualquiera reacción probable y posible los formidolosos constituyentes: ¡siempre es bueno nadar y salvar la ropa!

Ahora bien, uno de los dignos y graves legisladores notables, a quien solamente faltaban la peluca y el calzón corto para que más a la perfección remedasen los tiempos heroicos que con tanto deleite se representan y con tanta ansia desean nuestros monarquistas; uno de los tales notables, embazado de la discusión, en que a decir verdad no entendía palabra, fuera de lo que se dignaba explicarle el hinchado director del partido, se retiró del salón, y del palacio también, y fue a meter su respetable persona en la casa de una mujer a quien nunca había hecho nadie el ultraje de reputar por honrada, si se exceptúa a su marido.

—Mal día nos hace hoy —díjole a él ella, cuando le vio—, pues Vicente está en camino para México.

—¡Tu marido! ¡¿Es posible?! —exclamó el hijo de la monarquía abriendo tamaños ojos.

—¡Sí!, ¿qué quieres? Ya cumplió su comisión y no hay nada que pueda entretenernosle por allá. Y me dice que pronto estará de vuelta, pues al cabo de un año que lleva de estar ausente, está deshaciéndose por verme.

—¿Y cómo nos componemos? Él no es hombre que deje de armarme una de Lucifer... y a mí no me gustan esos quebraderos de cabeza...

—Solamente un arbitrio hay: déjamelos de mi cuenta.

Y diciendo esto la mujer, levantóse como impulsada por una feliz inspiración, vistióse con todas sus galas, consultó repetidas veces el espejo y, después de pasarse por la cara quién sabe qué cosa que la pintó de un pálido muy agraciado, se puso en actitud de tomar la calle.

—¿A dónde vas, Julia?

Volvióse ella a esta pregunta y habló a su galán unas cuantas palabras en voz tan baja que aun yo, con ser historiador, no puedo referirlas.

—¡Adiós, Jorge! —dijo después, tomando la escalera.

Más tarde el lector y yo sabremos a dónde va y a qué. Por ahora contentémonos con seguirla con la vista hasta entrarse en el palacio nacional, a que algunos dan el sobrenombre de la cueva encantada. Ello sí, yo sería capaz de apostar a que, entre los que le aplican este apellido, no todos se le dan con el mismo sentido, pues cada quién habla de la feria conforme en ella le va.

Por ejemplo, ¿cómo puede dar a entender lo mismo el que a título de presidente, ministro, diputado, senador o mequetrefe ha sacado su barriga de mal año y el simple particular, el hombre honrado que no encuentra allí más que vejaciones y trapacerías?

III

CARLOTITA, tras breves días de crudo padecer, había, gracias a Dios, recobrado su salud, y las tertulias de más *tono* y elegancia de la capital habían vuelto a su antiguo esplendor con su presencia.

No juraré yo que no haya una poca de ponderación en esto, pero así lo aseguraban con toda formalidad a ella misma algunos elegantes *attachés* a su persona.

Pero el brazo, el brazo hechicero, no había podido sanar sin quedar con la fea señal de la quemadura. Por lo tanto, habíale condenado su dueña a estrecha y perpetua reclusión entre un manguillo de fina pero tupida tela y una manga superior perteneciente al vestido.

Por demás me parece decir cuán inconsolable se sentía Carlota con su quemadura y cuánto extrañaban las personas de confianza que el brazo portentoso, cuyo primor se recreaba en ostentar de vez en cuando su dueña, no saliera ya a la luz, haciéndose esto más y más extraño cuanto que nadie asertivamente sabía la causa, pues ella había recomendado a las personas de su servidumbre, que estaban impuestas en el deplorable suceso, que le conservaran secreto.

Hay acontecimientos que lloramos, necios de nosotros, como una negra desdicha y que allá a la larga dan una prueba patente de la sabiduría del Árbitro Supremo. No es decir que yo sea partidario de los que creen que todo está bien como está, ni de los que sostienen, por lo contrario, que todo está mal, pero ¿no es verdad que nadie puede afirmar de pronto que un suceso fausto no traerá consecuencias aciagas, y viceversa?

Como quiera, Carlotita cada vez que contemplaba su brazo se soltaba en amargo y copioso llanto y juraba no volver a tomar té en los días de su vida, como si el inocente líquido tuviera la

culpa de que pensamientos locos hubieran ido en mala hora a tomar asiento en su imaginación, trastornándola de manera que le hizo cometer el desaguisado de volcar la taza y derramar la infusión en ella contenida.

La reclusión del brazo estupendo hizo novedad, como acabo de tener la honra de decirlo, entre las personas de confianza de Carlotita y cada cual se echó a pensar lo que habría acontecido que había causado aquel inesperado eclipse del astro más *esplendoroso* de México.

Entre los hombres que más se devanaban los sesos por saber lo que en el particular pasaba, hallábase uno, joven atronado, de lo más lucido de la elegancia y amigo de andarse a picos pardos. Éste, visita frecuente de Carlota, y que ella recibía con tanto agrado, por efecto de simpatía, que el público, siempre malicioso y murmurador, comenzaba ya a verle como el galán, y galán afortunado de ella, habíase atrevido varias ocasiones a preguntarle entre chanzas y veras, aunque en balde, qué motivaba el que ya no se viera su brazo. Mas cansado de emplear sin provecho los medios indirectos y de dulzura, picado de no salirse con su intento y azuzado por sus amigos, determinóse a descubrir la verdad a todo trance.

Carlota, joven, casada pero sin hijos, esposa pero sin recibir atenciones de su marido, ella que siempre había sido cocada y por lo mismo no podía pasar sin que le dijeran mucho de su hermosura y de las pasiones volcánicas que su beldad engendraba en cuantos la veían; Carlota, pues, no miró con malos ojos al elegante desde la vez primera que le topó. El tiempo y el trato, ayudados de la ociosidad, fueron labrando en ella: él, de simple visita de la casa que al principio fuera se remontó a pretendiente, y el día que Carlota había tenido el sueño de que habló poco hace, las cosas habían llegado al punto en que las mujeres, y particularmente las casadas, consienten allá en sus adentros en echarse tarde o temprano a rodar a un precipicio en que nunca se encuentra fondo. El hombre, fingiendo amor, un amor de ésos que se apellidan irresistibles, volcánicos, inmensos, había soltado una docena de palabras que todo el mundo sabe y que toda hembra comprende, y la mujer, sin prometer nada ni contestar categóricamente, había dado significación a sus ojos y a sus labios, a su turbación y a su silencio. ¡Carlota no se había

comprometido, puesto que se había quedado con la boca cerrada! Pero en ciertos lances, ¿no es harto consentir el callar? ¿No es el hablar un deber imperioso en varios casos? Y una señora casada, ¿no debe por ventura tener siempre expedita la lengua para toda ocasión en que se le requiera de amores, una vez que toda manifestación de esta naturaleza es un ultraje patente hecho a ella?

¡Carlota no tenía hijos! Y los hijos preservan de las malas tentaciones y amenizan el matrimonio, harto monótono y despacible de suyo.

¡Carlota se creía desairada de su marido! Y el marido debe ser un cortejo de su esposa, para borrarle de la memoria el tiempo en que era galanteada.

El caso es que el hombre consabido, como ya lo he dado a entender, de simple conocido había llegado a ser cortejo, y que la dama estaba en camino de perdición.

Determinado, pues, el galán a descubrir lo que había de real y verdadero en lo del brazo, se presentó un día con este ánimo en la casa de Carlota.

No quiero trasladar al papel las palabras y obras de que juzgó él conveniente valerse para lograr su intento. Solamente diré, en resumen, que, habiendo dado a entenderse más de lo que convenía, la dama se vio estrechada a darse por ofendida, con lo cual, advertido aquél de que estaba a pique de perder todo lo que ya tenía andado, cambió de rumbo, y en medio de las atenciones que para aplacarla y satisfacerla tuvo que poner por obra, al servirle un braserillo para que encendiera su pulido cigarro saltó una chispa y prendió la delicada manga del vestido, arriba de la sangradura. Para la debida inteligencia del lector importa decir aquí que Carlota, para lucir lo bien formado de su brazo, ya que no podía ostentarle desnudo, usaba unas mangas angostas, pegadas a la carne.

—¡Me abraso, don Luis! —gritó despavorida Carlota.

Y don Luis, sin aturdirse ni perder tiempo en llamar, tiró de la manga, y de tal suerte la desgarró, no sé si por satisfacer su curiosidad o por impedir que cundiera el fuego, que puso a descubierto el brazo, el maravilloso brazo, el brazo único sobre la tierra en perfección y primor... ¡y al mismo tiempo la señal, la fea mancha de la quemadura!

—¡Cuento! —exclamará tal vez aquí la amable lectora.

¿Cuento?! ¿No suceden todos los días cosas que nos hacen decir: ¡Parece cosa de novela!? Y por último, créase lo que se quiera, esto que yo estoy relatando no es una pura invención.

Don Luis, a la vista de aquella como llaga, como señal de herpes, sintió cuajársele la sangre: ¡en lugar de arrobamiento amoroso tuvo asco!

Carlota vio cruzar rápida por su mente la memoria del sueño fatídico con la representación del mismo hombre de entonces y ahora. Asustada y confusa al advertir que don Luis había descubierto su brazo y visto la ominosa quemadura, quedóse con los ojos clavados en el suelo, y a poco, cuando al levantarlos se encontró con la expresión de profundo asco que resaltaba en el semblante del joven, paróse azogadamente del muelle sofá y retiróse a lo más escondido de su casa, donde se mantuvo todo el resto del día, lamentando su negra estrella.

IV

JULIA se presentó ante uno de los secretarios de Estado, quien la recibió con la afabilidad propia de todo caballero.

Después de los primeros remilgos, Julia enteró a su excelencia del asunto que allí la conducía.

Viendo lo comprometido de la situación de la dama y su perplejidad, el señor ministro tomó por su cuenta sacarla del atolladero, con lo cual ella se retiró muy satisfecha.

Es una verdadera dicha el verse uno en aptitud de dispensar gracias, gracias de todas calidades.

Al día siguiente, un expreso partió de la administración general de correos, conduciendo una orden para que don Fulano de Tal fuese aprehendido y reducido a prisión hasta nueva orden por ser sospechoso de conatos revolucionarios. Mas el empleado público a quien fue encomendada la ejecución de tal orden, siendo amigo del perseguido, le dio secreto aviso de la suerte que le estaba deparada y éste apresuró su viaje a México.

Entre tanto, Julia, sabedora de lo que se había dispuesto para retardar el regreso de su marido y confiada en el efecto de la

medida adoptada, de acuerdo con don Jorge concertaba la manera de ocultar a su esposo las consecuencias de su perversa conducta.

Un día se presenta en la casa de Carlota un caballero, solicitando hablar con su marido. Éste recibe el recado, sale a la pieza de recibimiento y al ver a la persona que le busca, quédase atortolado.

—Acérquese usted, don Jorge —dícele el forastero—. Tenemos que hablar en lo reservado.

—Mande usted.

Sentados silla contra silla, los dos actores entablaron una conversación, pero en voz tan baja que yo no puedo dar cuenta de ella; pero juzgando por la fisonomía de ambos y por su gesticulación, fácil es presumir que hubo reproches muy vehementes de parte del extraño, abatimiento y culpa por parte de don Jorge. En fin, acalorándose más y más aquél, fue alzando más y más la voz, hasta el grado de llegar a los oídos de Carlota la gresca.

Sobresaltada Carlota, y temerosa de que a su marido sucediera alguna desgracia, se hizo presente y al querer o no hubo de imponerse, con mengua para su esposo, de que éste gastaba mala conducta y que las resultas de sus últimas torpezas eran la provocación a un desafío por parte del marido ultrajado.

¡Tontería! El desafío, cualquiera que sea su término, ni sirve para restituir la honra empañada ni para proporcionar una venganza: sobre quedar hecha, consumada, la ofensa sin remedio, el ofendido corre riesgo de quedar en el sitio.

—¡Ah!, ¡pero manifestó que era hombre de honor! —exclamarán los partidarios del desafío.

¡Famosa salida! El desafío no tiene virtud de dar ni de quitar la honra, y ya se van persuadiendo de la ineficacia de esta bárbara y antisocial usanza todos los hombres de seso.

Como quiera, el desdichado notable se alegró no poco de que su mujer se impusiera de lo que pasaba, para que la mediación femenil apartara de su cabeza el golpe que le amenazaba.

No trataré yo de trasladar al papel todo lo que ocurrió: sólo sí diré que hubo en el lance más dosis de ridículo que de otra cosa para el hijo de la monarquía.

El ultrajado marido, a súplicas de Carlota, que no dejó de ostentar su brazo bueno, dignísimo compañero del otro, desistió de su

sanguinario empeño, después de haber abrumado de improperios al notable personaje, quien, a no haber su adversario quitado el dedo del renglón, hubiera ido a denunciarle a los jueces.

V

DON Jorge, escarmentado con la ocurrencia a que había dado lugar su mala conducta, pidió consejo a un amigo suyo, quien le hizo advertir que no hay felicidad permanente y sólida para un hombre casado fuera del regazo de su esposa.

Carlota, recordando siempre el crítico lance que había tenido con don Luis, quien había divulgado por todas partes lo que tenía ella en el brazo; Carlota, que al recordar el crítico lance conocía el precipicio en cuyo borde había puesto locamente la planta, se guardó muy bien de ponerse en coyunturas comprometidas.

Julia quedó para siempre abandonada de su marido y hecha la hablilla de las gentes.

En cuanto al esposo ultrajado, se ausentó de la república.

EL PAROXISMO*

*Pues ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!*

ARGENSOLA

I

YA LO ves, lectora mía: profundo e indecible quebranto debe reinar en esa casa de donde acaba de salir el viático. ¿Qué importa, no es verdad, que el edificio, así por el elegante cortinaje de sus balcones como por su primorosa arquitectura y su ancho zaguán y sus preciosos coches, acuse abundancia en riquezas y comodidad; qué importa eso, digo, para el dolor de los que le habitan? ¿Quién sabe si es un hijo, única y carísima esperanza de una madre que en él idolatra, o una hija dotada de sobresalientes virtudes, o un padre, o...? Quién sabe quién es la criatura que está en el trance postrero.

Lectora mía, déjale que muera, puesto que no está en tu mano prolongarle la vida y que tal vez el moribundo ve sin pena llegarse la muerte a su cabecera. Rézale lo que tu piedad te dicte y pasemos a otra cosa: quiero referirte cosas que te diviertan.

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 239-242. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp. 255-264. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5356, 7 de agosto de 1901, p. 4; no. 5357, 8 de agosto de 1901, p. 4.

II

¡EL CIELO estaba triste: espesos nubarrones le cubrían, negros como la tentación del parricidio!

Bien a pesar de la lóbreguez del cielo, en una casa no sé de qué calle de México hay en este mismo día una fiesta brillante: una boda.

Muchas personas han concurrido a celebrar el enlace, y así en los adornos del salón como en el traje de los circunstantes se echa de ver que los novios son, bajo todos los aspectos, de lo más lúcido de la sociedad: ahora, por lo alegre de los semblantes de cuantos aquí se hallan, no puede menos de entenderse que Himeneo ha entrado en la casa bajo los más dichosos auspicios.

¿Qué importa que el cielo esté cubierto? ¿Acaso la atmósfera tiene nada que ver con las alegrías o los dolores del mundo? ¿No sucede más bien que uno sienta el día ligero o pesado, según está ensanchado o comprimido el corazón? El día que está triste y nebuloso el firmamento, hay una catástrofe, y el que de ella reporta las consecuencias exclama: ¡qué día tan horroroso hace hoy! Pero también ocurre un suceso próspero tal vez a la misma hora, en el propio instante, y aquél a quien redundaba provecho exclama, sí, pero con muy otro acento: ¡qué día tan apacible hace hoy!

Sin duda, bien a pesar del cielo, la novia, linda muchacha rubia como nos pintan a los querubines, está rebosando en júbilo. ¿Y el novio? ¡Oh!, no hay palabras con qué explicar su gozo de una manera que sea bien comprendido. Él es muy bien apersonado, lo mismo que ella; él está muy bien plantado, lo mismo que ella, y no hay en toda la sala, llena como está de buenas caras y de lujosos atavíos, quien sea capaz de competir con los novios ora en gracias personales, ora en compostura.

¡Gozad, felices hijos de Adán y Eva!

Paladeaos con la dicha que disfrutáis, pues la vida es el banquete del cuitado Damocles...

III

UN PRONUNCIAMIENTO está en vísperas de estallar. Los conjurados se agitan, la población se mueve de aquí para allá.

Entre tanto, una partida de soldados se introduce en una casa de la calle del Coliseo Viejo, sorprende al que ayer celebró sus bodas, y a pesar de la resistencia, ¡débil, ay!, de su atribulada y amante esposa, se le llevan consigo, arrebatándole de sus brazos.

¡Cuán profundo, cuán agudo es el dolor de la pobre mujer, de la infeliz consorte! Quiere gritar, esfuérsase por pedir auxilio de los fuertes, compasión siquiera de los débiles, pero no puede ni aun proferir sus lamentos: tiene añudada la garganta. Sin embargo, corre desolada, tropezando y cayendo en pos de los que alevos le llevan la mitad de su alma, y después de atravesar con ellos dilatadas serranías, velos entrarse en un lóbrego castillo que no conoce y de que nunca ha oído hablar.

¿Qué van a hacer allí con su marido, con el compañero que Dios le ha dado para atravesar este valle de lágrimas? ¿Cómo es posible que, a la voluntad criminal de un hombre, se arrebate a un marido de su mujer y sean así separados los que Dios y el mundo han declarado indisolublemente unidos para toda la vida?

La desconsolada esposa se retira a pedir al Supremo Dispensador de todo consuelo el consuelo que tanto ha menester en su tribulación profunda. Éntrase en una iglesia.

Tras un momento de fervorosa oración, levántase y, recordando que su desdichado esposo carece quizá de alimento, proveése de unos sustanciosos panecillos que al paso encuentra y vuélvese al punto donde ha sido encerrado su marido.

—No se oye aliento humano —dícese para sí la joven, pegando su oído a las verjas del sótano—. ¡Dios mío! ¿Qué será de él?

Percébese en esto un lánguido quejido que ella conoce y que le traspasa el alma.

—¡Dueño mío de mi vida! —exclama con ahogada voz y ternísimo acento— ¡Aquí estoy yo, aquí está tu esposa querida! Aquí te traigo, alma de mi alma, alimento para que no desfallezcas de necesidad y que así te preste Dios espíritu para...

—¡Ah...! ¡Estoy muriéndome! Mas no desespero...

—Aquí tengo con qué te sustentas, ¡vida mía...! Pero, ¿cómo te lo pasaré...? ¡Ah!, aquí, con esta rama de sauce...

Arranca la joven una rama de sauce, clava el pan en un extremo y descuélgale por entre los barrotes de hierro.

Mas de pronto hieren sus oídos voces desaforadas que claman “¡Muerte...!” Oye gruñir por encima de su cabeza una horrenda tempestad, deshecho huracán cimbra los árboles y, como el día terrible del Juicio, siéntese un terremoto terrífico.

IV

—¡Ay! —EXCLAMA Eulalia volviendo del paroxismo.

Y abriendo trabajosamente los ojos percibe en derredor suyo semblantes llorosos y afligidos, y siente sus brazos cruzados y atadas las manos...

Eran las doce de la noche.

V

EN EL mes de junio del año 1850, el cólera-morbo asiático esparcía la consternación y la muerte en México

Eulalia Ferriz, doncella preciosa, de una familia rica de que era la idolatría por sus prendas físicas y morales, apalabrada en casamiento con un joven que la merecía, la víspera de darse las manos fue acometida de la epidemia.

Desde un principio, lo azulado de la lengua, lo vivo de la sed, lo apagado de la voz, lo frío del aliento, todos los síntomas, en fin, que caracterizaban al período álgido de la enfermedad y que determinan un ataque fulminante del cólera habían quitado toda esperanza al médico de la casa, el cual era uno de esos hombres sumamente pobres de espíritu cuando se trataba de combatir la epidemia asiática y luchar a brazo partido con

ella. En consecuencia, mandóla disponer para recibir la muerte como cristiana, y cada vez más asustado con los síntomas, que veía tornarse más y más graves, declaró a los deudos de la enferma que no había en lo humano esperanza de salvarla.

En este punto, es decir, cuando acababa de recibir el viático Eulalia, hemos comenzado este relato.

Entre tanto, un paroxismo acometió a Eulalia. Llamóse inmediatamente al facultativo, y éste, en vista de aquel símil tan perfecto de la muerte, la declaró bien y debidamente difunta. Y la desconsolada familia, en virtud de la declaración del discípulo de Hipócrates, procedió a vestir y tender a la muerta para mandarla conducir al cementerio.

Pero Dios, que sabe un poco más que los médicos más hábiles y que en el cólera-morbo asiático particularmente se complace en dar a conocer de una manera patente cuán vana e ignorante es la humana ciencia; Dios dispuso que aquella muerte de Eulalia no fuera sino una suspensión larga y engañosa, pero aparente, de la vida.

VI

ERAN, pues, las doce de la noche cuando Eulalia volvió de su paroxismo.

Al punto que las personas de la familia percibieron el quejido de la joven, mandaron buscar a un médico.

Hacía un tiempo malísimo: llovía a torrentes.

El médico que había desahuciado a Eulalia se guardó muy bien de levantarse de su cama, donde, muy bien arropado y temiendo a cada rato ser acometido de la sensible epidemia, no podía conciliar el sueño. Otros varios facultativos se solicitaron en vano, de suerte que, a no haber sido por la feliz inspiración de una persona muy allegada a la familia, Eulalia hubiera carecido hasta el día siguiente de todo auxilio médico.

La persona, pues, de que hablamos ocurrió inmediatamente al Hospital de Jesús y de allí regresó a la casa de Eulalia, acompañada de don Luis Prieto, cursante en medicina habilitado para ejercer entonces.

Don Luis, el modesto pero excelente médico, luego que hubo llegado a la cabecera de la enferma, al advertir en ella un pulso ya perceptible, al ver ir desapareciendo la *cianosis*,¹⁶ ir tomando color el rostro e irse inyectando los ojos, conoció que el período *álgido*¹⁷ cedía su lugar al de la reacción, y mandó al punto aplicar enérgicos estimulantes. Y la Providencia favoreció de tal modo los esfuerzos inteligentes del modesto cursante, que a la vuelta de ocho días la difunta Eulalia Ferriz se encontraba completamente restablecida, a despecho de la declaración del médico de marras y del fulminante ataque por que había pasado.

Y don Luis, satisfecho de haber arrancado otro semejante suyo de las garras de la mortífera epidemia, modesto y activo siempre, volvió a prestar su eficaz auxilio a los pobres, a los necesitados, para quienes estaban siempre cerradas las puertas de los médicos pusilánimes o de los médicos que vendían su ciencia a peso de oro.

VII

EULALIA, con su familia, buscó en el Pedregal refugio de la epidemia asoladora.

En agosto, cuando la ausencia del cólera-morbo de México hubo tranquilizado los ánimos, la joven se desposó con su amante y vive feliz con él.

¹⁶ *Cianosis*: color azul. (N. del A.)

¹⁷ *Álgido*: frío o de enfriamiento. (N. del A.)

LA ADIVINACIÓN*

I

–VAMOS, bella gitana, decidme la buenaventura.

–Vida mía, mirad que hay en los horóscopos cosas que suelen espantarnos hasta a nosotras.

–¡Ay, Dios! Pues qué, ¿os parece que habrá algo malo en mi porvenir?

–Tal vez...

–Bueno, bueno... decidme, decidme siempre la buenaventura.

Y así diciendo, la joven que tanto afán manifestaba por saber lo que el porvenir encubre bajo con su gruesa y negra capa, y que solamente a Dios es dado ver, extendió, entre temerosa y resuelta, poniéndosele ora encarnado, ora amarillo el rostro, su primorosa mano, muy más propia para excitar pensamientos de amor que no ideas quiromantescas.

¡Oh, felices tiempos! ¡Felices tiempos aquéllos en que la superstición y el absolutismo dominando a la par en el mundo disponían a su sabor de la suerte del género humano! ¡Felices tiempos aquéllos en que se creía en brujas y encantamientos, en aparecidos y en milagros! ¡Felices tiempos, feliz edad en que a nombre del cristianismo se quemaba a las criaturas de Dios y a nombre del monarca, el ungido del Señor, se cometía todo género de violencias y atrocidades! ¡Ay! ¡La filosofía y la

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 301-304. Victoriano Agüeros (comp.), *Novelas cortas de varios autores*, t. II, Imp. de V. Agüeros editor, México, 1901, pp. 265-275. *El Tiempo. Diario Católico*, año XIX, no. 5357, 8 de agosto de 1901, p. 4; no. 5358, 9 de agosto de 1901.

civilización lo han echado todo a rodar: tronos, supersticiones, barbarie, absolutismo, nada ha dejado en pie su atrevida, su temeraria mano!

La joven, pues, que se desvivía por saber su horóscopo, extendió su manecita y aguardó con miedo e impaciencia que la gitana pronunciara sus agüeros.

La gitana, con arreglo a las fórmulas de la quiromancia,¹⁸ tomó entre una de las suyas la mano de la que invocaba su ciencia y, con aspecto grave y mirando de vez en cuando a la cara de la doncella, púsose en aptitud de ejercer su terrible ministerio.

No infundía terror la gitana, pues era joven y bonita, y no tenía espejuelos, y los espejuelos contribuyen poderosamente a dar a la fisonomía una expresión de extraña gravedad que no pocas ocasiones asusta y desagrada.

Examinó sucesivamente la línea de la vida de la joven, la de la salud, la de la fortuna, el monte de Júpiter, el de Saturno, el del sol, etc.

—Ahora bien, señorita —dijo después de un largo rato de meditación y examen, contando los vocablos que profería y abriendo en toda su extensión sus hermosos ojos y clavándolos en la joven—, ahora bien, señorita, vos tenéis de ser muy cortejada de apuestos galanes, tenéis de amar con mucha ternura, tenéis de pasar por más de cuatro desengaños y... pero, ¿veis este color subido del monte de la luna? Pues bien, niña de mi vida, ahí está la señal de que vais a tener muchos pesares... tal vez no casaros con quien queráis más, tal vez...

La joven, al comenzar a oír esta serie de adverbios de duda, que en su mente se representaban como un acompañamiento de fantasmas vestidos de luto que van pasando por delante de nuestros ojos uno por uno, y el último de los cuales trae tal vez a cuestras un cadáver, la joven, pues, retiró presurosamente su mano, como si se la hubiera abrasado, interrumpiendo así a la gitana.

Y por cierto que, sea dicho entre nosotros, nada tenía de pasmoso la predicción de la quiromántica. Que la doncella debería ser muy cortejada, bastaba ver cuán hermosa era para pronosticarlo, y en cuanto a que lo sería por apuestos galanes, harto

¹⁸ Arte de adivinar por las rayas de la mano. (N. del A.)

lo daban a esperar su calidad y sus atavíos; que había de amar con mucha ternura, bien lo advertían lo dulce de su voz, lo apacible de su semblante; en cuanto a desengaños, ¿quién no pasa algunos en esta vida? Y por lo que hace a los pesares, ¿no son ellos por ventura la herencia que nos legó nuestro primer padre a todos los que vestimos carne humana?

No fue, según esto, la mano, ni fueron tampoco sus rayas, coyunturas y eminencias las que sirvieron de motivo para los agüeros de la quiromántica, la cual no pronosticó penetrando en el sanctasanctórum del corazón de la joven; fue, sí, y así sucede siempre, examinando su fisonomía y tomando en cuenta su edad y sus hechizos. Algo pudo haber dicho que tuviera verdaderos visos de profecía y quizá iba a dejar escapar de sus labios ese algo, al tiempo que la doncella retiró su mano.

La gitana se quedó mirando a la joven con cara entre compasiva y adusta.

—Id, pues, con Dios —díjole después de un rato— y consuéleos el pensamiento de que hay en el cielo quien pueda torcer los decretos del destino.

Dichas estas palabras, arrancadas quizá por el profundo abatimiento que se advertía en el semblante de la doncella, la quiromántica se ausentó y la joven, viéndose sola, considerando en lo temerario del paso que había dado, tomó el camino de su casa.

II

A LOS cinco años ama uno a sus juguetes, a los diez a sus amigas, a los quince a su amante: en el intermedio de un año a quince, lo mismo que de sesenta para adelante, tocándose los extremos, no ama uno a nadie.

Loiska amaba; pero no a sus juguetes ni a sus amigas: a lo menos, si es que amigas tenía y si es que profesaba afecto a sus amigas, no era por amistosa curiosidad por lo que se había arriesgado a ir a interrogar el porvenir.

Digámoslo de una vez, pues ya lo adivina la amable lectora: Loiska tenía un amante, apuesto doncel, *e pluribus unum*, ele-

gido entre muchos. Y este amante, este apuesto doncel, este elegido entre muchos, la amaba hasta la idolatría, si es que no mentían las apariencias.

No sabían los padres de Loiska que estaba enamorada la doncella: menos aún quién era el objeto de su amor. Entre tanto, Loiska vivía contenta, sin esperanzas ni deseos; pero una noche ocurrióle al demonio que nos sopla los sueños infaustos representarle su enlace de ella con Ludovico como una cosa irrisoria, como una cosa imposible.

Grande fue la impresión que el tal sueño hizo en la imaginación de la doncella, y a fuerza de cavar en él vino a determinarse a consultar a una agorera, casta de gente que abunda en todos tiempos y en todas partes y que no se extinguirá mientras la razón esté ofuscada por la credulidad, mina inagotable de los charlatanes de todo género.

Loiska, después de haber pretendido recurrir a la adivinación para saber si era posible que fuese cierto lo que soñado había, después de no haber tenido valor para escuchar hasta el fin el pronóstico de la gitana por temor de que la quiromancia confirmase el sueño, regresó triste y pensativa a su casa, donde, a poco de reflexionar, hubiera dado la mitad de los días de su vida por no haberse apartado de la agorera sin lograr el objeto que se había propuesto. Había remedio todavía, pues de la propia suerte que había conseguido verse una vez con la quiromántica podía volver a consultarla, a la misma o a otra cualquiera; pero hay casos en la vida en que, por insoportable que la duda sea, tal terror causa uno de los extremos del dilema que nos presenta la imaginación, que no tenemos valor para sustraernos del tormento de la incertidumbre.

III

TERRIBLE cosa es el odio.

Un odio bien amasado, bien nutrido, bien fermentado con la memoria constante del agravio recibido, se comunica de padres a hijos, se vuelve una enfermedad hereditaria e incurable como

la tisis. Verdad es que hoy día casi no se ven de estos odios más que en el teatro, en esos dramas de puñal y veneno que llenan de grato terror el alma de los espectadores; pero no por eso deja de haberlos en el mundo, que también es un teatro. Ahora, si el hijo o la hija, el nieto o la nieta, por acaso se libró del contagio, no tuvo parte en la funesta herencia, ¡desdichada de ella...!

Completa discordia reinó siempre entre la familia del conde Astolfo y del barón Rodolfo: opuestos en opiniones políticas, rivales en intereses sociales, contrarios en creencias religiosas, no parecía sino que el demonio de la discordia tenía sentado el real entre ambos. De este desacuerdo, de esta oposición absoluta y constante, resultaron agravios recíprocos, y los agravios engendraron odios, y los odios, cada día más y más encrudecidos, acarrearón rencores mortales.

El barón Rodolfo invadió una vez los dominios de su enemigo, con pretextos al parecer justos, cometió violencias en las personas de los siervos y de las siervas e hizo, en fin, cuantos daños pudo: en desquite, el conde Astolfo deshonoró a una hija de su contrario. No es fácil presumir hasta qué punto hubieran llegado las cosas entre el barón y el conde si la autoridad del emperador no se hubiera interpuesto.

Un día, en el castillo de Rodolfo se presentó él, llamado por un caballero de poca edad, quien, introducido que fue a la presencia del barón, el cual se hallaba próximo a rendir el alma, ordenó, por consejo del sacerdote pío que le agonizaba, que fuese puesto en poder del doncel un pergamino cerrado, a condición y bajo estrecho juramento de que no había de abrirle sino hasta el día en que cumplierse los veinticinco años de edad.

En tanto, el doncel, en medio de la vida aventurera que llevaba, fue a parar a paje de Astolfo. Acompañaba a la hija de su señor a las cacerías y, una vez que, asustado, el corcel de ella estuvo a punto de desbocarse, el joven, con temerario arrojo, contuvo al animal y salvó la vida a su señora.

Esto y el continuo trato produjeron el amor entre ambos, amor muy casto y puro, amor muy reservado y cauto, que al cabo, a despecho de la desigualdad de linajes, no era poco probable que triunfase de la repugnancia del conde, pues éste cada día cobraba más cariño al paje.

IV

–VIDA mía, no te creas de agüeros. ¿Acaso es cierto siempre lo que se sueña?

–Sí, pero, ¿y lo que dijo la gitana?

–Loiska, señora mía, no hagas caso de gitanas. Y luego, prenda mía, ¿qué fue lo que te dijo aquella mujer, para que así esté tu pensamiento cavando en ello?

–Ludovico, tú eres muy confiado, tú eres muy incrédulo. ¿No has oído algunas veces estando a solas... no oyes ahora mismo que conmigo estás esa ave que entona un ronco y triste canto, y no ves esa otra ave que pasa y vuelve a pasar, volando como una exhalación por encima de nuestras cabezas? ¡Ay, bien mío!, ¿piensas que eso no significa nada, crees que esas cosas no son agoreras de mil males?

Ludovico escuchaba con tristeza a su amada.

–Ayer –prosiguió ella–, mi padre y señor, estando yo con él a la mesa, habló largamente de su odio a la familia del barón Rodolfo, odio que yo también tengo, y sin embargo en medio de su conversación, se interrumpió de pronto y quedóseme mirando con adusto semblante... ¿Qué puede ser eso, Ludovico? Dime, ¿qué puede ser eso?

–Nada, nada, cielo mío. Desecha todos tus temores. Es verdad que yo, pobre de mí, no soy tu igual; pero mañana, mañana, ¿lo oyes, Loiska?, mañana es el día crítico...

–¿De qué? –preguntó la doncella con terror.

–¡Oh!, mañana cumplo veinticinco años.

–¡Ah, sí!, y mañana verás a mi padre, te presentarás a él con ese pergamino que no puede menos de revelar cosas muy faustas... ¡Oh, sí! ¡Seremos felices!

Rebosando júbilo y esperanza sus corazones, separáronse los jóvenes, no sin hacerse nuevas protestas de amor, fidelidad y constancia eterna.

Éste ha sido el uso, y de muy antiguo, entre los enamorados. No hay, sin embargo, nada eterno en la tierra. Todo es perecedero en el hombre y el juramento dura a veces tanto como la existencia de la rosa.

¿POR qué está Loiska en su aposento bebiéndose con amargo dolor sus lágrimas?

¿Qué se ha hecho el rendido amante, el apuesto doncel que ayer albergaba tantas y tan halagüeñas esperanzas en su pecho?

¡Ah!, ¡decía bien el sueño! ¡Ah!, razón tenía la gitana.

Ludovico era hijo del barón Rodolfo.

Y el conde Astolfo, que había jurado y hecho jurar a su hija que nunca se uniría la familia del barón con la suya, nunca jamás se prestaría a que tuviera efecto el enlace de Loiska con el doncel que ella amaba.

Astolfo, confiado en el amor que le profesaba el conde, le había puesto de manifiesto su origen. Este paso había sido lo suficiente para que Astolfo le despidiera de su servicio, cerrándole para siempre las puertas del castillo...

EL ALMA Y EL CUERPO*

¿POR qué no se ha de creer en la simpatía moral de la misma suerte que se cree en las brujas, en los aparecidos, en los sueños y en tantas otras paparruchas? Y si por acaso nos viniera el mal pensamiento de poner en duda la simpatía moral, esa cosa que nadie puede explicar, esa atracción entre dos seres de carne y hueso que se ejerce como entre el acero y el imán, nos bastaría leer con paciencia lo que sobre el asunto ha escrito y dado a luz el sabio de los *adelantos* de la sociedad para que viniésemos a quedar convencidos de la certeza de la sobredicha simpatía.

Con razón, pues, vemos todos los días hombres que cuentan a las respectivas soberanas de su pensamiento que desde la hora y punto en que las vieron sintieron prender en sus pechos un fuego *devorador*, es decir, la simpatía en cuerpo y alma; porque es de advertir que la simpatía se explica de mil maneras distintas, a cuál más *bizarra*.

Galicismo patente es emplear la palabra *bizarra* en sentido de EXTRAVAGANTE: sin disputa convengo con mi amigo en que he soltado ahí yo, como soltamos todos, un *barbarismo que pasa a disparate*, y que con más razón que la *tarjea* y otras muchas voces que nadie, ni las cocineras, usa ya en México, merecería ocupar un lugar distinguido en cierto diccionario; pero es el caso que ya está escrito y no quiero pararme a borrar.

Antonia, una linda vecina mía, tiene una amiga que ve por los ojos de ella, es decir, de Antonia; piensa con la cabeza de ella, casi hasta camina con sus pies de ella y come con su boca de ella; en suma, es la imagen más viva de la simpatía.

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 305-307.

Muy maravilloso es esto, esto de que una inteligencia esté así tan en armonía con otra; pero hay en ello sus males, como en todas las cosas de este pícaro mundo.

Ahora bien, un día en una tertulia de éstas que con profundo sentimiento de los que la dan de hablar su lengua con toda propiedad llama *suaré* la gente *de alto tono*, y que sería conveniente llamar *nochada*, para obviar el galicismo; en una tertulia *suaré*, digo, antojósele a Antonia que Carlitos bailaba con mucha perfección y gracia, pues conviene saber que la *suaré* era una *suaré danzante*. ¡*Danzante!*, ¡tertulia *danzante!* Sí, *danzante* y muy *danzante*, que aunque la voz no sea ni francesa ni castellana, no por eso dejará de comprender muy bien lo que digo toda persona, sea francesa, española o mexicana, que esté medianamente impuesta en los términos del *buen tono* y la moda.

Bastó y sobró con que Antonia diera a entender que Carlitos le *simpatizaba*, como bailaror a lo menos, para que también confrontara el *coreógrafo* joven con la simpática amiga.

—De veras tienes razón, Antonia, que baila a las mil maravillas.

—No así Perico, no, que da pisotones a cada rato. ¿No te acuerdas, Anita, cómo me desplegó el vestido?

—¡Ah, sí! ¡Y a mí también! ¡Dios nos asista!

Esta platicuita pasaba entre las dos amigas en uno de aquellos momentos de descanso en que cada individuo de una concurrencia se echa en los brazos de su propio fastidio mientras llega la hora de hacer otra cosa. Luego no se volvió ya a decir una palabra sobre el hombre que bailaba bien.

Pero la desgracia es que si el nombre no *rodó* ya entre los labios de las amigas, la imagen sí fue a grabarse en el alma de Anita, muchacha bella y candorosa, como todas, o casi todas, las Anitas. Y esta Anita de que vamos aquí hablando, no imaginándose que pudiera pasar por Antonia lo mismo que por ella pasaba, y sin considerar que aquella inclinación que sentía nacer en su pecho podía no ser sino efecto de la impresión que hubiera recibido el de su amiga, es decir, un reflejo de la llama que ardiera en el alma de Antonia, se dejó ir en brazos del amor.

No hay como una amiga para conocer cuándo está enamorada su amiga. Las madres deberían ser las primeras en conocer esta curiosa revolución en la vida de sus hijas, revolución

que cambia de la noche a la mañana sus hábitos, sus gustos, su carácter, todo, en fin, y que, como el matrimonio, hace una novedad notable en la mujer.

—¡Tú estás enamorada! —dijo un día Antonia a Anita.

Anita no podía cerrar su pecho a la inteligencia que le servía de guía y hacía de soberana absoluta de su corazón; pues, como dicho está, el dominio moral de Antonia era absoluto, despótico, sin cámaras colegisladoras que le exigieran la responsabilidad de sus actos, sin censura pública que se los reprendiera, sin opinión ajena que se los glosase.

No sé por qué Anita, al oír la frase entre afirmativa y dudosa, entre positiva y admirativa de Antonia, hubiera querido no responder nada, ya que no dar una contestación evasiva.

—Es verdad —respondió abochornada, como si se tratara de una cosa mala.

—Ya me lo tenía yo tragado —repuso Antonia con voz poco entera, encendido también el rostro y agachando la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—No, no; por nada.

Y Antonia mudó de conversación.

Apenas hay voz más expresiva que el adverbio ése “nada” en boca de una mujer. “Nada” vale “mucho”, vale “muchísimo”; vale “estoy disgustada de usted, pero no quiero darle la satisfacción de decírselo, pero no trato de provocar explicaciones”. ¿Quién pudiera decir todo lo que encierra el “nada” de una mujer?

El caso es que Antonia... ella también estaba enamorada, y enamorada de Carlitos. Es cosa bastante común, no lo niego, que se encuentren contrapuestos dos afectos semejantes; mucho siento que en punto de amoríos no haya quedado nada que inventar después de tantos años que lleva el mundo de creado: el amor le han *explotado* de mil maneras diversas mil inteligencias distintas, contando de él así lo verosímil como lo posible y hasta lo increíble.

Pero, volviendo a mi cuento, en medio de las dos pobres criaturas heridas de un mismo dardo, Carlitos permaneció frío, indiferente a la simpatía de las dos jóvenes. Verdad es que más valía que así hubiera sucedido, en bien de las dos criaturas; pero, entre tanto, Antonia por su lado y Anita por el suyo, cada una se imaginaba ser la preferida.

Antonia fue la primera que, siguiendo la influencia que en ella ejercía todo lo que nacía de su amiga, se impuso el deber de quitarse su imagen de su corazón.

—Sí, Anita —decíale su amiga—, es preciso que no pienses en Carlitos. ¡Si supieras lo que él es! Pues mira, ya sabes que es muy presuntuoso... ¡Y creerás que anda contando que —nos, iba Antonia a decir—... que te estás muriendo por él! Es menester que le demos su *escarmentada*... tú y yo... entre las dos.

¿Qué medio de negarse? Anita luchaba para olvidar al sujeto, y aun cuando le hubiera amado con toda su alma, era demasiado antiguo y estaba demasiado arraigado en su corazón el dominio de su amiga para poder resistirle.

Carlitos, en efecto, vino a ser víctima de su engreimiento.

Y para que más espléndido fuera el triunfo de Antonia y Anita, así como ruidosa la derrota del contrario, eligieron las dos amigas una *suaré* por escena de su victoria.

Manifestáronse desde luego muy amables con Carlos. Mas a poco los cuchicheos y las sonrisas comenzaron a dar al infeliz recelos de la suerte que le estaba reservada.

Por último, cuando el deseo de averiguar la verdad le hubo llevado a trabar conversación con ellas, fue tal el diluvio de retruécanos, de palabras maliciosas, de risotadas y de claridades entre claras y oscuras, que corrido él, y recordando la culpa que había cometido, se retiró de la *suaré* en donde en muy breve se divertieron más de cuatro niñas con la aventura.

Las dos amigas, el alma y el cuerpo, como yo las llamo, me han contado a fuerza de instancias mías, eso sí, esta anécdota, en medio de mil malignas risotadas y acompañada de mil chistes por vía de floreo oratorio, y yo no he podido vencer la tentación de referirla a mis amables lectoras.

UN TIPO*

—EL SEÑOR don Severo Gramaticón, conde del Cenojil, es un hombre muy original. ¿Le conoces tú, Camila?

—Sí, Adelaida, pero solamente de nombre.

—ESO NO LE HACE.¹⁹ Antes por el contrario, servirá para que te coja más de nuevo su vista, pues hoy hemos de tenerle acá de visita. Ya verás qué célebre es... y ahora que REFLEJO...

—¿Qué?

—Era bueno que RECABÁRAMOS de él una cosa... Que nos acompañara al baile.

—Pues, ¿no va a llevarnos tu papá?

—Pero, ¿no sabes que el resfrío le tiene incapacitado para trasnochar?

Las que así hablaban eran dos bonitas jóvenes, vecinas de la calle de San Francisco, de la hermosa ciudad de México.

La una tenía un *túnico* de raso color de rosa, con otro de tul del mismo color por encima, y cubierto éste de guarniciones anchas de tul del propio color; mangas cortas y con guarnicioncitas, semejantes a las de la basquiña; por delante, una tira o pieza de tul en forma de V, sirviendo como a manera de vuelta y rematando en pico: en la cabeza tenía una corona de azahares, el cabello estaba peinado con *quebrados* y colgábanle cuatro listones de tafetán rosa; guantes blancos y zapatos del color del vestido. Ésta era la mayor y se llamaba Camila.

La otra, Adelaida, tenía una corona semejante a la de su amiga, pero la hoja de siempreviva, adornada con nudos y puntos de listón blanco; dos basquiñas de muselina, suspendida

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 397-399.

¹⁹ Esta voz y las demás que van con el mismo carácter de letra están comprendidas entre las que según *El Zurriago* no son castizas. Quien gustare consultar a la Academia verá que en este particular el dicho de *El Zurriago* no es más que (perdónesenos el término)... caspa. (N. del A.)

la de encima con unos moños de listón verde, figurando hojas; talle rematado en pico y escotado; mangas pagodas, hasta el codo y con moños de listón verde; guantes y zapatos blancos.

Las dos jóvenes, después de la corta plática que dejamos referida, se tomaron de las manos y, puestas en actitud de bailar, comenzaron a valsar alegremente.

Pocas vueltas habrían dado cuando pasaron recado a una de ellas de que el señor conde pedía permiso para pasar adelante.

Dejamos a la lectora que allá en su fantasía se pinte la figura del conde, pues nosotros no juzgamos conveniente hacerlo, así porque nos importa economizar tiempo y papel como porque no estaría bien que si por estas calles de México topase mañana u otro día la lectora un figurón parecido al sujeto de que aquí hablamos, fuera a imaginarse que nosotros habíamos tratado de ridiculizarle en este lugar.

¡Bien sabe Dios que estamos muy distantes de semejante cosa, y protestamos “solemnemente” no proceder con malicia!

Volviendo a nuestro cuento, si es que merece el nombre de cuento lo que refiriendo vamos, el señor visita, luego que hubo tenido permiso de entrar, se presenta a las amigas Camila y Adelaida y, tras muchas ceremonias, pues el caballero era ceremoniático, tomó asiento al lado de aquéllas.

Habló. Y soltóse a hablar con tanta afectación, o mejor dicho, con tal pedantería, que a Camila y Adelaida les retozaba la risa; y a no ser porque la buena educación las contenía, hubieran sin remedio prorrumpido ambas en estrepitosas carcajadas.

Hicieron, pues, por serenarse, y ya que lo hubieron logrado propusieron a don Severo, no sin disfrazar mucho su pretensión, que las acompañase a la mascarada que debía *tener lugar* en la casa de una parienta y amiga de Camila.

A la expresión de *tener lugar*, el señor Gramaticón meneó la cabeza, sacudió las orejas, cerró los ojos y púsosele la cara tan amarilla como la de un icterico. A no ser tan generalmente conocida su manía, las jóvenes, y particularmente Adelaida, se hubieran asustado al verle cambiar tan repentinamente de semblante; pero, en efecto, el caso era más para dar que reír que para poner en cuidado. Don Severo Gramaticón había dado en el tema de poseer hiperbólicamente bien el castellano y de querer que los mexicanos, hombres y mujeres, niños y viejos, hablasen como se

habla en España; y tanto había llegado a tomar cuerpo en su mente esta idea, y de tal suerte le había infatuado, que no había vez que oyese una expresión que él juzgase ser incorrecta que no se encrespara, mirando él desde luego al que había proferido la tal expresión con el último desprecio si era hombre, con muy poca estimación si era mujer. Estamos inclinados a creer, y muchos fundamentos tenemos para ello, que si por dicha suya y desgracia ajena hubiera ocupado un lugarcito en la cámara de diputados o de senadores habría sido su primer cuidado, en cuanto hubiera prestado el juramento de estilo, presentar una INICIATIVA de ley para que fuese ahorcado por lo menos todo individuo de la humana especie que no hablara como él quería que se hablase...

Luego que el señor conde del Cenójil se hubo recobrado de su ataque atrabiliario, manifestó a Camila que tendría la grata satisfacción de acompañarla al sarao.

—Aceptamos la fineza de usted —díjole Camila—, pero ha de ser con el conque...

Aquí don Severo torció la boca y Camila se sonrió.

—Pero ha de ser con el conque —prosiguió la joven— de que no ha de causar a usted ninguna molestia.

Después de haber protestado el señor Gramaticón que, muy lejos de causarle molestia acompañar a las dos amigas, recibiría en ello el mayor placer, hablóse de los usos más recientes, así respecto a la vestimenta y compostura de las mujeres como a las de los hombres.

—Yo estoy —dijo Camila sonriéndose con malicia—, yo estoy por que los hombres no se RASUREN completamente.

De nuevo perdió don Severo el color, y tosió y se sonó para disimular, y levantándose tomó su sombrero para marcharse.

Y marchóse en efecto, pues a estarse más a tiempo allí le hubiera dejado la picaruela de Camila hecho un AUTÓMATA.

Mucho rieron las dos muchachas de los soponcios del señor don Severo Gramaticón y de la causa de ellos, confesando al fin Camila que había hecho lo posible por que “fuera *recordando su memoria*” palabras que pudiesen serle “*hostigadoras*” a él, a fin de que se divirtiera su amiga.

Llegada la hora de ir a la mascarada, se presentó don Severo y en su landó condujo a las jóvenes a la casa en que debía de tener efecto la diversión.

El LOCAL, aunque bastante amplio, encerraba tanto concurso, que don Severo se habría con mucho gusto aprovechado para zafarse de la condición TAXATIVA de Camila. ¡Pero desgraciadamente ya era tarde! Cualquier abogado le habría dicho que su RECLAMO era impertinente. ¡Aquella apertura, tanta concurrencia, para él, que era tan amigo de que le hicieran lugar, como el tuáutem de toda fiesta aristocrática, para él, que siendo tan apasionado a las frases correctas tendría que sufrir allí las fatales resultas de un galimatías horripilativo...! ¡Oh! ¡Toda la magnesia, y no era poca, que él tenía en su casa, guardadita en su buró, no era suficiente para absorber la cantidad de bilis que a derramársele iba...!

Afligido y atormentado, don Severo estaba pensando cómo se le habían traspintado sus proyectos de divertimento, cuando se le presentó un máscara saludándolo y haciéndole mil cariñosos extremos.

Arma terrible es la máscara y, como sabe la amable lectora, rara es la persona que sabe usar de ella con discreción.

Don Severo hubo de REFLEJAR esto mismo, pues que procuró zafarse del máscara. Pero éste, empeñado en hostigarle, comenzó a darle carga con su manía y le crucificó de tal suerte que, desesperado, el señor Gramaticón se escabulló entre el concurso y tomó la puerta sin acordarse de tomar el sombrero.

Camila y Adelaida se retiraron a su casa luego que hubo concluido el baile, acompañadas por un primo y otra persona del conocimiento de los tres.

Y mientras la traviesa Camila se desprecia de risa acordándose de la judiada que había cometido, por divertirse solamente, con el desventurado de don Severo, éste, después de haber estado toda la noche “soñando *con*” el suceso, se determinó al día siguiente a desquitarse publicando en un periódico, modelo de locución y otras baratijas curiosas, la crítica más amarga que en el mundo se viera, de las costumbres, del lenguaje, de las leyes y del sistema político de la nación mexicana, sazonado el tal artículo con copia de personalidades y citas de autores de cuando el rey rabió, como dicen vulgarmente.

En cuanto a la muchacha consabida, estamos entendidos de que nunca pasó sus lindos ojos por el escrito-modelo del señor don Severo Gramaticón, y sí sabemos que en la primera ocasión

que volvió a verle en su casa no se descuidó de reconvénirle por haberla dejado plantada en el baile.

¡Lo que son las manías y lo malo que es caer en gracia con las mujeres!

LA INCÓGNITA*

I

EN UNA airosa tarde de cuaresma, a cosa de las seis, salían de la iglesia de San Pedro y San Pablo, adonde acababa de predicar el señor obispo Madrid, los fieles que, por oír al predicador unos, por escuchar la palabra de Dios los menos y por miras puramente mundanas los más, habían concurrido a la casa de devoción desde las tres y se habían mantenido allí, apiñados, sofocándose de calor y estrechez, hasta la hora y punto en que el ministro del Altísimo, concluida su plática religiosa, había bajado de la cátedra del Espíritu Santo.

Bien quisiera yo no mezclar con lo del mundo cosa tan respetable como la religión; pero como, por un lado, importa a mi intento el comenzar por donde lo hago aquí y como, por otro lado, no ha de volver a ofrecerse el tocar sermones ni iglesias en lo de adelante, porque no hay para qué, suplico a la lectora no se excuse por tal motivo de pasar sus ojos por estas líneas y de prestar su atención a toda esta pequeña historia.

En tanto que la concurrencia del templo, cuyo mayor número era de mujeres, casi todas de lo mejorcito de México; en tanto, digo, que la concurrencia salía poco a poco, con sumo trabajo a causa de lo angosto de la puerta, y desfilaba, gruñendo las viejas, sonriéndose y abochornándose alegremente las jóvenes, por en medio de una calle de ociosos, ocurrió una cosa que no pudo menos de llamarles la atención, y mucho, a todos los circunstantes.

Una de las damas, al poner el pie en el estribo del coche, coche particular, dentro del cual ya se había acomodado una señora de unos cuarenta años, tropezó, y espantándose los caballos del

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 5-9, 32-41.

carruaje con el ruido que hizo su pie, o con el roce de otro coche, dieron una ligera salida, que, haciendo perder a la dama el equilibrio, fue causa de que diera ella consigo en tierra.

A esto, los alienados mirones, a semejanza de una tropa que, perdiendo su formación, se desperdiga, se dirigieron en confusión al punto, muy poco distante, en donde sucedía el fracaso, y todos, a cuál más solícito, hubieran ofrecido un auxilio, bien presentando su mano a la yacente dama, bien brindándose a traer un vaso de agua, bien de alguna otra suerte, a no ser porque en México, en circunstancias críticas o que piden arrojo, nadie quiere ser el primero, y aun con esto no todos osan seguir al primero, y, en resumidas cuentas, porque hay en los vecinos y natos de México yo no sé qué cosa que los ataja cuando se trata de amparar al desvalido: si fuera compadecerle y ser, a lo más, espectador de su infortunio, tal cual.

Sin embargo, de entre el montón de curiosos, pues por mera curiosidad habían acudido allí todos, uno salió, se acercó a la dama y levantóla entre sus brazos del suelo, mientras otro, que con él iba, se apresuró a traerle, de la pulpería inmediata, un vaso de agua pura y fresca, de la cual instó a la dama a que bebiera unos tragos. Ella, más afectada, al parecer, por el bochorno que por el efecto físico de la caída, se aborujó con su tápalo de seda de color oscuro, pero vistoso y, tomado que hubo el agua, insinuó a su compañera el deseo de marcharse.

El cochero recibió la consigna por medio del lacayo, tronó el látigo y partió el coche, tirado por dos soberbios caballos negros.

II

QUINCE años antes de la escena que acabo de referir, otra de consecuencias muy lastimosas y trascendentes pasaba en un cuchitril de la calle del Puente de san Dimas, calle afamada por cierta circunstancia que no es dable decir aquí, calle a que no sin razón se ha dado el nombre de un ladrón, aunque santo, calle, en fin, que de seguro nadie en México pasará por mero gusto.

Ahora bien, en esta calle del Puente de san Dimas, en una mala casa habitada por mujeres malas, veíase a la hora del mediodía un escribano sentado junto a una mesa de madera de imitación, en una silla de más de mediano uso, de la misma calidad: tenía el tal escribano delante de sí un pliego de papel sellado y un tintero, el cual atestiguaba que no eran nada afectos a la caligrafía sus dueños, con habérsele convertido en tintero siendo él, como era, pura, legítima e inequívocamente un jarrito de barro, y un jarrito quebrado y sucio y polvoriento. Un poco más lejos, en otras sillas semejantes a la que ocupaba el escribano, pues todas las del escaso y *raquítico* ajuar eran iguales en un todo, posaban dos sujetos de ropa limpia, pero, al parecer, sucio corazón. Y luego, a otro lado de la mesa, frente a frente del escribano, estaba una mujer, mujer de ésas que llevan un apodo denigrativo hasta lo sumo y que se oyen llamar con los apellidos más infamatorios y que los toleran porque saben harto bien que no es dable tapar el sol con un dedo.

En el momento que he llegado al cuchitril yo solo, sí, pues llevar conmigo a la lectora sería un sacrilegio, en ese momento, pues, el escribano había dado fin a su tarea y llenado el objeto que allí le había llevado; pero si bien por no haber ocurrido a tiempo no puedo imponer a la amabilísima lectora de lo que pasó y dio motivo al concurso del ministro de la ley, tal vez más adelante, por la secuela de los sucesos, vendremos en conocimiento de lo que ahora ignoramos.

El escribano, después de despedirse con muy poca cortesanía de las demás personas con quienes estaba, se ausentó llevándose consigo, doblado y guardado, el papel en que había escrito no sé qué.

Yo, siguiendo su ejemplo, me apresuro a escaparme de la casa maldita, sacudiéndome hasta el polvo de las botas, pues la infamia se pega como la más contagiosa de las enfermedades.

III

BASILIO era un hombre rico, sobremanera celoso y violento de genio fuera de toda comparación: sobre esto tenía la nulidad

de preocuparse de tal suerte contra una persona o cosa, que no había poder humano capaz de reconciliarle con lo que o quien una vez le había repugnado.

Don Basilio se había desposado con una criatura, maravilla de hermosura y de virtud, y llevaba ya un año de vivir con ella tan amorosa y cuerdate, como dice el bueno del padre Ripalda, que no parecía sino que el santo matrimonio había en él hecho el efecto de convertirle en otro hombre muy diverso del que había tenido costumbre de ser desde poco después de haber quedado sin rollona.

No era cosa muy extraña ésta, pues no faltan casos de haberse cambiado con el matrimonio una coqueta en mujer de recato... y viceversa. Fenómenos mayores se ven en el mundo y nadie los repara ni mucho menos los admira, desde que han escaseado los milagrosos.

Como quiera, don Basilio estaba, como se dice en el lenguaje familiar, desesperación del pedantismo gramatical, de lo vivo a lo pintado, y para colmo de dicha, como para afianzar más el sosiego y la satisfacción, la buena inteligencia y la mutua amistad de los felices consortes, dioles el cielo una hija primorosa, a la que no se cansaban ellos de contemplar y mimar.

Ahora, oigamos cómo sobre el particular se explica la voz pública, pues a mí se me pudiera tildar de invencionero, y la voz del pueblo, según el refrán, es la voz de Dios.

En una de las casas de la calle de Plateros en las cuales se encuentra mesa franca a cualquiera hora, desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, y a que los franceses llaman *restaurants*,²⁰ se ve a dos sujetos, joven el uno y entrado en días el otro. Apliquemos a lo que dicen.

—Contentísimos vivían los dos casados, a lo que las gentes contaban; pero quiso su negra estrella y la mía, Leandro, que una noche, en el teatro, una noche que se representaba a *Don Juan Tenorio*, infernal drama, me encontré allí con ellos, y como daba golpe entonces Victoria por su amabilidad, virtud y hermosura, púsele la vista encima, la contemplé despacio y me gustó más y más. Consideré cuál no sería mi sorpresa y mi gusto al advertir que a poco rato ella también me miraba...

²⁰ *Restorán* (restaurantes): hosterías o fondas. (N. del A.)

Allá en el segundo acto, cuando hay aquella ardiente declaración, aquellos versos, aquellas palabras que ninguna mujer de recato debe oír ni puede tampoco oír sin abochornarse, cátese tú que se me sube la sangre a la cabeza, me imagino que soy otro don Juan y que Victoria es otra doña Inés y hago desde luego el propósito firme de emprenderla a toda costa.

—¿Con que miraba a usted, don Claudio?

—Sí; me miró, pero no fue por afición. Después supe que había sido porque una amiga suya, que allí estaba con ella, le había hablado de mí, en términos poco favorables, por cierto, y la había instigado a que me mirara para que me conociera y no me le despintara yo.

—Pues ¿qué interés...?

—Era una de las que yo había engañado. Como iba yo diciéndote, hice propósito firme de emprenderla, y con malísimas intenciones, la verdad. Animado con sus miradas, que al punto atribuí a que yo le había caído en gracia, conté con que pronto me saldría con lo que deseaba. Aquella noche la seguí con disimulo hasta su casa y me retiré con el infierno en el alma, pero lleno de esperanzas.

—¿Y después?

—Después... La perseguí, la solicité con tesón, toqué todas las cuerdas, puse en juego todos los arbitrios... ¡Nada!

—¿Es posible?

—¡Nada! ¡Nada, nada! Su resistencia me inflamaba más y más. La mucha afición que le había yo cobrado, junto con el despecho de ver humillado mi amor propio, me sugirieron un ardid luciferino... Sabía yo que su marido era bárbaramente celoso... Le di que maliciar rondando embozado de noche por su casa, después hice de suerte que llegara a sus manos un anónimo que decía poco más o menos así:

”Señor don Basilio: Un amigo de usted y de su honra le avisa en confianza que Victoria anda en malos pasos. Infórmese usted en la casa número tal del Puente de san Dimas y verá cómo mañana a tal hora de la noche, no estando usted en su casa, se ve allí con un sujeto. Guarde usted el secreto y, sobre todo, mucha prudencia.”

”Contando yo con que esto no dejaría de surtir efecto, preparé de antemano a la dueña de la casa consabida, gratificán-

dola con una onza para que dijera que sí había estado allí Victoria con un hombre y, a fin de dar más visos de verdad a la cosa, me valí de una vieja, *nana* de Victoria, en quien confiaban mucho, para que la sacara con cualquier pretexto a cierta hora y la condujera adonde yo intentaba hacerla ir.

”Todo salió a medida de mi deseo. La *nana*, pretextando que una antigua conocida suya estaba agonizando y que le importaba mucho verla antes de que diera el alma a Dios, cargó con la muchacha a pie y, andando, la llevó a la calle, la metió en la horrenda casa...

—¿Y usted estaba allí, por supuesto?

—No.

—¿No?

—No. No me convenía por ningún motivo verme con ella, es decir, que me viera ella, porque entonces podía descubrirse la maraña. Al cabo, yo nada esperaba ya de ella.

—Pero tal vez eso podía haber servido para obligarla...

—No: después de las diligencias que yo había hecho en balde, nada podía ya obligarla. Además, no por dejar yo de encontrarme allí con ella perdía la facilidad de utilizarme, llegado el caso, del lance, pues que siempre el hilo de la maraña lo tenía yo.

—¡No dejaría de costarle a usted todo eso!

—Muchísimas malas noches y dinero... Robaba a mi padre.

—¡Ay!

—Volviendo a mi cuento, la *nana*, fingiendo equivocarse la casa, entró en la que yo tenía designada, en el zaguán aparentó advertir su yerro y, después de unos cuantos minutos de titubear y ganar tiempo, salió y tomó el camino de la casa de Victoria, a quien fue contando que le habían dado mal las señas, que se había metido en una casa de fea traza, que estaba abochornada del chasco y tamañita de que fuera a saber algo don Basilio, etc. Y en verdad, la pobre anciana, si bien había convenido conmigo en llevarla a tal casa, no sabía qué casta de casa era ni se había pensado que pudiera jamás haber tenido aquel paso las trascendencias que yo me esperaba que tuviera. Estoy por decirte que si lo hubiera ella oído no me hubiera dado la mano para mi intento ni por un potosí.

—Pero... Don Claudio, consuma usted... ¡Mozo, otra botella...! Pero, ¿esa cómplice era un testigo!

–Sí; pero, ¿cómo había yo de precaverlo todo?

–Es verdad. Bebamos... Está riquísima la cerveza... Con que...

–El marido, enajenado, entigrecido por efecto de los celos, echó a la calle a su mujer y a la *nana* sin dar oídos a cuanto quisieron decirle...

Aquí el narrador dio un *vasazo* sobre la mesa, soltando una risotada luciferina. Encendidos sus ojos y bailándole en sus órbitas, temblándole los labios y agitado extrañamente todo su ser, parecía una personificación del demonio del Rencor saboreándose con su venganza.

El otro interlocutor estaba pálido, desfigurado y mudo como el Terror.

A poco, el primero tomó todos los caracteres del semblante de éste, y éste los del de aquél, viniendo a quedar, en virtud de este extraño trueque, animado el que antes parecía un cadáver y exánime casi el que acababa de mostrar tanta entereza.

En tanto que frente a frente de sus botellas permanecen callados nuestros dos personajes, mirando el uno de hito en hito al otro y el otro con la cara oculta entre sus manos, haremos una ligera reseña de la personalidad de entrambos.

El de más edad, don Claudio, el narrador, era un sujeto no muy bien parecido, pero de facciones bien determinadas aunque no ordinarias. Su pelaje no era muy decente, pero una buena capa, reloj con una buena cadena de oro, un rico cintillo en el dedo anular y alguna otra alhaja daban bien a entender que algún día había sido elegante y usado buena ropa.

El otro, el auditor, Leandro, era un mozo de unos veinte años, bien parecido de cara, ojos y pelo negro, de buena presencia en fin: su traje era primoroso. Ya le hemos visto antes de ahora, pero no ha de caer en cuenta la lectora.

–Mira tú, pues –dijo don Claudio levantando la cabeza–, lo que trae consigo y lo que cuestan esas impresiones de la juventud, esas ilusiones que nos asaltan de repente y que no podremos combatir y que hacemos punto de reducir a realidades.

–Sí, pero yo estoy persuadido de que por mirarme tropezó y cayó.

Don Claudio meneó la cabeza.

–Y luego –prosiguió su compañero–, nunca jamás haría yo lo que usted ha hecho.

Don Claudio se sonrió sin reír.

—Lo que usted hizo... ¡Oh! ¡Lo que usted hizo con esa infeliz es horrendo!

Don Claudio bajó los ojos al suelo, pero no miraba ni el suelo ni nada: su vista estaba clavada en su alma, en su conciencia, que le refregaba su infamia. Pasaba por don Claudio lo mismo que pasa por el que, poco antes de coger el sueño, ve con los ojos cerrados una infinidad de seres fantásticos que brincan y gesticulan entre una atmósfera oscura; con la diferencia, sin embargo, de que lo que don Claudio veía era horrible todo.

—Yo a ella la adoro con todas mis potencias y sentidos.

—¡Y no sabes quién es! —saltó don Claudio arrancándose de su evagación.

—Bien, es una criatura cuyos padres legítimos no se sabe quiénes son, que se ha criado en la casa, según usted me ha dicho... pero yo haré por sacar en limpio lo que haya en eso.

Dijo esto Leandro con suma resolución.

Don Claudio se levantó de su asiento y, siguiéndole su compañero, ausentáronse ambos de la hostería.

Dejémoslos ir, en paz el uno con su corazón y en guerra el otro con su conciencia; abrasado aquél en su amor y helado éste con sus recuerdos.

IV

En un aposento a manera de salón hay cuatro individuos, del género masculino todos. Uno está de pie en el respaldo de un escritorio de madera negra, con un cuaderno escrito en la mano, en el cual cuaderno va leyendo, por tiempos y en alta voz, una como letanía; otro, situado de pie también, junto a un cómodo sillón, recoge y seca unos pliegos que se ocupa en firmar el único que está sentado. Al otro lado de éste que está sentado se ve al otro individuo, atento a los menores movimientos, al más ligero gesto del que firma, de los cuales movimientos y gesto no deja escapar uno que no imite.

Por lo que hace al local, es una sala con dos bancos que dan a un patio interior, con puertas vidrieras cerradas y cortinaje de

lujo; el piso está primorosamente alfombrado; el techo, de cuyo centro pende una hermosa araña de cristal, está cubierto con un cielo raso elegantemente pintado al óleo; los cuatro lienzos de pared están cubiertos de fino papel de tapizar. Por demás estará decir que los sofás y las sillas frisan con la estancia.

La estancia, el salón, en resumidas cuentas, es la pieza del Ministerio de Hacienda de la República Mexicana, donde despacha el respectivo secretario de Estado.

Es de noche.

—Al administrador de la aduana de... —dijo leyendo el que recitaba la especie de letanía, el oficial de guardia, el cual se interrumpió de pronto, al ver que el que iba a firmar puso a un lado la pluma, levantó la cabeza, se estregó los ojos y dio a entender, por medio de éstos y otros ademanes, que estaba poco menos que rendido de cansancio.

—¡Cuánto ha trabajado usted esta noche! —dijo por lo bajo, con tímido acento y con amable sonrisa, el que estaba ocupado en recoger la firma, es decir, el escribiente de guardia.

—Señor don Basilio —saltó el que nada hacía—, ahora que me acuerdo, un cura se ha empeñado en que usted le dé audiencia.

—¡Ah! ¡Querrá dinero! No hay un peso de qué disponer — interrumpió el que firmaba—. Claudio, su intercesión de usted, ahora, es sin fruto.

—Aguarde usted, señor, que no se trata de dinero. El cura dice que ha solicitado a usted en su casa varias veces y no ha logrado hablarle...

—Y, ¿qué es lo que me quiere?

—¡Con razón *se escama* usted ya, señor ministro! —dijo con melosa voz el oficial de guardia.

—Lo que quiere —prosiguió don Claudio— es confiar a usted un secreto...

—¿Secreto para remediar las escaseces del erario? —dijo S. E. sonriendo.

Al punto los tres interlocutores asomaron a sus labios otras tantas sonrisas y los tres a competencia celebraron el dicho del ministro.

—No, no, señor —volvió don Claudio—. A lo que él da a entender es un secreto de familia.

—¡De familia! —exclamó el señor ministro, y quedóse como suspenso.

—Yo, considerando que debía de ser un asunto de importancia para usted, y entendido de que en ello le hacía a usted un servicio, me he tomado la licencia de citar lo para esta noche.

—¡Para esta noche! —exclamó el señor ministro sin manifestar desagrado por la LIBERTAD²¹ que se había tomado el secretario particular suyo.

—Sí, señor —prosiguió éste, cobrando más ánimo—, y no sé cómo no ha ocurrido todavía. Yo no se lo había avisado a usted porque, como ha estado usted sin parar todo el día... Y luego consideré que no tendría usted inconveniente en oírlo aquí, porque como en su casa de usted hay órdenes de no dejar que nadie vea a usted más que...

—¡Bueno!

—A bien que si a usted no le parece recibirlo, se avisa al portero...

El secretario particular juzgó conveniente callar en vista de que S. E. estaba meditando.

A poco, el portero entró de puntillas, habló un instante al oído a don Claudio y, a una seña de éste, se marchó.

—¡El cura, señor!

—¡Que pase!... No, ¡que aguarde en la pieza de recibir!

El ministro parecía estar tranquilo, pero don Basilio, es decir, el hombre, estaba interiormente desasosegado.

Ahora bien, si se me pregunta por qué hago esta distinción entre el hombre y el ministro, entre el magistrado y el individuo privado, diré en pocas palabras que es porque siempre he creído que un diplomático no es lisa y llanamente un hombre, un hombre como todos. Será o no cierto, pero yo estoy entendido de que un ministro es una criatura con una organización moral doble, y ¡Dios libre al subalterno, a la viuda, a cualquier acreedor del fisco que el ministro se despoje para con ellos del carácter de hombre y se revista del espíritu de *funcionario*!

Y en realidad, de verdad don Basilio, el mismo don Basilio que ya conoce la lectora, era un ministro de Hacienda en toda forma. Si era buen o mal ministro, si tenía o no los tamaños requeridos en toda tierra de cristianos para administrar con

²¹ LIBERTAD. LICENCIA u osada familiaridad; y así se dice: me tomo la libertad de escribir esta carta. —Acad. Esp. (N. del A.)

acierto el alto empleo, no seré yo quien lo diga. ¿Ni qué importa cuando todos los días vemos exaltadas a los más elevados puestos a las gentes más negadas?

Don Basilio siquiera tenía dinero y no era de malos sentimientos.

Pero volviendo a mi cuento, don Basilio, que más curiosidad tenía de saber la encomienda que traía el cura que no de firmar despachos, puso a un lado su diplomática individualidad, se revistió de hombre, hecho lo cual fue y se apersonó con el susodicho cura, no sin haber antes despedido a los empleados, al oficial de guardia, al escribiente y al secretario particular.

La pieza de recibir era un cuarto cuadrado, de menos elegancia que el despacho, con puerta vidriera para el patio interior, una araña, un sofá de medio uso, dos o tres rinconeras y sillas.

—Usted me dispense que lo distraiga yo de sus importantes y graves atenciones —fue diciendo el cura—, pero a ello me obliga la necesidad de cumplir con un encargo de la mayor entidad.

—Diga usted, padre.

—Usted ha sido casado.

Don Basilio sintió un calofrío correr por todo su cuerpo. Pasóse la mano por la frente, como para serenarse, dio una tosidura y contestó con voz poco entera:

—Sí, señor.

—¿Usted sabe de su mujer?

—¡No...! ¡Ni quiero!

—Pero sí querrá usted escucharme.

—¿Será usted muy largo?

—Al revés, cuatro palabras.

—Diga usted, pero pronto.

—Usted despidió bochornosamente a su esposa por una intriga diabólica.

—¡Sí!

—¡No! Usted no me entiende. La señora su mujer de usted fue víctima de su virtud. Un hombre que nunca pudo triunfar de ella le levantó un falso testimonio en venganza.

—¡Falso testimonio! —prorrumpió don Basilio con irónico acento.

—Usted no lo cree porque se funda en un documento difamatorio firmado por escribano que tiene usted en su poder.

—¡Sí!, y es lo bastante.

—No, porque contra ese documento yo tengo otro más verídico, más auténtico, más intachable.

Don Basilio meneó la cabeza en ademán de incredulidad.

—Ese documento es la confesión que en su última hora, ya al dar su alma al Creador, me hizo una mujer de la calle del Puente de san Dimas, una mujer que vivió en la casa número **.

—¿Y qué se saca de esa confesión?

—Que la declaración infamatoria fue obra de una onza de oro, dada por un sujeto que quiso vengarse de la virtud de Victorita.

—¡Cómo!

—¡Como usted lo oye!

—Y, ¿quién...?

—Sé las señas de la persona... Señor don Basilio, un sacerdote promete a usted tomar de su cuenta el dejar todo completamente aclarado; pero mientras, usted recibe a su mujer y se reconcilia usted con ella y le restituye usted su honra.

—¿Y mi hija?

—¿Su hija de usted?

—Sí, mi hija que tanto he sentido.

—No sé.

—¡Pues cómo! ¿No sabe usted que se la robaron a la mujer a quien se la di a criar porque no quise esa memoria de mi esposa en mi casa, ni quise tampoco dejarla en poder de ella, por que no la corrompiera?

—¡Ah, sí...! —dijo el sacerdote como inspirado después de un rato de reflexión—. A su hija la tendrá usted en breve, a poco que se haya usted reconciliado, pero de veras, con su inocente y pura esposa.

—¿Es posible? ¿Y qué es de ella?

—¿Qué es de ella? ¡Ah...!, si supiera usted, si pudiera usted formar una cabal idea de lo que ha pasado ella, la desvalida esposa sin marido, la infeliz madre sin hija, la pobre mártir...

—¡Si fuera verdad...! —habló para sí don Basilio.

—Don Basilio, crea usted que lo que yo le digo es la pura verdad y abra usted su entendimiento a la razón.

—Bien, la recibiré... ¿Y vendrá mi hija con ella?

—¡Vendrá!

—¡Corriente!

—¡Adiós, señor don Basilio!

—¡Adiós, padre...!

El buen eclesiástico se ausentó ufano con el éxito de su santa obra, e impuesto, cosa que él ignoraba antes, de que había una hija de por medio, a la cual era preciso buscar sin descanso hasta dar con ella.

En cuanto a don Basilio, el pobre engañado don Basilio, se metió en su coche y se encerró en su casa, donde, después de entrar en cuentas consigo, vino a persuadirse de que, tras el discurso de tantos años de estar él solo y aislado en el mundo, no le convenía poco, sobre todo siendo verdad lo que le decía el padre, como era de presumir que lo fuera, el verse de la noche a la mañana restituido a su mujer y a su hija.

Ya consentido en esto, don Basilio, poseído del diablo de la Impaciencia, se pasó la noche en claro, revolviendo en su imaginación mil ideas de bienestar futuro.

El día siguiente, no pudiendo aguantar más la dilación, mandó llamar a su secretario privado y le encomendó que buscara con mucha eficacia al cura y le dijera que le estaba aguardando.

El secretario particular, que conocía a México a las mil maravillas, no tardó en dar con la morada del eclesiástico, y anduvo con tal suerte que a él también le halló; y después de haberle dejado el recado del señor ministro, volvió a dar a éste parte de que el cura decía que no tardaba en pasar a verle.

—Padrecito, dispénseme su merced la mala crianza —dijo la anciana que asistía de pocos días atrás al cura—, ¿conoce su merced a ese hombre que acaba de irse?

—¿Por qué lo pregunta usted?

—Es que yo lo conozco... Y cátese vuestra merced que bien se pudiera hacer una obra de caridad...

—¿Cuál?

—Ver cómo le hacía uno que reparara el mal que ha causado a una niña.

—¿Sí? ¿Y cómo? ¿Cómo está eso?

—Pues, con licencia de su merced, ese hombre anduvo mucho tiempo pretendiendo perder a la niña Victorita, que yo crié. Después de tocar todas las teclas, viendo que no podía sacar ningún partido de ella, ¿qué le parece a su merced que hizo?

—¿Qué...?

La llegada de un extraño, de cuya visita no hace el caso saber el objeto, cortó aquí la interesante conversación entre el digno cura y su *asistidora*. A nosotros no nos importa que así sucediera, pues ya tenemos acá lo que trataba la anciana de revelar a su merced.

Dejemos al buen cura hacer diligencia por llevar a buen término el generoso empeño que sobre sí ha tomado y, pues que ha hecho punto de no criar, esperemos que desate esta maraña.

V

¡Cuán diversos eran aquellos tiempos!

Entonces los pronunciamientos estaban en toda su boga. Merced a la oportunidad de topar cualquier día un caudillo o un coadyuvador de asonadas y de contar con una asonada cada mes, se hacían progresos rapidísimos en la noble carrera de las armas, en la otra no menos noble de los empleos civiles; se aparecían de la noche a la mañana, convertidos en capitalistas por lo menos, hombres que la víspera habían estado ganando su vida sirviendo en un café, en una casa de juego y aun en partes peores.

¡Hoy no hay nada de eso!

Y si ahora me he tomado la licencia de invocar estos recuerdos y de hacer esta triste comparación de tiempos, es porque mi historia me fuerza imperiosamente a ello.

Un don Gerardo, sujeto que había enriquecido con las asonadas y el agio, deseando como todo codicioso aumentar más y más su caudal, había ido a comprometerse en un pronunciamiento que estaba próximo a estallar, contra el gobierno y el sistema político establecidos, a los cuales, como a todo gobierno y sistema posibles, encontraban cargos que hacer.

El gobierno tuvo la fortuna de olfatear lo que pasaba y, siguiendo en esta ocasión la táctica de las medidas a medias que tantas veces adoptaron las diversas administraciones del país y que nunca les han probado, comenzó desterrando a los

individuos notoriamente iniciados, a los sospechados de estarlo y aun a los completamente extraños a la trama.

Entre los primeros, al querer o no fue implicado nuestro don Gerardo, contra quien obraban indicios que pasaban a prueba de irrecusables.

Don Gerardo, como empleado del ramo de Hacienda que era, se vio bajo la férula del respectivo ministro, hombre de un carácter sumamente fuerte y que no cejaba nunca.

Don Gerardo, a más no poder, se habría resignado con verse encerrado en un cuartel, de México se entiende, donde hubiera podido aguardar a que triunfara la causa salvadora para que sus compañeros le llevaran de allí a su casa, con las consideraciones debidas a un héroe víctima.

Pero que le despacharan fuera de México, que le arrebataran cruelmente de su vida regalada, de sus antiguos y sabrosos hábitos, ¡oh, eso era ya muy fuerte para el heroico ánimo del salvador de la patria!

¡Y de más a más que le quitaran el empleo, la ganga, la canonjía del empleo, que aun después de lograda la *revolución* sepa Dios el triunfo que le costaría rescatar de las codiciosas manos de tantos ávidos *empleómanos*, ínclitos patriotas todos, cómo graznarían, ladrarían, aullarían, aleteando, manoteando, codeando y pataleando por premio!

¡Oh, qué horror!

Y preciso es convenir en que el gobierno que tamaña judiada cometía, no podía menos de ser un caribe.

En fin, haciendo de tripas corazón, el destierro podía llevarse en paciencia: la *revolución* le levantaría en breve. El empleo se podía dejar perdido mientras llegaba la hora de recobrarle por medio de oro, comprándole a los *revolucionarios*.

Otra cosa era lo que no tenía remedio... Lo diremos de una vez.

La señora esposa de don Gerardo, a quien Dios había “herido de esterilidad”, había tenido la suerte de encontrarse una niña de dos o tres años en la casa de unos pobres, quienes dijeron que era huérfana de padres forasteros que la habían dejado a su cargo. La estéril mujer, que se moría por tener hijo o cosa equivalente, y que para lograrlo había encargado una criaturita huérfana, se apresuró a llevar a su casa a la ya dicha niña,

no sin dar antes a los padres adoptivos de ella una buena propina, y con el mayor esmero se dedicó a criarla.

Paréceme oportuno recordar aquí que en México se trafica en niños, robándolos a sus padres y presentándoselos después como hallados, lo cual produce una buena gratificación y por lo tanto una buena ganancia cuando no hay ocasión de sacar otra mayor por medios más inicuos.

Este horrible tráfico ha llegado a llamar la atención de los magistrados hasta el punto de obligarlos a dictar medidas rigurosas para extirparle.

Bonita criatura era Cecilia.

Cuidada, educada con el más prolijo esmero por su mamá adoptiva, había crecido a la par que de cuerpo en gentileza y despejo.

Don Gerardo, encontrándose de la noche a la mañana con una guapa muchacha dentro de sus puertas, tuvo el antojo de emprenderla, lo cual no le pareció nunca sino muy lícito, pues él juzgaba muy puesto en razón el sacar utilidad del dinero que gastaba en Cecilia: la honra de ésta era una especie de rédito.

Así discurrendo, nuestro hombre puso en batería toda su perversidad contra el candor de Cecilia y comenzó por obsequiarla muchísimo con lo que el lujo y el regalo tienen de más seductivo.

Dios me perdone el mal pensamiento, pero creo que muy mal parada hubiera al cabo quedado la linda doncella.

Quiso sin embargo su buena estrella repararle de manos a boca un joven que cautivó su corazón, y el amor que tantas veces, las más, conduce a la perdición de las mujeres, sirvió esta vez para salvarla, pues embelesada ella con su amante ni aun hacía alto en los agasajos de don Gerardo. En cuanto al novio, Cecilia era para él su sanctasanctórum.

¡Dígame ahora si no tendría sobradísima razón nuestro revolucionario, o mejor dicho revoltoso, en resistirse al destierro, mirándole como la ruina de uno de los proyectos más halagüeños de su vida...!

VI

Don Claudio, aquel mismo día en que había estado en la casa del cura, y a poco de haber salido de ella, recibió una esquila

por medio de la cual era citado para una casa de la calle de Venegas adonde tenían que comunicársele cosas de la mayor importancia.

Educado bajo el pésimo ejemplo de las oficinas de gobierno, don Claudio se había viciado desde muy joven; y su buena cara, las lecciones hondamente inmorales, el descuido de su familia, le indujeron a ser cortejador impudente de todas las mujeres, burlando sin remordimiento a cuantas podía y mellando la opinión de las que se le resistían. Ninguna había llegado nunca a plantarle como Victoria y ya sabe la lectora de qué suerte se vengó de su invencible virtud. Entre tanto, había despilfarrado el corto caudal de su padre, apropiándose el importe del presupuesto de sueldos de sus compañeros la vez que fue él habilitado de ellos y, si bien todos parecían considerar estas vilezas como graciosas calaveradas, llegó el caso de no haber quien hiciera confianza de él y aun de no ser bien recibido en ninguna casa de media decencia. Esto le había reducido a la condición más deplorable, bajo todos aspectos: conociendo la necesidad que de libertarse de ella tenía, empleó con el ministro de Hacienda toda su filis, todos los inmensos y poderosos recursos de la adulación, y no descansó hasta no verse hecho su secretario privado, con lo cual se concilió un tanto con la consideración pública y pudo parar la persecución de los sastres, zapateros, etc., a quienes debía.

No es de maravillarse que don Basilio le diera un lugar a su lado, por dos razones: la adulación puede mucho, y además no había jamás llegado a sus oídos la fama de don Claudio.

Don Claudio, pues, cuya curiosidad movió mucho el contexto de la esquila, no encontró inconveniente en acudir al punto de la cita. Topó allí al cura, lo cual no le importaba.

El cura le tomó afablemente del brazo, le condujo a un coche que a la puerta de la casa estaba, invitóle con amabilidad infinita a que entrara en él y, metidos en el vehículo, echó éste a rodar.

—Mi señor don Claudio —díjole luego el cura—, ¿conoce usted a esta señora?

Don Claudio volvió la cara y viose en el fondo del coche a una mujer, una vieja que clavó los ojos en él como queriendo decirle: “Conózcame usted bien”.

A pocos instantes don Claudio tartajó un “sí” que parecía haber tenido en un principio pretensiones de ser “no”: a este “sí” le daban una expresión singular la palidez súbita que cubrió el rostro de don Claudio y lo extraño de su mirar.

—Me alegro mucho —repuso el cura—, mucho, muchísimo, señor don Claudio. Es una pobre pero una excelente señora. Ahora va usted a hacernos el favor de llevarnos adonde vive... ¿Cómo se llama, señora?

—¡Victorita! —dijo jadeando la anciana.

—Ah, sí, Victorita.

Aquí subió de punto el trastorno de don Claudio.

—No sé... ni la conozco —contestó luego que se hubo serenado.

—¡Sí la conoce usted! —exclamó la anciana.

—Sí la conoce usted —dijo con severidad y dulzura el eclesiástico—. Y para ahorrarnos todo altercado, suplico a usted que nos conduzca a donde vive Victorita, para que me ahorre usted la pesadumbre y el disgusto de acusar a usted con el señor ministro.

Esta amenaza era igualita a la de dejarle sin empleo, sin las consideraciones que iba adquiriendo, enteramente en las cuatro esquinas: don Claudio no podía conformarse con esto.

Mantúvose un rato callado... Luego, asomándose a la delantera del coche:

—¡Muchacho! —gritó al cochero—, ¡al Salto del Agua!

—Yo no esperaba menos de la amabilidad de usted, señor don Claudio —dijo el cura—, y le protesto que se lo agradezco con toda mi alma. Como pecadores que somos, estamos sujetos a cometer cualquiera mala obra, pero como cristianos debemos reparar el mal que hacemos. Ya veo que no me había yo equivocado al formarme de usted un buen concepto.

De pronto don Claudio golpeó el coche con los pies para avisar al cochero que parara.

—¿No baja usted, señor don Claudio? —dijo el cura.

—Permítame usted que me quede... en el cuarto de la casera pueden dar a usted razón.

El eclesiástico y la anciana entraron en una casa de vecindad.

Don Claudio bajó del coche y azorado se escurrió por la primera calle que se le presentó.

A poco el cura, acompañado de la anciana y de una mujer de veinte a treinta años, bonita pero con las señales del dolor en

su rostro y de la miseria en su pelaje, entró en el coche, el cual tomó el camino de la casa de don Basilio.

VII

Don Gerardo se hallaba en un caso de los más apurados.

Había movido todos los resortes, interesado a los sujetos más respetables, sin haber podido lograr nada, pues la orden de destierro había sido expedida y puesta en planta la destitución de empleo.

Ocurrióle de pronto, como el último arbitrio, uno que él considero eficaz.

Cecilia era bonita: la hermosura interesada por un padre adquiere más poder y más gracia. ¿Sería posible que el ministro se negase a la súplica de Cecilia?

Según toda probabilidad, no.

Sin pérdida de tiempo mandóse poner el coche y bien vestida y adornada Cecilia, bella como nuestra primera madre, fue conducida juntamente con su mamá a la casa del señor ministro de Hacienda.

—¡Ahí va la incógnita, la muchacha que se cayó al subir al coche! —dijo un sujeto a otro al pasar el coche por la plaza de la Constitución.

—¡Ah! —exclamó el otro.

Y quedóse contemplando en amoroso arrobamiento hasta que perdió de vista el carruaje.

Ocioso parece decir que éste era Leandro, el amante apasionado y correspondido de Cecilia.

Seductora en efecto se presentó Cecilia en la casa del severo ministro. Jamás humana criatura tuvo intercesora más poderosa. Nunca humana entereza se vio expuesta a más peligrosa prueba. No creemos que Tais, la afamada Tais, se presentara más seductora ante Diógenes. Cecilia llevaba consigo el casto y poderoso hechizo de la virginidad.

Llevada su sedeño y lindo pelo peinado en graciosos rizos. Eran de finísimo encaje los remates de sus mangas y la ori-

lla de su corpiño, en el centro del cual colgaban tres hermosas perlas pendientes de un rico clavillo. Adornaba su precioso torneado brazo un brazaletes de perlas y sus dedos estaban agraciados con vistosos anillos.

Bien penetrada iba ella del papel importante que iba a representar: bien persuadida estaba ella de que el deber, y un deber sagrado era, le prescribía abogar elocuente y eficazmente por el hombre que hacía para con ella los oficios de un padre.

Sin embargo, al poner el pie dentro del aposento del ministro sintióse acometida de un extraño sentimiento de sobresalto y quedóse un rato suspensa, sin saber por qué, en el umbral de la estancia.

A poco, una señora se presentó y con mucha amabilidad la condujo hasta un sofá donde la hizo sentar.

—Usted dispense, señora —dijo la señora de la casa a la madre putativa de Cecilia—, ¿esta señorita es hija de usted?

—Como si lo fuera la miro —respondió la mujer de don Gerardo—, pues quedó huérfana de una amiga mía.

—¿Qué edad tiene?

—Unos quince años.

—La misma edad... Es muy parecida...

—¿Qué dice usted?

—He perdido una hija, señora —exclamó la señora de la casa, arrasándosele los ojos de lágrimas—, he perdido una niña que debería tener la misma edad y que debería tener las mismas facciones.

—¿Es posible...?

La señora de la casa llevó la mano al cordón de la campanilla y una mujer se presentó.

—Mire usted, Guadalupe, ¿no se parece esta señorita a mi hija Amelita?

—Sí, señora —respondió la criada—. ¡Y muchísimo! —agregó después de contemplarla con cuidado.

En esto presentóse el señor ministro.

A la vista de aquella peregrina criatura, no pudo él menos de ponerse risueño.

Oyó con suma afabilidad lo que al objeto de su visita cumplía, expresándose la joven con el ardiente interés, con el patético entusiasmo de una hija que intercede por su padre.

Don Basilio no podía mantenerse firme contra el embeleso de una hermosura, el enternecimiento de una hija, las instancias de un corazón elocuente y noble. Titubeó, y en el momento que aquella voz de tan dulce melodía y aquellos ojos de tan patética expresión se aunaron para dar un golpe decisivo a los humanos sentimientos del hombre, olvidóse el ministro de su carácter diplomático y, desprendiéndose de la tosca corteza del hombre de Estado, permitió como Basilio a la joven que abrigara lisonjeras esperanzas por la suerte de don Gerardo.

El día siguiente Victoria se presentó en la casa de don Gerardo acompañada de la anciana su *nana* y de la mujer que había sido llamada el día anterior a ver a Cecilia.

A instancias de Victoria se buscó a las gentes que habían tenido a su cargo a Cecilita, hiciéronseles amenazas y promesas y al fin declararon que se la habían hallado sola en medio de una fiesta. Cotejada la fecha en que esto había pasado con la del día en que la mujer que la estaba criando decía haberla echado menos, resultó ser Cecilita la mismísima hija de Victoria y de don Basilio, lo que acabó de comprobarse con una cicatriz muy conocida que ella tenía en la palma de la mano izquierda.

Inútil parece agregar que don Gerardo quedó absuelto de culpa y pena, aunque con el sacrificio de sus halagüeños planes.

En cuanto a la mártir Victoria, restituida al seno de su marido, como ya lo habrá advertido la amable lectora, y vindicada plenamente en el público por efecto de las diligencias del cura, no hubo ya cosa alguna que turbara su felicidad.

VIII

En una hermosa mañana de primavera, la casa de don Basilio ofrecía el espectáculo más alegre y magnífico. Celebrábase en ella una boda.

Sí, una boda.

La preciosa Amelia contraía legítimo matrimonio con Leandro, a satisfacción de sus padres respectivos, de sus amistades, de sus conocimientos y aun de los que nada eran de ellos.

El buen, el excelente cura bendijo su unión.

Algún tiempo después don Claudio, que a instancias del cura no había sido acusado ante don Basilio, profesaba en el convento de San Fernando, orden la más rígida de las de México y la que tiene en su seno los religiosos más respetables y ejemplares.

El día que esto sucedía, don Basilio recibió una esquila concebida en estos términos:

Claudio N., arrepentido de sus culpas y próximo a expiarlas en el servicio de Dios, declara solemnemente que él, por un principio de infame venganza, fue causa de que la virtuosa señora doña Victoria M. apareciera deshonrada a los ojos de su digno marido y de que tanto tiempo padeciera tan injustamente. Declara también que su honra y virtud están intactas, pues todo el tiempo que estuvo abandonada de su marido se conservó pura a pesar de sus infinitos trabajos y de las asechanzas que de continuo le tendió el que esto firma, el cual está satisfecho, por lo que siempre trató de averiguar, de la inmaculada conducta de ella.

¡Así usted y Victoria y todas las demás personas a quienes he ofendido me perdonen como confío que la Divina Misericordia me perdonará a virtud del profundo y sincero arrepentimiento mío!

Puede usted hacer de esto el uso que guste y el más conducente a restaurar la buena opinión y fama de usted y de su respetable esposa.

Claudio N.

EL CHUCHITO*

PERMITIMOS sin conceder, y haciendo las reservas bastantes, que el convertir a un perrito en compañero inseparable y constante, siempre acurrucado en el regazo, ya ande en coche, ya se esté tranquilamente sentada a la labor su dueña, ora esté arrimada al piano que bajo la impresión de sus delicados dedos despide armoniosas y gratas notas, ora esté asida de su guitarra cuyas cuerdas producen deliciosos floreos; permitimos, pues, sin conceder, que la compañía de un perrito en la mesa, en la cama, por todas partes, en suma, pueda traer sus inconvenientes a una mujer y alguna vez redundar en perjuicio de ella.

Norabuena.

Pero ahora, que el tener un perrito mimado no acarree a una mujer beneficios de consideración, sobre todo si la mujer es casada y no tiene hijos, siquiera un hijito que la divierta con sus caricias y sus travesuras, sirviéndola de compañía cuando el marido está ausente, de pretexto decente para evitar o abreviar una visita molesta, de útil y provechosa distracción en los momentos aquéllos en que, ociosa la imaginación, vuela hasta aquellos días de indolente solterismo, deliciosos porque ya no son, y se recuerdan y representan como vivos y actuales aquellos tiempos de enamoramientos y galanes, de ausencia de cuidados graves, de sabrosos e inocentes misterios; eso, por más que diga nuestro vecino, jamás lo concederemos.

No, nunca.

Y la razón en que nos fundamos para pensar así es, entre otras muchas, de las cuales ya dejamos apuntadas algunas,

**La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 204-211.

es que el perro, como lo tienen dicho todos los naturalistas y lo tienen probado un sinnúmero de hechos, es el cuadrúpedo más fiel, más servicial, más apegado al bípedo llamado hombre.

Digan lo que quieran los amigos del gato, el perro acaricia a su dueño, y le acaricia sin segunda intención, sin interés, cordial y francamente, mientras el gato, en medio de sus más ardientes efusiones de cariño, desnuda sus uñas y da furibundos arañes y encarnizadas mordeduras. El perro defiende como suyos los intereses, la hacienda, el objeto del amor de su dueño, apegándose a ellos como a cosa suya propia, mientras el gato no vigila más que su presa ni se encariña más que a la mano que le da de comer, a la casa que le provee de ratas.

Con sobrada razón el perro y el gato no se estiman.

Pero en el odio del gato obra la envidia, envidia contra la índole del perro, envidia de su nobleza; en el odio del perro se descubre harto bien el del hombre honrado y virtuoso contra las almas egoístas y vividoras.

Así juzga Luz y nosotros con ella.

Ese cariño que tan bien sabe ganarse el perro, y que tan justamente se merece, dépositale Luz en un perrito galgo, primoroso y simpático animal que ella contempla, cuida y acaricia como el único amigo sincero, desinteresado y fiel, como el único compañero de su solitaria vida.

Solitaria, sí: pues ¿qué vale la sociedad, qué valen las tertulias, qué valen las llamadas amigas para el alma que no tiene una mitad de su alma con quien partir confiadamente sus penas, a quien hacer partícipe en sus gozos, con quien navegar en este océano sembrado de escollos que se llama mundo, con quien cruzar este valle sembrado de abrojos que se llama vida?

—Con que, ¿cómo hubiste tu perrito? —decíale Antonia, una amiga suya, en cuya casa había tenido Luz que pasar el día—. Cuénteme cómo lo hubiste.

—Me lo regalaron.

—¡Te lo regalaron! —repitió Antonia con el acento y el gesto de la notoria incredulidad.

Lugo, como el Chuchito entrara muy ufano con su camisa y su cincha, y un abanico en la boca, quedósele contemplando con admiración Antonia.

Luz pidió al animal el abanico. Abrióle ya que en su poder le tuvo, pero no sé qué hubo de ver entre los dobleces de sus varillas que le cerró al punto sonrojada y, como quien no sabe lo que hace, hizo el ademán de meterle en el seno.

A Antonia no se le escapó ni el sonrojo de Luz ni su desacertado ademán. Contemplóla un rato con malicia y luego, poniéndose muy seria:

—Yo quería que me lo dijeras —dijo continuando el tema que había dejado pendiente— para desmentir las mil habladas que corren y que se han esparcido desde que se fue de la república tu marido.

—¿Habladitas?! —preguntó Luz volviendo a encendérsele el rostro—. ¿Qué habladas? No hay quien tenga que hablar de mí. Dios es testigo de que, aunque llevo tanto tiempo de no saber de mi pobre marido, que no creo que viva, no me remuerde nada la conciencia.

—Sí lo creo, pero el caso es que se dice.

—¿Qué se dice? —preguntó con energía Luz.

—No vayas a darte por agraviada... ¡Dios me guarde de decírtelo!

Calló en efecto Antonia.

Y no calló por el temor de que sus explicaciones agraviaran a su amiga, sino por ver si excitando con su silencio la curiosidad de ésta la reducía a parlamentar con su propia curiosidad, de suerte que la explicación sobre la procedencia del perrito, procedencia que Antonia tenía sus razones para querer saber y que Luz tenía sus motivos para querer callar, fuese uno como premio de las explicaciones sobre las voces de que Antonia pretendía que Luz era el objeto.

Luz, sin embargo, fuese porque no le llegaron a lo vivo las hablillas que le había indicado su amiga o porque penetrara la estratagema de ella, no insistió en su empeño, y la conversación versó sobre otro asunto.

Que Luz estaba desasosegada no se podía ocultar a la penetración de Antonia, la cual, por su parte, también estaba inquieta con el imperioso deseo de poner en claro lo del Chuchito. De buena gana hubiera ella dicho unas cuantas palabritas acerca del sonrojo, nuevo motivo de curiosidad; pero considerando que, lejos de poder adelantar nada, con ello se ponía

en peligro de hacer más fuerte la renuencia de Luz, tomó el partido de volver a atacar como al principio.

—Pues —dijo— no pasarán de habladas, pero el caso es que te andan *cortando* sin misericordia.

—¿Quién?

—Dicen —prosiguió Antonia desentendiéndose de la pregunta— que no fue por cosas políticas por lo que tu marido salió desterrado de la república al día siguiente de la boda, sino por otra causa...

—¿Y qué?! Dirán que en otros días, en otro tiempo, he tenido pretendientes: ¿qué mujer no los tiene?! Dirán cuando más que he tenido la desgracia, que no he podido ocultar porque otro ha hecho empeño en divulgarlo, de que un majadero, sin ver a mi condición y a lo desesperado de su empresa, me ha molestado sin cesar con su necio galanteo. ¡Pero no dirán —exclamó Luz con altivez—, porque no hay nadie que pueda decirlo, que yo he dado que decir, a pesar de no tener quien me aconseje ni quien me sirva de sombra!

—Sí lo dicen.

—¡Pues mienten! Mienten infamemente y bien lo sabes tú. Ni creo que lo diga nadie más que ese hombre.

En esto iban de su conversación las dos jóvenes cuando un hombre se presentó, sin pasar recado, en el aposento donde se hallaban ellas.

Luz, al punto que le vio, se puso encarnada y pálida sucesiva pero tan rápidamente que casi ni fue advertido. Luego, asomando una preciosa sonrisa a sus labios, contestó con harta afabilidad al saludo del caballero, dijo unas cuantas palabras a su amiga, dispúsose para marchar y, dando el brazo al recién llegado, se retiró.

Por parte de Luz y de su acompañante hubo un silencio completo mientras fueron caminando por la calle.

Pero luego que hubieron llegado a la casa de Luz fue muy otra cosa.

—Me cuentan cosas terribles, don Jacinto. Me cuentan que usted me descredita...

—El negocio que tenemos entre manos —interrumpió don Jacinto— va a las mil maravillas. Hay una persona que ha venido hace poco de Europa y dice que ha conocido y visto a

su marido de usted en Londres: no se puede creer, al ver el completo silencio que guarda, sino que no piensa en volver al lado de usted ni en saber si vive o si muere... Por otra parte, las cosas de palacio van tan a pedir de boca que ya se ha dado la orden para que pueda regresar. Yo no he de descansar un punto hasta no dar a usted un gusto... ¿Y usted?

—Ya me hace usted pagar bastante caro su favor, ya me hace usted perder en el público... Esto tengo que sufrirlo... ¿Qué más quiere usted?

—Lucecita, todo eso que hablan las gentes se acaba con la palabra de usted.

Y es verdad.

Podía Luz cerrar sus puertas a don Jacinto, pero también Luz, sin padres como se hallaba, ni parientes, sin personas de influjo, perdía de luego a luego toda esperanza de saber de su marido, de quien hacía cuatro años que no tenía noticia, y de recobrarle, pues don Jacinto era el hombre de más valimiento que se conocía en el gabinete.

¿Y debía ella abandonar toda esperanza por no correr un peligro que tal vez lograría evitar?

Era grave el caso: don Jacinto la servía con un fin depravado y valíase de la fuerza de las circunstancias que le favorecían para estrechar a la pobre mujer a dar un paso feo. Él había entrado en la casa a ruego del desterrado para que, de acuerdo con Luz, hiciera las posibles diligencias en orden a obtener la licencia de su regreso, y malas lenguas decían que el mismo don Jacinto había tenido la mayor parte en el destierro.

Cuatro palabras acerca del perrito antes de seguir adelante.

El Chuchito era, por mejor decir, había sido de don Jacinto. En los primeros tiempos, cuando las visitas de don Jacinto eran al parecer inocentes y desinteresadas, Luz, prendada de la mansedumbre, de lo gracioso y cariñoso del animalito, le festejó tanto y tantas veces, que el animalito llegó en poco a tomar un cariño exquisito y muy particular a Luz. Más adelante, cuando Luz descubrió hasta dónde iban a parar las miras de don Jacinto, quiso desterrar de su casa al perrillo, el cual, animado por su amo, que terminantemente declaró a la joven que se le regalaba, no quiso ni abandonar la casa ni apartarse de su nueva dueña.

No luchó poco Luz por ahuyentar al Chuchito, en el que alguna vez quiso desquitarse de la contemplación forzada que se veía precisada a usar con don Jacinto; pero vencióla al fin el constante sufrimiento, la invencible lealtad del perro, viniendo éste a ganar del todo su voluntad.

Único compañero, único sincero amigo, ¿qué culpa tenía él de que su amo tuviera un corazón malvado dentro del pecho, qué parte podía él tener en los malos sentimientos que abrigaba don Jacinto?

Siempre resulta cierto que Antonia no carecía de razón en sus malicias y que tenía fundamento para querer saber de boca de la misma Luz la historia curiosa, para ella a lo menos, de la adquisición del animal. Y el animal venía a ser el fundamento de las muchas murmuraciones que en el público había contra Luz.

Por lo demás, no hace ningún otro papel en esta historia el Chuchito, y dispénsenos la franqueza con que declaramos aquí que no fue por darle mayor importancia por lo que comenzamos por él nuestro relato sino porque, obligados a comenzar por alguna parte, preferimos hacerlo rebatiendo las ideas no poco extraviadas de nuestro vecino sobre el asunto de los perros.

Luz, con las novedades de aquel día, no se había acordado de examinar lo que el abanico contenía; pero luego que se hubo visto libre de la presencia de todo testigo, apoderóse del mueble y halló en él pegado un papel en que se leían estas palabras:

Ya sabe usted, don Jacinto, que por los servicios que a usted le debo, mi casa la tiene usted siempre abierta, y mi buena voluntad dispuesta a probarle cuánto le agradezco todo lo que por mí hace.

Luz

Era suya y muy de ella aquella carta: de su propio puño y letra eran aquellas líneas. No podía ella negarse a sí misma ni negar a nadie que ella había puesto por escrito aquel papel y dirigido a don Jacinto aquellas palabras.

Bien, ¿y qué?

¿Qué tenía aquella esquila, qué tenían aquellas palabras que pudieran abochornar a quien las había escrito, aunque

fuera mujer, aunque fuera casada, es decir, aunque estuviera enlazada con un hombre por medio del vínculo más autorizado por la religión y el más respetado por las leyes humanas?

¿Y para qué había sido puesto aquel papel en un abanico olvidado en la casa de Luz y puesto en poder de un perro que había de llevarle a una casa extraña?

Era por lo menos de sospechar que aquélla era obra de don Jacinto, de don Jacinto que, resuelto a no excusar nada de cuanto pudiera comprometer a Luz, habría soltado así ese papel con la intención de que fuera a dar a manos de alguna buena amiga de la joven, la cual buena amiga celebraría en el alma tan feliz hallazgo y caritativamente haría cuanto pudiera por que lo supiese su vecina y la amiga de su vecina y la parienta de la amiga de su vecina.

En la ciencia de obrar mal hay una infinidad de teorías y combinaciones diversas. Hay quien juzgue como más decisivos los golpes osados; hay quien prefiera marchar poco a poco, con disimulo, precaución y misterio. No estamos nosotros por ninguno, porque todos llevan a un mismo fin, y este fin no puede ser sino reprobado. Vémonos precisados a hacer aquí estas observaciones para que se venga en conocimiento por qué don Jacinto procedía de una manera tan atrevida e insolente con riesgo de perder de un golpe todo lo que podía tal vez haber adelantado.

Luz sospechó lo que podía significar aquel papel e imaginóse el negro objeto que podía haber llevado el hombre que una imperiosa necesidad la obligaba a soportar.

Indignóse la noble y altiva criatura; dos gruesas, ardientes y amargas lágrimas se resbalaron por sus mejillas y, en medio de su ira y de su agudo dolor, estuvo a punto de abandonar toda contemplación, despedir con desprecio al que la ultrajaba y renunciar toda esperanza, la esperanza que la había hecho sufrir tanto hasta allí.

¿Qué podía perder?

¿Era acaso cierto que todo lo que le decía él, todas las buenas noticias que le contaba no pasaban de puras invenciones para tenerla ligada y entretenida con ilusiones necias?

¿Era posible que si su marido viviera no hubiese podido en tanto tiempo darle noticia de su paradero?

¿No era muy posible que el hombre que tanto empeño tenía en perderla interceptara las cartas...?

Luz no creyó necesario argumentar más consigo misma, pareciéndole que estaba harto fundado su partido. Determinóse, pues, a esperar a otra visita de don Jacinto y despedirle como merecía.

Entre tanto, aquella noche había baile de máscaras en el Teatro Nacional, y ya muy de antemano había recibido Luz un convite muy expresivo de una de las familias más respetables de México. Bien que la joven hubiera extrañado aquella invitación de parte de personas que no conocía sino de cara y de saludos y que no hubiera tenido intención al pronto de ir, el pensamiento de que acaso tratando más de cerca a las personas que le abrían la puerta de su estimación se le proporcionaría el inducir las a interesarlas por su situación; este pensamiento, decimos, y el deseo de distraerse un poco de las congojas que la abrumaban, la llevó a admitir el convite y a concurrir a la casa adonde era llamada tan cordialmente, luego que uno de los hombres de la familia se presentó en coche a buscarla.

Muy afectuoso fue el recibimiento que tuvo. Llegada la hora, ya listo todo el mundo, pusieronse todos en marcha para el teatro.

El Teatro Nacional, una noche de baile de máscara, ofrece una de las vistas más magníficas que desearse pudiera. La iluminación, la música, la infinita variedad de personas y disfraces, el agudo voceo de los máscaras, las diversas cuadrillas de bailadores, todo contribuye a entretener gratamente a cualquiera que, por no estar muy acostumbrado a semejantes espectáculos, no tiene sus facultades sensitivas gastadas.

Embebecida, absorta estaba Luz con aquello, sin reparar nada, ni echar siquiera de ver que un máscara había entrado en el palco en que se hallaba ella y charlaba alegremente con sus compañeras. Pero el tal máscara se llegó a ella, la saludó con suma familiaridad y, aprovechando un asiento que estaba desocupado, se plantó en él, junto a la joven. Luego, cuando por un incidente que ocurrió en el patio notó que las demás personas que en el palco acompañaban a Luz se habían distraído, soltóse a hablarle de amor, y con tal tenacidad, que ella, quemada, no sabía qué hacer para librarse de aquel aprieto.

Díjole el máscara el nombre de varios hombres, con quienes atribuyó a ella inteligencias tiernas.

—Caballero —díjole Luz indignada—, ¿no sabe usted con quién está hablando? ¿No sabe usted que soy casada?

A esto el máscara manifestó caer en la cuenta y le dio a entender que no presumía tuviese ella muy presente a su marido, que si vivía no se acordaba de ella.

Afligida Luz con estas palabras, despidió un amargo suspiro y exclamó:

—¡Sea como quiera, viva o me abandone él, yo soy siempre su mujer!

—Y, ¿qué dice usted de don Jacinto? —preguntó el interlocutor.

Ocurrió a Luz el pensamiento de que aquel hombre fuera el mismo don Jacinto y no pudo ya contenerse. Levantóse atropelladamente del asiento en que estaba, entróse en el gabinetito del palco y, encerrándose allí, soltóse a llorar.

Luz, de regreso a su casa, pasó el resto de la noche muy agitada.

Al día siguiente bien se notaba en su semblante cuánto había padecido su espíritu, de suerte que don Jacinto, cuando se presentó a verla, no pudo menos de asombrarse y preguntarle qué tenía que tan demudada estaba.

Esta vez don Jacinto había ocurrido de noche, porque pensaba dar el golpe decisivo. Luz le recibió de la manera más fría que pudiera imaginarse.

A la pregunta de don Jacinto sobre lo inmutado y áspero de su semblante, Luz contestó afeándole su conducta para con ella y vituperándole el que la noche anterior hubiera ido a molestarla y a ponerla en bochorno en el teatro, en presencia de la familia respetable con quien había ido ella.

Don Jacinto se defendió del cargo y protestando que ni siquiera había pensado ir al teatro, y aun mucho menos ir a comprometerla en público; que su amor nunca le hubiera permitido ofenderla, y que si bien los constantes rigores de ella podían autorizarle para todo, no tenía sin embargo corazón para tomar una venganza.

—Como quiera que sea —díjole Luz cortándole la palabra—, agradeceré a usted mucho el favor de no volver a pisar los

umbrales de mi casa, bajo ningún pretexto; y para que no quede a usted la menor duda acerca de mi resolución, advierto a usted que si no desiste de visitarme me pondrá en el caso de acogerme a una familia de respeto, la familia con quien estuve anoche, a la cual impondré muy bien de los motivos que me hacen obrar así.

—Con que, ¿renuncia usted la satisfacción de volver a saber de su marido, de reunirse a él?

—Todo lo renuncio. De mano de usted no quiero nada. Venga lo que viniere, no quiero comprar tan caro los favores de usted.

—¿Está usted en su juicio, Lucecita? ¡Vaya!, no puedo menos de creer que está usted muy preocupada con lo que le pasó anoche y me achaca a mí, pero le juro a usted por lo más sagrado que no he sido yo quien la ha ofendido.

—Será o no será —dijo Luz con energía—. No tengo empeño en averiguarlo. Y sea como fuere, repito que no quiero, no quiero, ¿me oye usted?, que vuelva usted a poner los pies en mi casa, ni a acordarse si hay una Luz en el mundo.

Las últimas palabras de Luz se prestaban perfectamente a un rejueguillo de conceptos de lo más galante; pero era el acento de la joven demasiado entero y el lance era demasiado crítico para dar lugar a equivoquillos.

Don Jacinto, esperanzado en que la determinación de Luz cediera luego ante la fría consideración de todo lo que la quiebra con él importaba, después de algunas amenazas y de unas cuantas súplicas juzgó conveniente por la ocasión levantar el campo.

Don Jacinto contemplaba a Luz totalmente abandonada, sin más apoyo que él, quien muy modestamente se juzgaba el tuáutem** de Luz, su esperanza única.

Lejos, muy lejos de don Jacinto, no ya la convicción, pero ni aun la más ligera idea de que hay una Providencia, para la cual todos los grandes auxilios de los hombres no son nada, sin la cual el desvalido, el desamparado, sería constantemente víctima y la cual, en suma, por los medios más naturales y sencillos presta su brazo a la criatura virtuosa que en ella confía.

** [N. de E.] Tuautem. Persona o cosa que se considera indispensable en o para algo. Del latín: tu autem.

Sí, lo repetimos: don Jacinto no contaba con que la Providencia pudiera prestar su poderoso auxilio a la virtuosa mujer desamparada, y considerábala por lo mismo en el estrecho de volver tarde o temprano a implorar su favor. ¡Y entonces...!

Don Jacinto se ausentó; y el Chuchito, que durante la escena toda que con Luz había pasado no había quitado la vista de don Jacinto, al verle partir regañó un rato, y saltando de la silla en que se había mantenido presenciando el paso “entre hostil y amatorio”, dirigióse lleno de alborozo hacia su ama, subióse a su regazo y llenóla de caricias.

El Chuchito había estado aquella noche de un humor muy malo, contra su costumbre: en sus ojos se había manifestado un encendimiento, síntoma seguramente de ira, todo el tiempo que había estado allí don Jacinto, y cuando llegó el momento de las amenazas y las destempladas voces, todo se le volvía levantar la cabeza, volverse de un lado a otro con disgusto, poner el hocico entre sus patas y mover las orejas, como cuando alguna mosca tenaz le hostigaba con sus picadas.

Difícil era la situación de Luz.

Pero, ¿qué hubiera de meritorio en la virtud si no fuese costosa?

Meditando Luz en la condición a que iba a reducirla el paso que había dado, vino a quedar absorta en sus tristes pensamientos.

De pronto volvióla en sí el ruidoso y enfurecido ladrar del fiel perrito que en su regazo dormía.

Enturbiada su vista por las lágrimas, sobresaltóse Luz al ver llegar junto a sí a un hombre a quien no conoció. Preocupada su imaginación con la idea de don Jacinto, imaginóse la pobre criatura que él era.

Pero examinando más despacio el objeto aquél...

—¡Ay! —gritó, y se echó en sus brazos...

Era su marido.

En efecto, su marido, mal informado en su destierro, llegó a tornar la resolución de no contar ya con su mujer a quien la calumnia, la maledicencia pintaban como una mujer perdida; mas lo contradictorio de los informes le excitó a asegurarse de la verdad y se presentó osadamente en México. Refugiado en la casa de una persona para quien traía cartas de sincera reco-

mendación, espíó los pasos de Luz, adquirió informes verídicos, la trató y la sondeó la noche de máscaras y, persuadido al fin de que su conducta era irrepachable, se reconcilió cordialmente con ella.

El Chuchito, viendo la acogida que su ama daba al desconocido, olfateóle y tuvo por conveniente al cabo hacerle festejos, llevado seguramente del razonamiento de que no podía menos de ser digna de ser querida la persona que con tanto amor admitía su ama.

Luz y su marido tomaron la determinación de retirarse de México y domiciliarse en un pueblo corto; pero antes de haber salido de la capital supieron que la amiga Antonia había estado a punto de ser arrastrada por don Jacinto a su perdición.

Don Jacinto, habiendo mucho tiempo descuidado sus intereses políticos por darse a negocios galantes, perdió su influjo, tomó parte en un pronunciamiento para recobrarle y, habiendo sido denunciado, tuvo que padecer infinitas persecuciones sin llegar a lograr su objetivo.

El Chuchito, pues sería una ingratitud no hablar aquí de él, vino a morir de enfermedad natural, y sus amos, después de haberle embalsamado, le enterraron en un lugar ameno de su huerta: encima del sepulcro pusieron una losa sencilla con esta inscripción:

Aquí yace el Chuchito.

VERSO
[ADIVINANZAS Y CHARADAS]

LOGOGRIFO*

DESAFÍO

LECTORA, vamos a ver.
En toda forma te reto.
Y si atinas, te prometo...
¿Qué te puedo prometer
que no se oponga al respeto...?

COMBATE

SEIS letras forman mi nombre,
tengo primor y hermosura
y entre los dioses me cuento
con favor como ninguna

Para más explicación,
mi primera, mi segunda,
mi tercera, cuarta y quinta
componen, las cinco juntas,
una señal conocida
y necesaria en la música.
Con mi cuarta y mi tercera,

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, p. 31; Solución, p. 44

segunda y sexta resulta,
agregándoles la quinta,
el nombre de una llanura.
Con mi tercia, cuarta y quinta
en combinación segura
te encuentras luego un viviente
que el éter inmenso cruza.
Mi cuarta y quinta te dan,
con mi sexta o mi segunda
y agregando mi tercera,
con lo que ves y te alumbras.
Mi quinta, segunda y sexta
con mi tercia, todas juntas,
te dan de tu propio género
la expresión sencilla y pura...

TRIUNFO Y CASTIGO

MAS basta ya, que no ha sido
cansarte mi fin, lectora.
Ya me contemplo vencido;
y en pena dame desde ora,
de ése, tu labio pulido,
una sonrisa, señora.

Solución: CLAVEL.

ENIGMA V*

DEL culpable mortal, útil contraria,
a su crimen le inmolo de continuo,
sígole por doquier y le atormento,
de verdugo y de juez a un tiempo sirvo;
pues del placer entre los goces blandos,
ora despierto esté, ora dormido,
preséntole trasuntos de la muerte,
y anúnciole de Dios justo castigo.

Implacable con él, áspera, cruda,
tócole sin mover, sin ver le miro,
sin boca le hablo y sin cesar le acuso.
¿Quién me adivinará, si no me explico?
¿Cómo podrá ninguno definirme...?
Medita bien, lector, que estoy contigo.
¡Ay de ti, si muriera yo en tu pecho!
¡Ay del que logra sofocar mi grito!

Solución: LA CONCIENCIA.

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, p. 77; Solución, p. 95.

ENIGMA X*

SIN mí no puedes existir un punto
y yo puedo sin ti vivir entera,
siéntesme tú sin verme, soy asunto
de pretensiones y de riña fiera.

Solución: EL ALMA.

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, p. 171; Solución, p. 184.

INTÉRPRETE VERAZ CUANTO SINCERO...*

INTÉRPRETE veraz cuanto sincero,
mi labio dice lo que el pecho siente,
que villano es y torpe aquél que miente,
de verdad sacrosanta hollando el fuero

Del nacional pendón callo las glorias,
las nobles glorias que alcanzara antaño,
cuando en lides magnánimas, victorias
tantas logró sin el concurso extraño.

Callo las glorias de la lucha triste
entre hermanos tan sólo conquistadas;
glorias que el plectro a celebrar resiste
como de sangre fraternal manchadas.

Y dejando en olvido quejas vanas
y vanidades que pasadas noto,
es, señores, mi más ferviente voto
el triunfo de las huestes mexicanas.

* “El Sr. Diputado D. José de la Peña, a nombre de D. Eufemio Romero leyó la siguiente:” en José María Roa [Bárcena], *Relación de la marcha de la Brigada González, y sucesos que le precedieron*, Tip. de J. Quijano, Toluca, 1857, p. 16.

CONVERSIÓN*

*A mi querido amigo
D. Tomás S. Gardida*

ERA en mi labio la blasfemia impía,
era en mi corazón el sacrilegio.
Cual de infernal concierto hórrido arpegio
era de mis palabras la armonía.

Escándalo de Dios, del torpe mundo
las veredas seguí con paso ansioso,
ansioso de maldad cuanto anheloso
de torpe gloria y de renombre inmundo.

En medio al aplaudir del delincuente,
entre vítores mil de viles pechos,
de la virgen hollé sacros derechos
y negras láureas conquiste a mi frente.

El pudor ultrajé con risa infame,
befé la fe con irrisión suprema,
a Dios negué —¡temeridad blasfema,
si es bien que ya temeridad la llame!

Por el ultraje me aplaudió la tierra,
por la impiedad me coronó de flores,
y fueron las torpezas mis amores
y Dios y la virtud fueron mi guerra.

Tanta maldad y desafuero tanto
del Señor provocó justos enojos:
volvió de mí sus apacibles ojos
y mandó sobre mí duelo y quebranto.

* *La Sociedad. Periódico Político y Literario*, segunda época, t. III, no. 432, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 9 de marzo de 1859, pp. 2-3.

De súbito, el placer trocóle el cielo
en crujido de dientes y despecho,
fuese de mí la paz, y dentro el pecho
cupó tan sólo funerario duelo.

Abandono y laceria vino al hombre
y su espíritu viose acometido
de tormento de nadie conocido,
de dolores que no tuvieron nombre.

No tuvo deudos, ¡ay!, ni tuvo amigos,
ni compasión halló, ni halló disculpa,
y despechado conoció su culpa
y befa fue de deudos y enemigos.

De suicidio insensatas tentaciones
asaltaron el ánimo, extraviado
con infortunio tanto y dominado
de negras y fatídicas pasiones.

*

Vuelvo al Señor, mis liviandades lloro,
perdón, contrito, ante sus aras pido;
no su bondad por mis delitos mido,
que sólo su piedad ferviente imploro.

Oré a mi Dios y me miré propicio,
y en consuelo y en paz el alma mía
súbito se anegó tras nuevo día,
de mi fe y mi dolor a beneficio.

Amo al Señor cual hijo al padre caro
y soy feliz bajo su ley augusta.
Ni el bien me engríe ya ni el mal me asusta,
y sólo busco en Dios favor y amparo.

Toluca, octubre de 1858.

TRIBULACIÓN*

*A mi buen amigo el
Sr. D. Ignacio Trigueros*

I

¡AY! SE turba mi razón
y mi espíritu flaquea.
¡Cuál me late el corazón
y de cuán cruda pelea
estos pronósticos son!

Hierve la sangre en las venas
y ardiendo los ojos siento,
tengo vértigos y apenas
de rato en rato, si aliento,
es un aliento de penas.

Una forma mujeril
por la mente vaga y vaga,
y con su vista me halaga
y con su voz femenil
fuego en mi pecho propaga.

Con sus caricias me brinda,
con mil ternezas me llama,
instándome a que me rinda
de amor a su ardiente llama
y de sonrojos prescinda.

* *La Sociedad. Periódico Político y Literario*, segunda época, t. v, no. 754, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 26 de enero de 1860, p. 2.

Viste ropaje de gasa,
cuelga el rizado cabello,
es delicado su cuello,
viene de recato escasa
y más hechiza con ello.

II

—¡MI BIEN!, si tan sólo vives
para penar y abstenerte
del deleite, ¿no percibes
que cuando venga la muerte
apenado la recibes?

¿En qué piensas, desdichado,
de castigarte inocente
por un temor infundado,
por un capricho demente,
por un espíritu errado?

¡Mira cuál ríe de ti
el mundo! ¡En tu torno mira
esa cadena que gira
de una y otra bella hurí
que ardiente placer respira!

¡Loco! ¡Loco! ¿No te incita
este mundo de placeres?
¡Conviértete, cenobita!
Ven, adora a las mujeres,
profesa de sibarita!

Lleva la copa de amor
a tus labios, ¡ay!, sedientos:
bebe, apura los alientos

y deja que nuevo ardor
excite vivos alientos.

Allá te aguarda el festín,
allá la dicha te aguarda,
a tus glorias no hay confín.
¡Ven, mi vida, que quien tarda
no tiene a su duelo fin!

III

Así la visión se explica,
mujer de orientales ojos,
profusa en libres antojos,
en provocaciones rica.

Y con giros voluptuosos,
y con livianas miradas,
y con torpes risotadas
y gestos libidinosos,

gira y vaga cual vahído
de mi mente en derredor,
cual desatentado amor,
cual pensamiento engreído.

Y la sangre se enardece
y los huesos crujen y
Por la visión, ¡ay de mí!,
aumenta mi afán y crece...

IV

YO TENGO mi Señor que me ilumina,
mi Padre que por mí constante vela;
tengo mi Dios que mi dolor consuela
y a su gloria perpetua me destina.

¡Señor! ¡Señor! ¡Acude a tu criatura!
Acude ya, Señor, ven con presteza;
del Tentador defiende mi flaqueza
en lid, sin ti, tan desigual y dura.

Tú, que viniste al mundo a redimirme,
no querrás, mi Señor, abandonarme
al artero dragón que quiere asirme
y en perdición eterna sepultarme.

Hiere la carne con dolor o muerte,
mas salva al alma del falaz Amigo,
y en tu excelsa mansión, allá contigo,
dale del justo la gloriosa suerte.

Y celebrando allí tanta ventura
su voz el alma sin cesar levante
por los anchos espacios de tu altura
y tu bondad y tu grandeza cante.

Cuernavaca, enero de 1860.

MISCELÁNEA

LA SOMBRA DEL CONEJO*

MÁS de cuatro de nuestras amables lectoras, al ver la estampa que hoy tenemos el gusto de darles, recordarán la edad feliz en que alternando con los cuentos de Juan Soldado y el portentoso Barba Azul, el uxoricida, las divertía una cariñosa madre, un amante padre o una alegre nodriza con enseñarles, como el labrador escocés que está ahí representado, el conejito brincando y meneando las orejitas en la sombra reflejada en la pared.

Con razón los chicuelos alborozados expresan en su inocente semblante la admiración y el más puro contento, y los padres celebran llenos de gusto el entretenimiento de los niños.

¡Ay! ¡No es la infancia la única que se divierte con una sombra vana!

El candoroso niño que sin comprender la treta por medio de la cual le hacen ver la sombra de un animalillo, que le cree verdadero y vivo, que menea pies y manos y alarga el brazo para agarrarle, representa bastante bien al hombre de todas las edades y condiciones. Casi casi se podría decir que simboliza la misma existencia.

En efecto, ¿quién es el que no ha gastado más de dos tercios de su vida en mirar embebecido la sombra de un bien, y aun a veces de un mal apetecido, y, viéndole huir de entre sus manos, ha corrido en pos de ella día con día, sin cesar labrándole en la imaginación, sin cesar afanándose por alcanzarla?

En la juventud, el amor engendrado por un objeto que por fuerza tiene de ser precioso, a los ojos de la persona enamorada por lo menos, electriza el alma, saca de su quicio los sentidos,

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 201-202.

enloquece y, tras años mil de quitarse los días de la vida *mal-pasándose* uno y atormentándose el cuerpo y el alma, un capricho, una humorada, cualquiera chilindrina disipa la sombra, la ilusión de la anhelada dicha, de la misma suerte que la luz disipa la del precioso conejito.

O bien la amistad, este amor que no se diferencia del otro sino en que son de un mismo sexo los amantes, que tiene sus celos tan serios y profundos como el de hombre a mujer, y sus arranques de coquetería, y sus resentimientos y sus rivales, y todas las alternativas dulces y amargas de su *semejante*; la amistad, digo, nos atrae, nos entusiasma, nos burla, y cuando más satisfechos estamos de disfrutar de ella y de sus delicias, nos encontramos con que el amigo de nuestras entrañas es la conveniencia personificada, la inconsecuencia disfrazada y quién sabe qué otras cosas que nunca cuadran con la amistad verdadera y que no viene a ser más que una sola cosa.

¿Y el ansia por el dinero? ¿Y el que mes con mes tiene la bendita paciencia de poner su porvenir en un billete de la lotería de San Carlos, y cada mes se entretiene, se embelesa mirando allá en su fantasía la bienaventuranza deseada, representada en el guarismo 20,000 en mil especies a cuál más grata, ora en tejitos de plata acuñada nuevecita flamante, ora en talegas...? Y cada mes ve su empresa frustrada, sus 20,000 convertidos en sombra que se fue en presencia de la triste realidad que llaman suerte, azar; y cada mes es un sentido suspiro, un largo rato de mal humor...

En la ancianidad, la memoria de la juventud viene a ser la sombra del conejo; en la pobreza, la esperanza de mejorar de fortuna viene a ser la sombra del conejo... Y no hay quien haga memoria de aquella época de la edad temprana, de aquellos cuentos de maravillas con que le divirtió o le concilió el sueño la madre o la nodriza, ya difuntos, sin exhalar un amargo suspiro, saboreándose con su recuerdo, como se saborea uno con un manjar delicioso que si a una mano viene, a otro día, cuando menos lo piensa, le causa un cólico, una indigestión o una pesadilla por lo menos, en que ve, allá revueltos con cosas fantásticas y horrendas, los cuentos personificados, y resucitadas las personas amadas que ya no existen...

EL AMOR MATERNAL*

MUCHOS géneros hay de amores, ¿no es verdad, amable lectora mía?

Hay amor a la amiga, ese afecto que no por llamarse modestamente amistad deja de tener los mismos goces y las mismas penas, las propias glorias y los propios tormentos, las mismísimas bonanzas y las propísimas tormentas, las mismas fases y alternativas, en suma, que el otro amor, el amor de un sexo a otro. Pues en resumidas cuentas, lectora mía, no hay más diferencia, a mi ver por lo menos, que el ser la amistad un amor entre individuos de idéntico sexo.

Hay amor a un *uno*, amor que suele acarrear tan funestos resultados cuando no le guía la razón, y con el cual es necesario irse con infinito tiento, como se hace cuando se quiere coger a la voluble mariposa o cuando se trata de cortar una rosa de Castilla.

Hay amor a una palomita, al perrito faldero, a la clavellina, amor al hermano... ¡No pocas veces he visto a preciosas señoritas a punto de desmayarse por la muerte del palomito o del perrito o por la marchitez de la clavellina...!

Pero bien, ¿qué vale alguno de estos amores, qué valen todos estos amores juntos comparados con el amor delicioso, divino, desinteresado cual ninguno, sincero cual no otro, el amor de la madre por el hijo?

Mira, amable lectora mía, mira con qué satisfacción tan pura se recrea esa madre en su preciosa criaturita. No acertaría uno a decir cuál de los dos serenos y apacibles júbilos es más cándido, si el de la joven o el de la niña que en su regazo tiene.

* *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, p. 266.

Y si tú, preciosa lectora, disfrutas la dicha de tener en tus brazos, en los momentos que lees estas mis líneas, el fruto de tu tierno y legítimo amor, a la criatura que te recuerda sin cesar los sagrados vínculos que te enlazan a tu esposo y los deberes que a la faz de Dios y del mundo te has impuesto; que ausente de la patria te recuerda los sitios en que naciste y las personas que te fueron caras; que te representa, en la pureza de su tierno corazón, la inocencia de la virtud; que alegra tus horas de pesar o tedio si tú, digo, tienes en tus brazos, cuando esto lees, a la tierna prenda de tu legítimo, tierno y delicioso amor, bien comprenderás cuán grande, cuán puro, cuán deleitoso es el amor de madre, y cuán mezquinos, impuros y tediosos son junto a él todos los otros.

APÉNDICES

OBRAS DE EUFEMIO ROMERO,
ORDENADAS GENÉRICA Y CRONOLÓGICAMENTE *

PROSA

- Eufemio Romero, *Aritmética comercial, acomodada a la contabilidad mexicana. AL EXMO. SR. Ministro de Instrucción pública Y A LAS AUTORIDADES SUPREMAS DE LOS ESTADOS DE LA REPÚBLICA MEXICANA, como protectores de la enseñanza del pueblo*, Imprenta de Navarro, México, 1850, 192 pp.
- , “Los ojos y el corazón”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 307-311.
- , “Anita”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 385-392.
- , “Jugar con dos barajas. Crónica contemporánea”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 15-18, 34-37, 61-66, 86-87 y 105-106.
- , “La pobre viuda”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 127-130.
-

* Las obras narrativas y ensayísticas de Eufemio Romero, todas sus traducciones (con excepción de la *Fisiología del gusto* de Brillat-Savarin) y su producción lírica ligera fueron publicadas entre 1851 y 1852 en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, en sus primeros cuatro tomos, correspondientes a su primera época. Hay, además, un tomo I de la nueva época de *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, que data de 1852; en él ya no aparece Eufemio Romero ni como autor de obras originales ni como traductor.

- Abecé, “Un secreto de casada”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 139-146.
- Eufemio Romero, “El parto de los montes”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 177-179.
- Abecé, “Miscelánea. La sombra del conejo”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 201-202.
- Eufemio Romero, “La taza de té”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 205-212.
- , “El paroxismo”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 239-242.
- Abecé, “El amor maternal”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, p. 266.
- Eufemio Romero, “La adivinación”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 301-304.
- Abecé, “El alma y el cuerpo”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 305-307.
- , “Un tipo”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 397-399.
- Eufemio Romero, “La incógnita”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 5-9, 32-41.
- , “El Chuchito”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 204-211.
- , *La cruz de esmeraldas* [¿en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*?].

VERSO

- Abecé, “Logogrifo” (precedido de: “Letras iniciales para bordar: ER”), en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, tomo III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, p. 31. Solución, p. 44.
- Eufemio Romero, “Enigma V”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, tomo IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, p. 77. Solución, p. 95.
- Abecé, “Enigma X”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 171. Solución, p. 184.
- E. R., “El Sr. Diputado D. José de la Peña, a nombre de D. Eufemio Romero leyó la siguiente:” en José María Roa [Bárcena], *Relación de la marcha de la Brigada González, y sucesos que le precedieron*, Tip. de J. Quijano, Toluca, 1857, p. 16.
- Eufemio Romero, “Conversión. A mi querido amigo D. Tomas S. Gardida”, en *La Sociedad. Periódico Político y Literario*, segunda época, t. III, no. 432, Imprenta de Andrade y Escalante, México, marzo 9 de 1859, pp. 2-3.
- , “Tribulaciones. A mi buen amigo el Sr. D. Ignacio Trigueros”, en *La Sociedad. Periódico Político y Literario*, segunda época, t. V, no. 754, Imprenta de Andrade y Escalante, México, enero 26 de 1860, p. 2.

TEATRO

- Eufemio Romero, *Los hijos del Plan de Ayutla, o efectos de un mal gobierno: comedia en [...] actos*, V. García Torres, México, ca. 1855.

- Anónimo, “La torre de Nesle. Histórico. Juana. 1313”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 75-77.
- , “La torre de Nesle. Histórico. Margarita y Blanca. 1313”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 103-106, 124-127.
- , “El cambio de traje”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 79-80.
- , “El matrimonio”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 81-83.
- , “La duquesa de Praslin. Histórico. 1847”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 162-169, 186-190.
- C. H. Butler, “Catalina” en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 242-252.
- C. J. Petersen, “La linda de Newport”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 276-283.
- E. de la Bedolliere, “El Jordán”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. I, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 383-384.
- Anónimo, “Blanca de Melun. Histórico”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 45-46.
- A. G. Arnati, “La viuda y el escultor”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 67-74.

* Los “Históricos” traducidos por Eufemio Romero posiblemente fueron tomados de un volumen que llevaría por título *Misterios de los castillos de Francia*, que aparece anotado al pie de algunos de ellos.

- Anónimo, “Elena Léiton”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 147-151.
- Leó Lespès, “Los espíritus del hogar”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 253-260, 285-293, 316-358 y 370-376.
- Ana Wilmot, “La feliz expresión”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 273-276.
- Benedicto Gallet, “Un trazo de lápiz. (Tradicional.)”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. II, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1851, pp. 3-8.
- Charles Dickens, “El grillo del hogar”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 14-25, 48-59, 80-86.
- Charles Nodier, “La novena de La Candelaria”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 130-144, 162-173.
- María Chase, “El anhelo de saber”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 191-195.
- Catalina Norton, “Las tres damas”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 223-227.
- Cecilia, “Agüeros de miss Penélope Chickering”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 274-276.
- Effie Evergreen, “Lo novelesco de un casamiento en segundas nupcias”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 279-288.
- Charles Dickens, “La batalla de la vida”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. III, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 308-322, 343-359, 373-388; fe de erratas, p. 366.
- ¿C. Boa? [Indescifrable], “La marquesa de Fernandiere”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 82-95.

- Condesa de Basanville, “Un capricho de muchacha”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 129-135.
- Armando Durantin, “Un rey de Francia”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 144-149.
- Anónimo, “Instrucción completa en la labor llamada lace o punto de encaje”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 159-169.
- Ana Clay, “El segundo niño”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 172-176.
- Anónimo, “El don de errar”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 275-276.
- Ana Clay, “La gallina predilecta”, en *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, t. IV, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, pp. 286-291.
- Jean Anthelme Brillat-Savarin, *Fisiología del gusto*, Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1852, 414 pp.

CRONOLOGÍA DE EUFEMIO ROMERO

- ¿1817? La recopilación de datos dispersos en diarios de la época acerca de las primeras actividades profesionales de Eufemio Romero, en la administración pública y el periodismo, permite suponer que nació alrededor de 1820 (parece improbable que haya nacido después de 1825). Guillermo Prieto le atribuye origen veracruzano y afirma que es hermano del político José Romero. Un José Eufemio Romero García, hijo de Juan Bautista Romero y Juana García, nació en Veracruz en 1817; probablemente se trate del escritor, aunque no se da cuenta de la existencia de ningún hermano suyo.
- ¿1840 10 de noviembre: contrae matrimonio con la joven Ramona Cornejo Lejarazu, de quince años de edad, en la parroquia de La Asunción de Veracruz?
- 1845 Tras un período de interinato, Eufemio Romero es ratificado como Oficial Primero Contador de la Tesorería Departamental de Tamaulipas, según información de Manuel Payno y Bustamante. ¿Nace su hija Epigmenia en la Ciudad de México?
- ¿1846 Nace su hija Herculana Emilia en la Ciudad de México?
- ca. 1846-1847 Probablemente estudia o da clases en el Colegio de San Gregorio, donde José Tomás de Cuéllar es estudiante. Parece que hay un poema de Cuéllar dedicado a Eufemio Romero y otros compañeros o maestros del Colegio, lo cual confirmaría el paso de Romero por la institución; la localización de tal poema quizá permitiría definir si Romero fue es-

- tudiante o catedrático, si bien parece más probable que haya sido en papel de docente.
- 1847 Enero-junio: es el principal redactor, y quizá el único, del periódico *El Calavera*. Febrero: participa en la rebelión de los *polkos* junto con Guillermo Prieto y Vicente García Torres. 21 de junio: es desterrado a San Luis Potosí luego de publicar un artículo satírico contra Santa Anna; el 22 de junio, la segunda división del ejército estadounidense parte hacia San Luis Potosí, aparentemente desde Saltillo, Coahuila. José Romero, hermano de Eufemio según Prieto, al parecer, es “favorito” de Ignacio Trigueros, entonces ministro de Hacienda, también de origen veracruzano.
- 1848 Se integra a la Sección de Geografía de la Comisión Mexicana de Límites, tras la firma del tratado de Guadalupe-Hidalgo, bajo las órdenes del general Pedro García Conde. ¿Nace su hija María Andrea Avelina Clementina Eulalia en la Ciudad de México?
- 1850 Se publica la *Aritmética comercial acomodada a la contabilidad mexicana* de Eufemio Romero. Recibe críticas elogiosas.
- 1851 Eufemio Romero es profesor de inglés de José María Rodríguez y Cos, quien lo calificará de “filólogo eruditísimo”. Ambos proyectan una serie de artículos contra José Justo Gómez, Conde de la Cortina, que aparecerían en *La Semana de las Señoritas Mejicanas* bajo el título de “Don Severo Gramaticón, Conde del Cenojil y Criticastro”; es probable que tales artículos no hayan pasado de la fase de proyecto y desembocaran, en cambio, en el cuento “Un tipo” de Romero, cuyo protagonista es don Severo Gramaticón, Conde del Cenojil.
- 1851-1852 Aparece *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, en donde Romero publica sus trece cuentos, un par de artículos misceláneos, algunas adivinanzas en verso y alrededor de treinta traducciones, con su nombre, el pseudónimo “Abecé” o sus ini-

- ciales E.R. Probablemente, en un volumen hoy perdido de la revista, se publicó por entregas su novela *La cruz de esmeraldas* bajo el pseudónimo “Mariposa”. En la misma revista aparecen textos de José Tomás de Cuéllar, Josefa Letechipía, Francisco Zarco, Francisco González Bocanegra y Marcos Arróniz, entre otros.
- 1852 En el último volumen localizado de la publicación, el tomo I de su segunda época, ya no figura el nombre de Romero ni ninguno de sus pseudónimos. Aparece su traducción de *La fisiología del gusto* de Brillat-Savarin. ¿Nace su hijo Elías?
- ¿1853 Nace su hijo Fernando en la Ciudad de México?
- ¿1854 Nace su hija María Elena Laura Merced en la Ciudad de México?
- ca. 1855 Se publica su obra de teatro *Los hijos del Plan de Ayutla, o efectos de un mal gobierno*. Hoy sobrevive, al parecer, sólo el primer acto. No hay noticias de que se hubiera estrenado.
- 1855 Eufemio Romero es designado Comisionado del Cuartel no. 7 del Distrito de México.
- 1857 16 de agosto: un poema suyo, en apariencia escrito para la ocasión, es leído en acto oficial previo a la marcha de la Brigada González, en Toluca. José María Roa Bárcena lo recupera, junto con poemas de otros autores, en su *Relación de la marcha de la Brigada González, y sucesos que le precedieron*.
- 1859 Enero: aparecen algunos comunicados del gobierno del Departamento de México, con sede en Toluca, firmados por Eufemio Romero y por “Romero”. 9 de marzo: aparece en el diario *La Sociedad* un poema de Eufemio Romero, firmado en Toluca en 1858. 26 de abril: como secretario de la Prefectura de Toluca firma copia del acta mediante la cual el Ayuntamiento de Temascaltepec reconoce al gobierno emanado del Plan de Tacubaya.
- 1860 26 de enero: aparece en *La Sociedad* otro poema de Eufemio Romero, firmado en Cuernavaca. Fe-

- brero: Eufemio Romero renuncia a la Secretaría de Gobierno del Territorio de Cuernavaca.
- 1861 18 de diciembre: la Dirección General de Estudios informa, desde Oaxaca, que la *Aritmética comercial* de Romero formará parte de las “obras de asignatura para las escuelas de enseñanza” para 1862, y que será editada por el Estado.
- 1863 Abril: Eufemio Romero firma un comunicado como Subsecretario del Partido de Yautepec, en Cuernavaca. Agosto: se menciona a Eufemio Romero como secretario del prefecto de Cuernavaca, Joaquín Noriega. Octubre: Eufemio Romero firma diversos comunicados sobre la situación política de Cuernavaca en calidad de secretario general de dicha prefectura.
- 1865 Eufemio Romero es designado Jefe de la Sección Encargada de las Labores relativas a la Revisión de Bienes de Corporaciones Civiles en la Administración de Bienes Nacionalizados, con aval del entonces Subsecretario de Instrucción Pública y Cultos, M. O. Montellano. Es probable que desde entonces, y hasta el día de su muerte, Romero haya ejercido únicamente la administración pública.
- 1868 Se reimprime la “*Aritmética comercial teórico práctica*” de Eufemio Romero, como parte de *La ciencia de la teneduría de libros teórico práctica* de Mariano Villanueva, la cual se publicará por entregas a partir de agosto. El anuncio aparece en varios diarios entre el 23 de julio y el 17 de septiembre. ¿Su hija Epigmenia contrae matrimonio con Manuel Carbajal en la Ciudad de México?
- ¿1870 Su hijo Elías contrae matrimonio con Adela Frías en Cuautitlán, Estado de México?
- 1885 Noviembre ¿10-16?: fallece “el Sr. D. José Eufemio Romero en esta capital [México]”, quien “perteneció a la prensa”, según obituario del 17 en *El Nacional*. Es probable que los hermanos José Romero y Eufemio Romero hayan sido tomados por una sola persona; si “José Eufemio Romero [...]

perteneció a la prensa”, quizá se trate de Eufemio Romero, el redactor de *El Calavera*, pues no hay noticias de ningún homónimo que haya ejercido el periodismo en la época y lleve, además, el nombre de pila de José Romero, su hermano.*

1901

Julio-agosto: el diario *El Tiempo*, fundado y dirigido por Victoriano Agüeros, reproduce los cuentos “Los ojos y el corazón”, “Anita”, “Jugar con dos barajas”, “La pobre viuda”, “La taza de té”,

* Los datos biográficos de Eufemio Romero recopilados hasta el momento permiten elaborar una hipótesis que acaso pudiera parecer, si bien descabellada, no del todo descartable. La única referencia que hay acerca del hermano de Eufemio Romero, José, la da Guillermo Prieto (de quien parece retomar Margarita Olivo Lara la información para su diccionario de veracruzanos ilustres, en el que se inscribe a ambos); José Romero, apunta Prieto, se habría desempeñado en el ministerio de Hacienda bajo las órdenes de Ignacio Trigueros, en 1847, cargo similar al que habría de acceder Eufemio Romero en 1845, en Tamaulipas, de lo que también da cuenta Prieto. El que parece ser el epitafio de Eufemio Romero llama “José Eufemio Romero” al difunto, y las investigaciones genealógicas de Javier Sanchiz Ruiz dan cuenta de un “José Eufemio Romero García” nacido en Veracruz en 1817, pero no señalan la existencia de ningún hermano suyo. Por un lado, otros datos recopilados acerca del escritor apuntan a que habría nacido hacia 1820, y no es improbable que incluso haya venido al mundo un poco antes; por otro, Guillermo Prieto le atribuye origen veracruzano. Un poema de Eufemio Romero aparece dedicado “A mi buen amigo el Sr. D. Ignacio Trigueros”, bajo cuya supervisión habría trabajado José Romero. Dado que no ha sido posible localizar más datos ni referencias acerca de este hermano, y que, al parecer, Eufemio se llamaba “José Eufemio”, puede especularse que acaso José Romero no haya existido, y que el José Romero al que hace referencia Guillermo Prieto sea el mismo Eufemio Romero, bien porque Prieto haya querido proteger a Eufemio, que redactaba un diario opuesto al régimen de Santa Anna a la vez que ocupaba un cargo en la administración pública, o bien porque Eufemio Romero haya asumido ese cargo bajo el nombre de José, mientras que para el resto de sus actividades utilizara el de Eufemio. Así, la coincidencia en las actividades de la administración pública de los hermanos, la falta de más referencias sobre José Romero y el poema de Eufemio Romero amistosamente dedicado a su coterráneo Ignacio Trigueros, superior de José Romero (según Prieto), así como las nominaciones de “José Eufemio Romero” y “José Eufemio Romero García”, que muy probablemente se refieren al escritor y periodista, permiten especular que José Romero y Eufemio Romero fueron en realidad la misma persona. Resultará necesario profundizar en la investigación relativa al tema para verificar o descartar la hipótesis.

“El paroxismo” y “La adivinación” de Eufemio Romero, como parte de su sección “Literatura mexicana. Novelas cortas, cuentos, tradiciones, poesías, monografías, artículos de costumbres, descriptivos, de crítica literaria, etc., etc.”. Septiembre: se publica “Un secreto de casada”, sin firma, en la misma sección. Los relatos son igualmente antologados por Victoriano Agüeros en el tomo II de su colección *Novelas cortas de varios autores*.

- 1904-1907 La Biblioteca de Autores Mexicanos de Victoriano Agüeros, que incluye los cuentos de Eufemio Romero en su volumen xxxvii, volumen correspondiente al tomo II de *Novelas cortas de varios autores*, se anuncia en el diario *El Tiempo*.
- 1920 Su cuento “Anita” es antologado por Alfred Coester.
- 2010-2013 Cuatro cuentos suyos son antologados por Alfredo Pavón. Su cuento “Jugar con dos barajas” es antologado por Adriana Sandoval Lara. Ambos trabajos están en proceso de publicación.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
-------------------	---

NARRATIVA

Los ojos y el corazón	37
Anita	45
Jugar con dos barajas. Crónica contemporánea	59
La pobre viuda	85
Un secreto de casada	91
El parto de los montes	103
La taza de té	109
El paroxismo	121
La adivinación	127
El alma y el cuerpo	135
Un tipo	139
La incógnita	145
El Chuchito	167

VERSO [ADIVINANZAS Y CHARADAS]

Logogrifo	181
Enigma v.	183
Enigma x.	184
Intérprete veraz cuanto sincero	185
Conversión	186
Tribulación	188

MISCELÁNEA

La sombra del conejo	195
El amor maternal	197

APÉNDICES

Obras de Eufemio Romero, ordenadas genérica y cronológicamente.	201
Cronología de Eufemio Romero.	207

COLECCIÓN RESCATE

1. Manuel Payno: *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*. Prólogo de Esther Hernández Palacios.
2. José María Roa Bárcena: *Noche al raso*. Prólogo de Jorge Ruffinelli.
3. Juan Díaz Covarrubias: *El diablo en México-La clase media*. Introducción de Sixto Rodríguez Hernández.
4. Josefa Murillo: *Obra poética*. Prólogo de Georgina Trigos.
5. Esther Hernández Palacios-Ángel José Fernández: *La poesía veracruzana. (Antología)*.
6. Miguel Lerdo de Tejada: *México en 1856-El comercio exterior de México desde la Conquista*. Prólogo de Carmen Blázquez Domínguez.
7. Joaquín Arcadio Pagaza: *Poesía*. Prólogo de Ana Mora de Sol.
8. Cayetano Rodríguez Beltrán: *La cabra tira al monte*. Prólogo de José Luis Martínez Morales.
9. Sara García Iglesias: *El jagüey de las ruinas*. (Premio Lanz Duret 1944). Prólogo de Jorge Ruffinelli.
10. Juan Vicente Melo: *El agua cae en otra fuente*. Prólogo de Jorge Ruffinelli.
11. *Imágenes de Xalapa a principios del siglo XX*. Prólogo de Adriana Naveda.
12. María Enriqueta: *Llegará mañana...* Selección y prólogo de Esther Hernández Palacios.
13. Carlos Díaz Dufóo: *Cuentos nerviosos-Padre Mercader*. Prólogo de Jorge Ruffinelli.
14. Francisco Javier Clavijero: *Historia Antigua de México I*. Prólogo de Miguel León Portilla.
15. Francisco Javier Clavijero: *Historia Antigua de México II*. Prólogo de Miguel León Portilla.

16. José María Roa Bárcena: *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848*. Prólogo de Gastón García Cantú.
17. Xavier Icaza: *Panchito Chapopote*. Prólogo de John Brushwood.
18. Sara García Iglesias: *Isabel Moctezuma*. Prólogo de Georgina Trigos.
19. Gregorio López y Fuentes: *Milpa, potrero y monte*. Prólogo de Carlos Castellanos Ronzón.
20. Roberto Argüelles Bringas: *Lira ruda*. Prólogo, recopilación y bibliografía de Serge Zaitzeff.
21. Charles Debouchet-Hyppolite Maison: *La colonización francesa en Coatzacoalcos*. (Traducción de Alicia Sáiz Pasquel). Prólogo de Carmen Blázquez Domínguez.
22. Rafael Delgado: *Historia vulgar*. Prólogo de Luis Arturo Ramos.
23. Manuel Carpio: *Poesía*. Prólogo, presentación y apéndice de Fernando Tola de Habich.
24. María Enriqueta: *Del tapiz de mi vida*. Prólogo de Esther Hernández Palacios.
25. Carlos Méndez Alcalde: *La escuela racional*. Prólogo de Raueb Chaín Revuelta.
26. Joaquín Ramírez Cabañas: *Ensayos Históricos*. Prólogo, recopilación y bibliografía de Manuel Sol.
27. Humberto Aguirre Tinoco: *Tenoya*. (Crónica de la Revolución en Tlacotalpan).
28. María Enriqueta: *Rumores de mi huerto*. Antología poética. Selección y prólogo de Esther Hernández Palacios.
29. Rafael de Zelis S. J.: *Viajes en su destierro*. Prólogo de Efrén Ortiz Domínguez.
30. Benito Fentanes Lavalle: *Vidas Rústicas*. (Antología de cuentos y artículos de costumbres). Selección y prólogo de José Luis Martínez Morales.
31. Juan Antonio Lerdo de Tejeda: *Cartas a un comerciante español 1811-1817*. Prólogo y notas de Carmen Blázquez Domínguez.
32. Manuel Eduardo de Gorostiza: *Don Bonifacio-La Chimenea*. Prólogo de Joaquina Rodríguez Plaza.
33. Xavier Icaza: *Gente mexicana*. Prólogo de Abel Juárez.
34. Georgina Trigos: *El corrido veracruzano*. (Antología).

35. Porfirio Pérez Olivares: *Memorias. Un dirigente agrario de Soledad de Doblado*. Prólogo de Olivia Domínguez Pérez.
36. Ildefonso Estrada y Zenea: *La Heroica Ciudad de Veracruz*. Prólogo de Hipólito Rodríguez.
37. *Totonacapan: Mitos y leyendas*. Recopilación y selección de María Gabriela Márquez Rodríguez y Raúl García Flores. Prólogo de María del Carmen Ceballos Rincón.
38. José Mancisidor: *La ciudad roja*. Novela proletaria. Prólogo de Sixto Rodríguez Hernández.
39. Serge I. Zaïtzeff: *Xavier Icaza y sus contemporáneos epistolarios*.
40. Rafael de Zayas Enríquez: *Oceánida*. Prólogo de Esther Hernández Palacios.
41. Eutiquio Mendoza Vargas: *Gotitas de placer y chubascos de amargura. Memorias de la Revolución Mexicana en las Huastecas*. Prólogo de Soledad García Morales.
42. José María Esteva: *La campana de la misión. Tipos veracruzanos*. Prólogo de Lucila E. Hernández Hernández.
43. *El pavo real y el tapacamínos*. Cuentos y versos de Xico. Prólogo, recopilación, selección y notas de María Madrazo Miranda.
44. Cayetano Rodríguez Beltrán: *Perfiles del terruño*. Prólogo de José Luis Martínez Morales.
45. *José María Mata / Melchor Ocampo. Correspondencia privada*. Prólogo de Carmen Blázquez Domínguez.
46. Isabel Pesado: *La mirada en la verdadera patria*. Viajes y poemas. Prólogo, selección y notas de Lilia Granillo Vázquez.
47. Pino Domínguez Colorado: *Tiempo y memoria*. Recordatorio biográfico y poético. Prólogo, recopilación, selección y notas de Efrén Ortiz Domínguez.
48. Gilberto Chávez Jr.: *Playa Paraíso*. (Premio Lanz Duret 1946). Prólogo de Azucena del Alba Vásquez Velasco.
49. *Inquisición de Veracruz. Catálogo de documentos novohispanos en el Archivo General de la Nación*. Estudio preliminar, recopilación y notas de José Manuel López Mora.
50. Cayetano Rodríguez Beltrán. *Un ingenio*. Prólogo de Georgina Trigos y Domínguez.
51. Eufemio Romero. *La incógnita y otras obras*. Prólogo, compilación, selección y notas de Julio Romano Obregón.

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sara Ladrón de Guevara,
Rectora

Leticia Rodríguez Audirac,
Secretaria Académica

Clementina Guerrero García,
Secretaria de Administración y Finanzas

Octavio Ochoa Contreras,
Secretario de la Rectoría

Carmen Blázquez Domínguez,
Directora General de Investigaciones

Norma Angélica Cuevas Velasco,
*Directora del Instituto de Investigaciones
Lingüístico-Literarias*

Édgar García Valencia,
Director Editorial

Siendo rectora de la Universidad Veracruzana la doctora Sara Ladrón de Guevara, *La incógnita y otras obras*, de Eufemio Romero. Prólogo, compilación, selección y notas de Julio Romano Obregón, se terminó de imprimir en Editorial Ducere, S. A. de C. V., Rosa Esmeralda 3 bis, Col. Molino de Rosas, C. P. 01470, México, D. F. Se usaron tipos Century Schoolbook de 8:10, 9:11, 10:12 y 12 pts. Formación: Aída Pozos Villanueva. La edición fue cuidada por Azucena del Alba Vásquez Velasco, Roselia Osorio Armenta y Georgina Trigos y Domínguez.